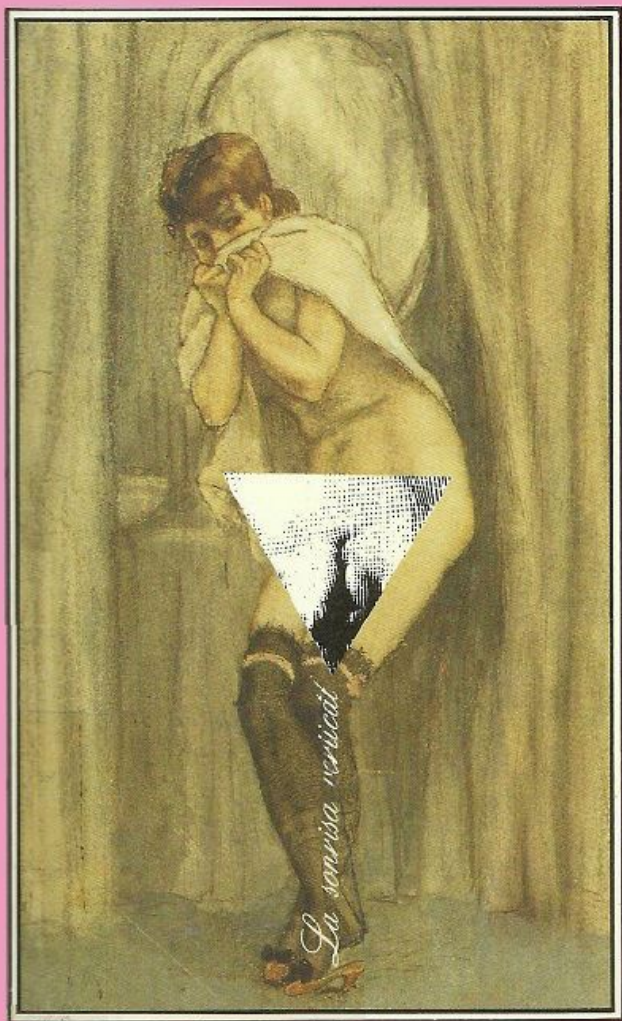


José María Álvarez
La cara del zorro



de

José María Álvarez recrea aquí un episodio algo turbio —verdadero o falso, ¿qué más da?, aunque si probable y, en todo caso, verosímil— de la vida del príncipe Félix Yussupov, más conocido como el hombre que mató a Rasputín, durante una de sus largas estancias en el Biarritz del año 1934, cuando por toda Europa planeaba el fantasma uniformado de los totalitarismos. Álvarez afirma que él se ha limitado simplemente a rescatar del olvido unos papeles personales y muy íntimos del príncipe Yussupov que fueron a parar a manos de su tío abuelo por medicación de un entrañable amigo común, Stefano di

Sant'Angelo,

quien añadió al manuscrito original de Yussupov unas páginas acerca de sus propias experiencias eróticas, de su amigo el príncipe y de sus contemporáneos.

Cuando Yussupov, ya entrado en años, encuentra por primera vez a Michèle, no podía imaginar que esa jovencísima golfilla de gran belleza cambiaría radicalmente su vida. Hombre de gran mundo, seductor, y conocido por sus desvergonzadas aventuras eróticas en los tiempos de la corte del zar Nicolás II, de pronto sucumbe a la atracción sexual que ejerce sobre él esa joven vulgar, pero cuyas artes amorosas lo convierten prácticamente en un sumiso adicto de sus encantos. Mientras el príncipe Yussupov vive la intensa felicidad de esa atroz «posesión», cuyo delirio comparte el lector gracias a la terrible sinceridad que se desprende de estas confesiones, la refinada sociedad que le rodea, espectro de tiempos ya irremediablemente muertos, espera, impotente, el advenimiento de sombríos acontecimientos. Yussupov, aun sabiendo que su íntima entrega a Michèle algo tiene que ver con el deterioro del mundo que ha sido el suyo hasta entonces, se deja arrastrar por sus instintos hacia un desenlace que no puede ser sino tan descarnado como su propia, desplazada, vetusta pasión.



José María Álvarez

La caza del zorro

La sonrisa vertical - 67

ePub r1.0

Titivillus 13.12.15

Título original: *La caza del zorro*
José María Álvarez, 1990

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Este libro está dedicado
a la memoria de François Truffaut,
que amaba a las mujeres,
y también para
Raymond Carr, a quien debo el título,
y al Dr. Livingstone, que, en las noches
de fogata y aburrimiento de Tanganika,
les leía a sus portadores negros
novelas pornográficas.
Y, obviamente,
en homenaje a Félix Yussupov,
la más brillante estela
de la caída de las Águilas.

*Vice and virtue are to the artist materials for an art.
It is the spectator, and not life, that art really mirrors*

Oscar Wilde

Prólogo

El 13 de marzo de 1977 murió en Roma mi tío-abuelo Alejandro Cuenca Grimaldi, último descendiente de la rama italiana de mi familia ya que había perseverado en la lúcida intención de carecer de progeñie, y entre sus muchos y diversos escritos que he gozado el honor de revisar, pues constituían parte del legado del Palazzo Vecchio con que tuvo a bien alegrar mis días en su herencia, se encontraba un singular *memorandum* acompañado de hojas mecanografiadas, que es lo que el lector tiene ahora en sus manos.

Junto a éste se hallaban otros varios relatos de carácter lascivo que acaso con el tiempo vean la luz, pues no dudo de que confiarme su amado palacio y una manda sin par como la conservada tras lo que él tituló *Memorias privadas* (algunas de cuyas carpetas guardan tan deliciosas confidencias como las que encabezan «Niñas y morfina: Los deleites del cardenal R..., después Papa», «El plumón de Raquel» o «Depravaciones, I, 1933-1942»),

no es determinación lejana a un secreto anhelo de que con los años, y desaparecidos los protagonistas de tan estimulantes rituales, esas prosas fueran dadas a la publicación. Y sin duda mi tío-abuelo Alejandro fiaba suficientemente en mi buen juicio, gusto de lector y cierta inteligencia literaria —«mi más querido sobrino», solía repetir; «el único que ha salido libertino como yo, otra joya del crepúsculo»— como para adjudicarme la custodia de tan sensual testamento con la tranquilidad de espíritu derivada del conocimiento de que sería tratado con el miramiento que merece.

El manuscrito^[1] que sigue estaba cosido a unas cuartillas de abominable papel amarillo (mi tío-abuelo siempre escribía sobre papel de ese color) que refieren:

«Mi inolvidable amigo Stefano di

Sant'Angelo

puso a mi disposición hace unos años este documento que le había enviado, ignoro las razones que a ello le llevaron, nuestro muy querido Félix Yussupov.

»Se trata de una especie de muy personal reflexión donde el príncipe narra —quizás algo novelescamente— un período algo turbio de su propia vida, concretamente los acontecimientos de 1934 en Biarritz. La veracidad del relato no puedo asegurarla, pero sí estuve informado de un episodio de similares características sucedido con una agraciada jovencita de baja extracción social; afortunadamente se trataba de una perdida y, teniendo en cuenta además la confusión que por entonces campaba a sus anchas por Europa, y la naturaleza de los implicados, el *affaire* pudo ser encubierto.

»Sobre el manuscrito original,
Sant'Angelo

añadió unas páginas de su puño y letra, probablemente dirigidas a mí, quien al fin y al cabo fui el destinatario último —mi profunda amistad con ambos permitíame sin duda una afectuosa consideración de tan trágica apoteosis— del despacho.

»La joven que protagonizó los atroces acontecimientos que son narrados, no murió. Yussupov sí disparó varias veces contra ella aquella noche infausta, pero pudo sobrevivir a las heridas. Hace dos años, avisado de su presencia en una casa de placer de Istanbul por el anciano marqués de Q... —quien de alguna forma le había seguido el rastró, con altibajos, desde los lejanos días de Biarritz— y coincidiendo con uno de mis viajes a esa hermosísima ciudad, fui a verla. Estaba muy avejentada y sumida en alcohol y estupefacientes. Con dificultad se avino a recordar su turbulenta relación con Yussupov, pero logré convencerla (en verdad, mejor la convenció mi dinero que mi argumentación) y aceptó escuchar mi lectura de la crónica de Félix y las observaciones de

Sant'Angelo,

y después accedió a glosar por su parte determinados

momentos del relato, que yo me limité a transcribir tal como ella, en su espesa niebla de borracha, me los fue contando. Hubo un instante estremecedor, al despedirnos, cuando me dijo: “¿Sabes, querido? Llegué a enamorarme de Félix. Lástima...”.

»Creo que estos recuerdos del príncipe, aparte de aclarar unos hechos extraordinariamente dolorosos para algunos de nuestros amigos, no son mala advertencia sobre los excesos del amor y la insania que anida en sacar las cosas de quicio».

Conforme en todo con la voluntad que estoy seguro presidía las intenciones de mi tío-abuelo Alejandro al confiarme la decisión de entregar estas páginas al olvido o a la imprenta, determino ponerlas sobre la mesa de un editor. Me he limitado a ordenar un poco los textos, situando las apostillas en aquellos momentos del relato donde creo que pueden ser más convenientes para iluminar el discurso de los hechos.

José María Álvarez
Villa Gracia, 27 de agosto de 1989

Como escribió Salustio, «en todo ejerce su imperio la fortuna». Nada, aquella apacible noche de septiembre, en Biarritz, hubiese podido anunciarme con signo alguno que pocas horas más tarde esa fortuna enlazaría mi vida —esa vida que yo había conseguido mantener como una obra de arte exquisita y ordenada— con las venas del caos en que estaba hundiéndose todo aquel mundo de después de la Revolución.

Recuerdo el instante, como si su suprema belleza escondiera misteriosamente un adiós a cuanto hasta ese instante yo había sido, y con su imagen enterrara el pasado del mundo al mismo tiempo.

La noche era serena. Una suave brisa marina entraba por el ventanal sobre la ciudad. Amaba aquella habitación. Yo, que había tenido tantas casas, acaso en ninguna encontré la placidez, la crisálida maravillosa de aquel aposento de hotel. Siempre he amado los hoteles. Y siempre presentí que pudieran terminar siendo mi única casa, mi única casa deseada. Desde el ventanal dominaba Biarritz iluminado en la noche. Mi criado Kuzma había ordenado mi cena situando la mesa cerca del ventanal. El gramófono sonaba con una placa de la Caniglia. En aquel instante excepcional resonaba el «Patria mía» de *Aída*. Yo la escuchaba emocionado mientras mis ojos recorrían la decoración de aquel aposento. Poco había tenido que añadir para que constituyese mi hogar: unos libros, unas fotografías. Cuando terminé de cenar salí al balcón. Más allá de las luces de la ciudad se extendía la oscuridad de las aguas, la vasta noche marina. Respiré profundamente.

De pronto tuve la sensación de repetir el destino de mi bisabuela Zenaida Ivanovna. Ella había seguido a su amor, un

revoltoso jovenzuelo a quien ataba corto la policía, hasta Finlandia y, cuando allí lo encarcelaron, mi bisabuela ordenó comprar una casa en una colina desde donde podía contemplar la ventana de la prisión de Swiaborg, donde se pudría aquel último fruto de sus huertos de Venus. ¿Qué amor era el que yo contemplaba cada noche desde aquel balcón, desde todos los ventanales nocturnos de mi vida? Las luces se perdían en el mar. Biarritz era hermosa. Pero qué podía exaltar en un corazón que había latido ante Venecia, ante la Estela de los Estuardo de San Pietro, que había tocado el misterio de nuestro Destino en Sunión. No, era otra cosa, recóndita, remota, inalcanzable como el sentido del firmamento, magnífica y misteriosa, deslumbrante, como ese asombro que nos aniquila ante el ruido de las olas o el viento sobre las aguas. Algo que nos llama.

La Caniglia terminó ese aria incomparable. Me acerqué despacio al gramófono. Le hablé a la placa, le grité exultante, como hubiera hecho en un teatro: «¡Bravo! ¡Bravo!».

Lentamente —todos mis movimientos de aquella noche fueron (o así los recuerdo) muy lentos—, me acerqué al mueble bar, aquella pieza preciosa que había comprado en una subasta unos meses antes, de palosanto, y me serví una generosa ración de Oporto. Qué bella era la copa. Una de las pocas que habían pertenecido a nuestra casa de Moscú y que había logrado salvar mi criado, como si con ella contemplara —él también— su último cordón umbilical con la grandeza del pasado. Vertí el vino y volviéndome hacia el gramófono, brindé. ¿Brindaba acaso sólo por la magnífica interpretación de la Caniglia? No. Era un brindis por todos nosotros, por los que aún habíamos podido gozar de ese lento y dulce tiempo que como un equilibrio mozartiano sostenía la vida social de antes de la Gran Guerra. Brindé por nuestra perdida Arkhangelskoy donde mi tatarabuelo Nicolás Borisovich logró un inigualable esplendor. Brindé por aquel viejo Stefanenco, el tocador de *cymbalum*, que alegró mis años infantiles, y por Polia la zíngara, la amante de mi hermano, en cuya casa y con sus músicos conocí la felicidad, el paraíso imborrable de alcohol y humo de la libertad de la carne. Brindé por el Zar,

el buen Nicolás, arrastrado a la destrucción por una fuerza ciega de los tiempos que acaso nadie podía someter, bajo la que todos interpretamos nuestro papel de actores en una tragedia impenetrable, la chusma que lo asesinó, él, nosotros... Brindé por la belleza de aquella perla, «la Peregrina», que desde Cleopatra pasando por Felipe II de España había llegado a las manos de mi antepasada Tatiana Vasilievna. ¿Pero acaso todo ello, nuestra prodigiosa vida, nuestro altísimo Destino, no se concentraba como una gota de perfume en la perfección de la soprano, en la emoción de ese aria hermosísima que Yerdí soñó, esas palabras imperecederas y esa música excelsa que en la noche estrellada y marina elevaban su canto?:

O patria mia, mai piu ti rivedró

...

che

d'amore

il sogno é dileguato.

Apuré mi copa. El vino era exquisito. La placidez de la hora y el sabor de aquel vino me trajeron imágenes de otro tiempo, cuando yo era mucho más joven, cuando aún latía en mi pulso la alegría de vivir, y cuando aún la vida era como un bellissimo paseo para que en él recreásemos los sentidos seres como yo. Volví a ver aquellas mañanas de luz helada cuando cabalgábamos por el bosque cercano a San Petersburgo. El olor del vino me trajo la memoria de una fiesta, una de las últimas fiestas antes de que empezara la guerra contra Alemania. ¡Cómo sentía aún en mis dedos el tacto sedoso de aquellos cojines sobre los que tumbados contemplábamos la danza de las bailarinas! El recuerdo de la música me conmovió. Reviví sus cuerpos desnudos, las campanillas de sus tobillos, el olor acre de sus axilas, su piel aceitada.

Recordé cómo disfrutaba en esas fiestas mi más antiguo amigo, el conde Zolkonski. Quizá más que en ninguno de nosotros en él se encerraba el misterio del esplendor. Gastó gran parte de su inmensa fortuna en fiestas y cortesanas y en

la mejor colección de conchas marinas que pueda imaginarse. Cuando cayó Kerensky, vino a verme y tan sólo me dijo:

—Félix. La gentuza está llamando a la puerta. Esta noche doy una fiesta de despedida.

Su fiesta de despedida fue una de las más hermosas que recuerdo. Aun en medio del tumulto y la confusión de aquellos días, reunió en su palacio a las más bellas putas que todavía quedaban en Moscú, estuvo jovial como nunca, encantador como nunca, sus amigos nunca lo habíamos visto más alegre. Ya con el alba, después de haber gozado con varias de aquellas mujeres, nos invitó a seguirle hasta su gabinete, abrió los armarios y, tomando las más perfectas conchas de aquella memorable colección, fue estrellándolas contra el suelo. Sólo conservó una para cada uno de nosotros, que nos regaló como recuerdo. Después hizo salir a todos, se retiró a sus habitaciones con cinco de aquellas mujeres, el conde Yazhikov y yo, y allí nos entregamos a todos los excesos que son la felicidad. En un momento dado, mientras cabalgaba a la más seductora, nos gritó:

—¡Miradme! ¡Nadie podrá decir jamás que me bajé del rayo!

Y en el instante preciso en que su cuerpo fue sacudido por el orgasmo, llevó una pistola a su sien y se voló la cabeza.

Entonces entró su fiel ayuda de cámara, el viejo Ilya, y nos dijo:

—Excelencias, tengo instrucciones que debo cumplir. Ruego a vuestras excelencias que se retiren. He de quemar el palacio.

Todos salimos en silencio mientras el anciano Ilya cumplía las últimas órdenes de mi amigo. El palacio ardió como el más selecto epitafio de lo que había sido nuestra vida, y el fiel criado pereció con sus cenizas junto al cadáver de su señor.

Aquellos pensamientos me pusieron melancólico. Decidí que sería bueno para mí distraerme un poco. Llamé a mi criado y le dije que dispusiera el coche. Kuzma dio las órdenes y me trajo el abrigo, una flor y el frasquito de perfume. Recuerdo que al salir de la habitación algo me hizo

volver los ojos hacia un portarretratos donde estaban mis padres, jóvenes, y yo, muy niño, junto a ellos. Hubo algo de despedida en aquella visión.

Bajé las escaleras y me sentía triste. Pasé entre los otros clientes del hotel. Me crucé con una dama hermosísima. La miré. ¿Cómo tendría el coño?, pensé. Siempre es algo que me sucede. Cuando miro a una dama pienso siempre en cómo será su coño; y pocas veces he errado en mi figuración de poder comprobarlo en una intimidad posterior.

¿Qué es el coño? Muchas veces me entretengo ovillando ideas sobre el tema. O, más exactamente, ¿qué hay en un coño? Fisura del mundo, por él desembocaríamos en la explicación del Misterio, en la primera luz de la Creación. No hay dos coños iguales. Todo en la vida puede aunarse en grupos más o menos similares, como si a los paisajes y a los seres nos hubieran formado con no demasiados moldes y sólo permitiéndose pequeñas variantes. Pero los coños son únicos y diferentes cada uno; no tan sólo por su disimilitud de tacto, suavidad, temperatura, olor, forma, colores, sino por una inefabilidad lunar que emiten.

Me encaminé hacia la puerta. Me gustaba, con sus refinadas cristaleras y sus maderas nobles. Respondí al saludo de los sirvientes. Mi coche estaba esperándome. El mecánico me saludó abriéndome la portezuela.

—Buenas noches, Alteza —me dijo en ruso, pues todavía no hablaba bien el francés y sobre todo evitaba hablarlo siempre que podía. Le ordené dirigirnos al Casino.

Conforme el automóvil avanzaba por las calles de aquella ciudad que tan mía había llegado a ser, mis ojos comprobaban una vez más con cierta tristeza aquello que mi amigo

Sant'Angelo

siempre llamaba, citando a Alexander Pope, *to the destruction of mankind*. La ciudad, hasta en su silencio de piedra, reflejaba como a veces la carne la excitación nerviosa de un ser, esos casi inapreciables estremecimientos, la tensión de un mundo que estaba modificándose. Junto a los testimonios del antiguo esplendor —algún palacete o algún jardín bordeado

por antiguas y magníficas verjas— por las aceras caminaba un excesivo número de gentes mal vestidas, con actitudes groseras; los anuncios de locales dudosos por su iluminación y colorido; algunas putas callejeras sumamente vulgares y jóvenes con aspecto de carne para invertidos; y sobre todo aquella inmensa cantidad de letreros en las paredes pintarrajeadas con pintura negra: carteles y símbolos, hoces y martillos como los que habían segado mi patria, otros con clamores nacionalistas de no mejor gusto, llamadas al Frente Popular, a elecciones, insultos contra los judíos, ultrajes a la burguesía. ¿Creían aquellos desgraciados que iban a cambiar algo? El viejo mundo se derrumbaba entre un levantamiento general de ignorantes violentos clamando por lo que les habían engañado asegurándoles que podrían tener, y que terminaría para ellos en una vida peor que la que ya arrostraban, y aquellos industriales viles y salvajes que se aprovechaban de ellos... Y por si faltara poco, los salvadores de ese orden, los flamantes pistoleros de Berlín, de Roma, de Estados Unidos. Vaya oclocracia. No, no merecía la pena. El verdadero orden de vivir es sumamente delicado; exige mover las piezas del juego con el mayor cuidado y una poderosa inteligencia muy docta en la naturaleza humana, sensible a sus límites. No se improvisan los reyes.

De pronto, a través del parabrisas, vi acercarse la fachada iluminada del Casino. El automóvil se detuvo.

Me gustaba aquel lugar. Era un extraño reducto donde bajo la alta noche parecían ponerse a salvo todos los desterrados de todos los países que por aquellos días llenaban Biarritz. Bajo las grandes lámparas, aquella muchedumbre enjoyada se entregaba a la suerte o al aburrimiento. Los desencantados rostros de los *croupiers*; la galería de antiguos... y nuevos poderosos; algún uniforme... de otra época; damas de ocasión, caras y suntuosas.

¿Hubiéramos imaginado unos años antes que acabaríamos todos juntos? Salchicheros americanos —debía de haber incluso algún «rey» de algún embutido— y banqueros e industriales de nuevo cuño, y sus mujeres; y todos revueltos con lo que logró escapar de Rusia, con los españoles

aterrados por el fracaso de Sanjurjo, con aquellos italianos que en vez de una flor en la solapa bien pudieran lucir un manganello; o los alemanes endiosados por el nacional-socialismo. Un mundo de comerciantes salvajes sin otro interés que amasar dinero, contentos con su incultura, su salacidad y su grosería. Sí... Pero allí estábamos todos. ¿Acaso yo mismo no los trataba, acudía a los mismos locales que ellos, incluso en ocasiones estrechaba esas manos sudorosas? ¡Y qué sastres! ¡Y qué joyeros!

Ya avanzada la noche, después de jugar —y perder— en la ruleta, me dirigí al bar. Me agradaba aquella barra de caoba flanqueada por altas quentias, con su fondo de espejos bellísimos. Estaba acaso por la cuarta o quinta copa de *champagne*, cuando se me acercó un conocido, español, a salvo allí en Biarritz, él también, de las desventuras de su patria, no muy segura para él tras el fracaso del levantamiento del general Sanjurjo. Era el duque de A... Se acercó:

—¿Qué tal, Félix?

—Hola. Te imaginaba en Madrid.

El duque de A... hizo un gesto de aversión:

—No está Madrid ahora muy divertido. No hay autoridad. La chusma campa por sus respetos. Cualquier día nos cortan el cuello.

Aquellas palabras de mi amigo el duque de A... no eran mal resumen de las inquietudes que todos, sin distinción de origen, albergábamos por entonces: Europa era un cruce de caminos de muchedumbres de todas las razas y lenguas y clases con un presentimiento común: el desastre. El horror era algo que podía palparse. Inminente.

Un poco después, mientras paseaba por el salón, vi que entraba mi muy querido Sant'Angelo.

No lo esperaba en Biarritz tan pronto. Había regresado de Roma. Nos saludamos con mucho afecto. Siempre estimé profundamente a

Sant'Angelo.

Nos conocimos siendo los dos muy jóvenes, y solíamos pasar

de vez en cuando temporadas cada uno en alguna de las casas del otro.

Sant'Angelo

era uno de los hombres más alegres y estimulantes que he conocido. Tenía tres pasiones: la ópera y la literatura, las mujeres y el desprecio por todo lo que no fuera excepcional. Habíamos compartido con dicha viajes, mujeres y gozos artísticos. Pertenecía a una viejísima familia que había entregado al mundo numerosos cardenales, un papa, varios locos, varios suicidas y un sinnúmero de muertos por la violencia de las guerras casi tribales de los italianos. Era un hombre muy refinado y con el que compartía singulares obsesiones en el terreno amoroso. Su casa de Capri era célebre por las orgías, sobre todo con niñas, que allí tenían lugar. Aquel Capri de hace unos años, donde todos nos sentíamos como dioses de la Antigüedad bajo el sol y junto al mar.

Sant'Angelo

siempre decía que el placer con las mujeres mayores de dieciséis años no deja de ser algo necesario y, por lo tanto, vulgar; que el verdadero arte y las más inolvidables complacencias se revelaban en el amor de las niñas de once y doce años.

—No te esperaba hasta dentro de un par de semanas —le dije.

—Oh, regresé esta mañana —me contestó él.

—¿Qué tal María? —le pregunté. María era su esposa, otra hija de una sangre antiquísima, también con uno, o dos, quizá tres papas en su genealogía.

—Ah, perfectamente, Félix. Maravillada por su Duce.

Me resultaba chocante la idea de una mujer como María, seguidora de aquel tipo tan borrascoso.

—Sí, sí —me dijo

Sant'Angelo

—. No te rías. Es Italia entera la que delira.

—Es un delirio que puede terminar mal —dije yo.

—Bueno... Uno más. Habrá una guerra. Otra... —

Sant'Angelo,

como siempre, parecía estar por encima de aquellos problemas. Llamó al barman—: *Champagne*.

—El viejo cuento narrado por un idiota y que nada significa —dije yo.

—Lleno de ruido y de furia —me contestó Sant'Angelo

—. Bah... Hablemos de algo más interesante. Me dijo Stefano que por fin habías conseguido las dos acuarelas de Durero.

Sí. Las había conseguido. Después de perseguirlas muchos años por subastadores de toda Europa.

—Vamos a celebrarlo —dijo Sant'Angelo.

Me ofreció una copa de *champagne*, tomó él la otra y la alzó brindando—: Por nosotros —dijo.

Cuando, después de un rato de agradable conversación, Sant'Angelo

se retiró, yo me quedé aún unos minutos en el bar. Era bastante tarde, pero no tenía ganas de volver al hotel. La noche era perfumada y una brisa serena cubría la ciudad. Le dije al mecánico que me llevara a un bar de las afueras, donde iba en ocasiones, que no cerraba jamás. Me gustaba aquel lugar, sus toldos de colores que cubrían los muebles de mimbre blancos, las suaves lamparitas amarillentas que iluminaban delicadamente el local. Era también punto de cita de una prostitución muy selecta a la que iban a buscar clientes muy habituales.

Pedí una botella de *champagne* y mientras bebía contemplé aquel jardín. Había ya pocas personas, y los escasos clientes que aún permanecían allí lo hacían con mujeres muy atractivas.

De pronto, en una mesa cercana, vi a una joven de extraordinaria belleza. Era fascinante. Me extrañó su presencia, pues no aparentaba más de trece o catorce años, y, aunque en aquel local más o menos todo estaba permitido, era inusual la presencia, y sobre todo a aquella hora, de una criatura como la que yo estaba contemplando. Su vestido no denotaba elegancia, refinamiento; era incluso un poco vulgar, pero esa misma vulgaridad aumentaba su atractivo, su

sensualidad. Se trataba sin duda de uno de esos productos supremos que de vez en cuando nacen de las clases más humildes, esas bellezas triunfantes, esa seducción inexorable, como si en su carne se concentrara toda la fuerza de la necesidad de ascensión social sin otro poder que sí misma. Brutal e inexpugnable. Estaba bebiendo algo de un desagradable color rojizo. Era provocativa, morena, de ojos inolvidables. Estaba sola. Se dio cuenta de mis miradas y adoptó una postura excitante, pero de una gracia muy infantil. Yo la contemplaba absorto. Ella, en un momento dado, me sonrió. Le hice un gesto para que se acercase a mi mesa. La niña vino hacia mí, radiante.

Era preciosa. Como una joya perfecta. Con la fastuosa calidad de seda de la juventud, pero que en ella parecía fundirse con esa irradiación diabólica que en ocasiones sucede en ciertas niñas de doce años, ésas que emergen de la brutal crisálida infantil como seres fabulosos, flujo de Venus, con cada célula de su carne regida por un insaciable juego erótico, donde la pasión es sobre todo curiosidad, sin razón ni clemencia. Criatura fascinante, hechizada y hechicera, evanescente, milagrosa. Mientras se acercaba a mi mesa sentí su desnudez, el roce de la tela de su falda que se pegaba a sus caderas y muslos al andar. Su pelo flameaba. ¡Sonreía! La soñé en la cama, mi cama; me excitó la inminencia de acariciar aquella carne joven y maravillosa, podía ya sentir en mis dedos el tacto de sus piernas, de sus muslos, de ese sexo que imaginaba caliente y suave. Me deleitaba como si ya estuviera besando esos labios lamidos y brillantes. Llegó junto a mí.

—Señor —dijo—, ¿me ha llamado?

La miré. Cada segundo parecía más hermosa. La luz de las mesitas recortaba su rostro. Sí, debía de tener quince años, pero había algo misterioso, encantadoramente más infantil en sus ojos, en su sonrisa.

Me recordó a otra criatura magnífica a quien había encontrado una tarde de ésas de antes de la Revolución en una senda de nuestra finca de Koreiz, en Crimea. Era a principios de mayo y yo había salido a cazar. Ella jugaba con

floreциllas. No tendría más de doce años, pero su constitución campesina la dotaba ya de un desarrollo muy seductor. Siempre me han gustado las niñas. Cada edad tiene su atractivo inexhausto. Pero en ocasiones con las niñas pueden lograrse placeres muy sugestivos. Me acerqué a ella. Su cara era llenita y tenía unos alegres ojos azules. Su vestido apenas retenía ya unas formas, unas piernas, unos pechos que ansiaban escapar. Me acerqué. Olía un poco a suciedad. Me senté junto a ella. Hablamos. No tardé mucho tiempo en forzarla. No se resistió, incluso pareció gustarle. Mis manos se deslizaron ágiles por sus piernas, acariciaron sus muslos y su pecho. Le levanté el vestido, mientras ella reía con una risita conejil. Era casi impúber. De entre sus muslos ascendía un vientre regordete con una hendidura, como una pincelada maestra, rosácea, apenas cubierta por arriba por un delicado inicio de plumón. Me trajo el aroma de otras niñas que yo había frecuentado en los prostíbulos de Nápoles, sobre todo durante mi viaje con el profesor Prokhoff. Aquéllas eran algo distintas: más mujeres, más ese otro animal intermedio y radiante y único, ni niña ni adolescente, sino diosa salvaje, y sus sexos aparecían ya cubiertos por un vello suave y delicioso. Cuánto me divertí con ellas, sobre todo con una llamada Violetta, con la que me acostaba siempre, junto a otra ya mayor vestida de marinero, mientras otras dos niñas, en tanto nosotros nos entregábamos a los más diversos placeres, correteaban jugando alrededor. Esa que hallé en el camino de Koreiz era hermosa como Violetta, pero no creo que hubiese sentido en su carne otros manoseos que los de algún zancajoso bobuno de su aldea; juegos de niños. De cualquier forma, no le hizo ascos a mi enardecimiento. Le acaricié aquella ranurita rosada, y su culo, y ella sonreía.

—¿Te gusta, eh? —dije.

—Ah, sí, Excelencia, mucho. Mucho.

Intenté meterle un dedo en su pequeño sexo, pero vi que le dolía un poco.

—No temas, no te haré daño —le dije.

Cogí unas florecillas de las que ella había arrancado, y empecé a rozarle, como un juego, su sexo y sus muslos y su

vientre.

—Me hace cosquillas —dijo riendo.

—¿Has visto alguna vez a un hombre desnudo? —le dije.
Ella me miró.

—Sí.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Seguro que te gusta, jovencita. Ahora voy a enseñarte algo.

Y me abrí mis pantalones, mostrándole mi desnudez que obviamente ya estaba en estado de absoluta erección. Cogí su mano y la aferré a mi verga.

—Tócala —dije—. ¿Te gusta?

—Es muy grande —dijo.

—Sí, es grande, y te quiere a ti, ¿sabes?

Le gustaría mucho poder meterse en tu pequeño conejito.

Ella rió.

—¿Cabría, señor? Es muy grande.

—Ven aquí —dije—, putilla. Ya lo creo que te gustaría. Quiero que tomes en tu mano este pedazo de carne, que te arroddilles ante él, que lo beses y que digas: «Es el diamante más grande del mundo». Tócalo, está duro como un diamante.

Ella lo hizo. Lo besó.

—Acarícialo con tu lengua —le dije.

Ella lo hizo. Yo noté cómo mi arrebato llegaba a su cima, y una gota de mi zumo perló la punta de la cabeza de mi miembro.

—Lame eso —dije.

Ella lo hizo.

—Di que está bueno. Di «Qué bueno está. Dame más».

—Que bueno está, dame más —pidió la niña.

Entonces empecé a restregar frenéticamente mi sexo sobre su cara, sobre sus ojos, sobre sus labios. De pronto noté un estremecimiento, y un chorro de semen se extendió sobre aquel rostro delicioso.

—Relámete —le dije.

Ella se relamió.

Esa imagen, esa niña relamiéndose, golosa, satisfecha, se ha conservado en mi memoria como un camafeo de felicidad. Le di una moneda y la despedí.

Pues bien, aquella felicidad exultante, volvía a encontrarla ahora en la noche de Biarritz. Ese súcubo fucilante, esa maravilla que ardía ante mis ojos, tenía todo el aspecto de una gloriosa, abisal, extraordinaria preadolescente de ésas a quienes tanto amo, de ésas que tan dichoso me han hecho a lo largo de los años. Un ser donde dejar arder los sentidos. No parecía, de todas formas, una putilla. Su aspecto era un poco vulgar, pero una vulgaridad encantadora. Era muy bella, pero sobre todo era «ese» movimiento del pelo, «esos» ojos, «esa» gracia inefable. Calculé que tendría catorce años, y que quizá fuese del sur. Tenía aire sureño, sin duda. Quizás una hija perdida de esas terribles columnas de refugiados, de exiliados, de desterrados que cruzaban sin hogar y sin rumbo toda Europa. También podía ser húngara, había algo en ella que me evocaba otros rostros allá amados. Estaba frente a mí. Mirándome.

—¿Me permite invitarla? —le dije.

Ella pasó sobre mi piel una mirada suave que casi podía tocarse.

—Oh, sí, claro —me contestó. Y sus dientes brillaron en una sonrisa húmeda.

Su tono, creo que hasta lo consideré entonces, denotaba cierto desparpajo. Su sonrisa era burlona y caliente. Llamé al camarero, que inmediatamente se acercó.

—Traiga otra botella —le ordené—. ¿Le apetece *champagne*, me figuro?

—Oh, sí, sí —dijo ella con cierto alborozo.

El camarero se retiró y nos quedamos a solas. Se hizo un silencio durante el cual nos miramos como sopesándonos; un silencio incómodo, que terminó por romper ella:

—¿Vive usted aquí? —me preguntó.

—Temporalmente —dije yo.

Ella asintió, pero quedó como esperando alguna explicación más.

—Bueno —le dije—. En realidad vivo habitualmente en

París. Entre París y Londres. Pero paso temporadas aquí, en Biarritz.

—¿Le gusta Biarritz? —La joven parecía tener ganas de hablar.

—En realidad... —empecé a responder. Pero ella me cortó con uno de aquellos «Ah...», tan suyos.

Yo la miraba. La contemplaba como podía estar contemplando un Velázquez o un Rembrandt, emocionado hasta los huesos. Mis ojos estaban fijos en sus labios carnosos y mojados, en su adolescencia inverosímil.

Estaba rodeada por el abismo.

—¿Y usted? —dije yo—. ¿Es de aquí?

—Oh, no. Vivo desde hace muy poco. Soy de Toulon —respondió ella—. Pero no me gustaba. Es muy pequeño. Y la gente... ¡puaf!

Dijo «puaf» con un mohín infantil, gracioso y perverso al mismo tiempo. Se la hubiera metido en la boca en aquel instante.

—Sí, Biarritz es agradable —dije yo; fue lo único que se me ocurrió. Sólo podía mirarla. Notaba cómo en mi pantalón iba creciendo mi sexo, brutal, ansiosamente.

—A mí me parece de película —dijo ella—. Una delicia.

Me miró provocativa. El camarero se acercó con otra heladera y la situó junto a nosotros. Sirvió dos copas. Yo tomé la mía y la alcé hacia ella:

—Por su belleza —dije.

Ella entreabrió la boca. Sus ojos brillaron incitantes.

—Me llamo Michèle —dijo.

Y brindamos. Ella se relamió.

—¡Me encanta el *champagne*! —exclamó.

Gozaba de aseidad. Era una de esas criaturas escogidas en las que notas que ha intervenido el semen de Satán; uno de esos seres transitorios, fugaces, salvajes y bellísimos, como ese espasmo de los lomos del cisne que viera Yeats; ese momento en una mujer, en la preadolescencia, en que, como si la Creación entrase en un turbión que expresara toda su fuerza ciega, esa sombra de perdición arranca a vivir, con su espíritu tan abierto como sus ojos, sin prejuicios, dispuesta a

hacerlo suyo todo, con la carne ardiendo, intuyendo muy bien qué puede complacerla más y mejor. Ese instante en que esos muy pocos cuerpos elegidos, esos rostros, esos ojos, se llenan de un rumor de vida e inteligencia, y sin que haya aún nada en su vida que pueda entenebrecerla. Esa especie de esplendorosa plenitud de la pubescencia, esa deletérea potencia sexual, avasalladora y letal. Es difícil expresarlo con palabras, pero con qué rotundidad se manifestaba al mirar cara a cara sus ojos de serpiente.

La invité a mi hotel, y aceptó. Mientras el automóvil nos conducía por aquellas calles ya desiertas, tomé su mano entre las mías. Ella me miró sonriendo. Yo estaba muy excitado. Me costaba trabajo esperar a llegar al hotel. Sentía su presencia junto a mí, la inminencia de su desnudez, de su carne. Mientras contemplaba, perdido en mis pensamientos, las calles, las gentes que cruzaban por el empañado cristal de la ventanilla como una fantasmagoría, evitando mirarla a ella, dejé caer mi mano sobre sus muslos. Sentí su carne caliente a través de la suavidad de la falda. Avancé con mis dedos, como si mi mano fuese una araña, hasta llegar a su rodilla. La acaricié. Ella no dijo nada. Vi que miraba esa mano. No es posible decir qué había en sus ojos: fríos, lejanos, como si otros ojos miraran desde dentro de aquéllos. Sentí que abría un poco los muslos. Entonces deslicé mi mano hacia arriba, y los acaricié. La piel era muy suave, con ese frescor repentino que inunda la mano del amante ya casi en el sexo. Pura gasa de Dacca.

Era el mismo frescor, de pronto, que hacía más de treinta años me inundara en los muslos de mi primer amor infantil, mi prima Catalina Sumarokof-Ebston. Era una fragancia que reconocía, ese olor acre y delicioso, como el que sorprende una intimidad. No hablamos durante el viaje. Michèle parecía de pronto un poco cohibida.

Cuando llegamos al hotel le dije que me siguiera. Subimos a mis habitaciones y ordené a mi ayuda de cámara que dispusiera una cena fría en la salita. Mientras la preparaban, yo salí al balcón sobre la ciudad y el mar, y le hice un gesto a mi joven amiga para que me acompañase. Le serví una copa

de *champagne* y se la ofrecí muy cortésmente, y ella me miró con sus ojos turbios. Me senté en un sillón.

—Desnúdate —le dije.

Ella me miró con una sonrisa indescifrable. Como la Esfinge.

—Ahí —dije—, ahí. Con la noche detrás. Ahí. Desnúdate. Despacio.

Michèle dejó caer los tirantitos de su vestido y vi sus inciertos hombros brillando bajo la luna. Se quedó en viso; un viso rosa pálido, como de satén, que marcaba asombrosamente la morbidez de sus formas. Entonces, despacio, dejó resbalar por sus brazos los tirantes y el viso se deslizó lentamente hasta sus pies; lo apartó con un pie, el gesto elegante, sin dejar de mirarme. Ahí estaba, arrogantemente, desnuda, tan sólo con una braguita blanca y apretada que señalaba la prominencia deliciosa de su Monte de Venus. Sin dejar de mirarme se quitó despacio, muy despacio, su braga, como en un lentísimo movimiento de baile. Entonces, arrobada por un sutilísimo gesto de vergüenza, se volvió hacia el ventanal y me mostró su espalda. La espalda se extendía lujosa y joyante desde un cuello que yo soñaba en morder hasta la locura a la deliciosa curvatura de unas nalgas orgullosas, imperiales. Era una espalda sobre la que reverberaba la luz de la noche sobre su pelusilla delicada al inicio de las nalgas. Soñé en el instante en que habría de poseerla por ahí. Sus hombros eran delicados, frágiles. Pensé en su abrazo, desplegando en mí su hálito de desorden, energía y muerte como los abismos del kraquen, mientras de su pecho marino, de sus axilas, de su vientre, emergería fundido al dorado de su piel sudorosa una brisa, un olor que sería como rumor de rompiente. Adoré esos brazos que brotaban como pájaros de su desnudez sublime, ornados de pulseras finas, erizados de vello finísimo y narcótico. Su piel era bronceada, oro viejo. Yo había amado pieles blancas y limpias, como la que fijara en mi cristalización amorosa aquella amante de un argentino que fue quien me inició en el placer cuando yo tenía once años, aquel otoño, en Contrexéville, durante una cura de aguas de

mi abuela. Pero esa piel tostada me trastornó. Era como una brisa de climas exóticos. Confirmaba la vitalidad del ardor que yo soñaba en mi criatura. Michèle era un ser marino, como recién bañado por las aguas de un verano, eco de playas soleadas, como un velo de luz submarina, sacratísima.

Era un cuerpo turbulento. Los pechos eran pequeños, con una suave curvatura hacia arriba y pezones extendidos. Su vientre hundido se enmarcaba como una joya por caderas redondeadas y algo ambiguas, y en el centro de esa belleza, como una flor de más allá de los tiempos, devoradora, misteriosa, su pubis pronunciado cubierto de una esplendorosa mancha de vello castaño. Era bellísima. Un cuerpo no sólo para ser gozado, sino para adorarlo como a una de esas raras culminaciones de la Belleza donde parece que la ciega Naturaleza de vez en cuando, al azar, rinde una especie de homenaje a su Creador. Michèle me miró con descaro.

—¿Y ahora...? Ahora, ¿qué quiere que haga?

—Ven —le dije.

Michèle vino hacia mí, y se detuvo donde podía tocarla. Yo avancé mis manos y tomé las suyas.

—Eres hermosísima —dije.

Ella no respondió.

—Ven —le pedí.

La acerqué a mí y apoyé mi cabeza en su vientre hundido y equívoco. Sentí contra mis mejillas aquella carne tibia y cómo el vello de su pubis rozaba mi barbilla. Aspiré profundamente. Un vaho calcinado, un perfume inefable subió hacia mí. El Nepente. Besé aquel pubis, tomé sus rizos en mis labios. Mis manos se deslizaron hacia sus nalgas redondas y prietas; las estrujé y todo su cuerpo pareció fundirse con mi aliento.

No era sólo enardecimiento sexual lo que yo sentía. Era todo mi ser en erección, como si desde lo más profundo de mis entrañas el viejo sueño de la perfección de la vida y del arte tomara forma y, hecho sangre, me engrosara la verga. Sentí unas ganas inmensas de poseerla allí mismo, de pie, en el suelo, como fuera, por donde fuera. La arrastré hacia la

balaustrada del balcón, la apoyé contra el mármol, y quitándome rápidamente los pantalones, sin pensarlo, hundi mi miembro entre sus piernas. Ella se echó hacia atrás y entonces, como si se abatieran unas misteriosas puertas, vi el mar y la noche. Estaba poseyendo a Michèle y al mismo tiempo estaba entrando en una sagrada configuración de oscuridades marinas y celestiales. Las estrellas lucían resplandecientes en el cielo y la Luna brillaba en todo su esplendor. No la besé. Entré en ella, separé con mis dedos los labios de su sexo, esa boca hambrienta y fatal, y entré en ella como el que se sumerge en la muerte. Estaba poseyéndola, pero mis ojos estaban clavados en la vasta noche y en la lejanía marina. Era como una ofrenda a la Luna, un homenaje a su poder fatídico. Notaba mi miembro moverse, hendir aquella cueva húmeda y caliente, pero era a la Luna a quien estaba penetrando. Michèle había dejado de existir. Tenía la belleza en mis manos y mi sexo hundido en su carne.

Los gemidos de Michèle me sacaron de mi sueño. Se estremecía. Oh Dios, hacía tanto tiempo que no había escuchado esos deliciosos gemidos, como de animal. Y notaba mi miembro cada vez más mojado. Michèle se arqueó. Estaba viniéndole. No sólo yo tenía su belleza, sino que la Belleza me deseaba, yo la hacía gozar. Perdí la cabeza, y empecé frenéticamente a empujar, a moverme. No me importaba si podía hacerle daño. Quería que mi sexo entrase en ella, todo yo hubiera entrado, que la triturase; quería ver esos ojos enturbiarse, esa carne envararse, esos labios musitar, gemir.

—¡Oh... ya, ya! —suspiró Michèle—. ¡Ya me viene, ya, me viene...! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Sigue!

Yo seguí, salvajemente. De pronto sentí como si todo mi yo se licuara y saliera de mí en ese chorro hirviente.

—¡Cabrón! —gritó Michèle—, ¡cabrón!

Nos quedamos quietos. Apoyé mi cabeza, ciego, en sus hombros delicados. No nos movimos. Le pasé la mano por la cintura y noté el pliegue producido por el mármol de la balaustrada. La separé de ella. Nos quedamos inmóviles, abrazados. Besé su cuello, dejé caer mi mano y acaricié la hendidura de sus nalgas. Estaba húmeda, una mezcla de

sudor, de semen, de sus propios jugos exquisitos. Saqué mi miembro despacio y noté cómo por sus muslos resbalaban unas gotas cálidas. La miré. Michèle estaba arrebolada. Más hermosa que antes. Como si el placer hubiera multiplicado su encanto, su embrujo.

—Ven —le dije, y la llevé hasta el lecho—. Ella se dejó caer como un animal cuando quiere descansar, con su cabeza y su pelo extendido sobre las sábanas y las piernas medio abiertas. Traje *champagne*. Me gustaría —dije— tener la polla de un caballo, y reventarte.

Ella sonrió.

—Ven —me dijo. Y alzó sus manos. Sus ojos turbios me miraban con algo más que placer, o eso al menos imaginaba yo—. Ven.

Me tumbé junto a ella en la cama.

—¿Cuántos años tienes? —dijo.

Esa pregunta, que en otras circunstancias me hubiese molestado, en Michèle fue tan espontánea que no me hirió.

—Cuarenta y siete —dije.

—Pareces un muchacho. Joder contigo es como jugar. Mejor que un muchacho.

Besé a Michèle. Sentí su lengua enroscada en la mía, su saliva, sus labios calientes —pensé en aquel verso de Shakespeare, «Tus labios están calientes»—, su cuerpo sudoroso que se apretaba contra mí. Mi miembro se puso de repente rígido. Sentía un vigor, unas ganas brutales. Seguí besándola y con mis dedos empecé a acariciar su sexo, metí uno, dos, tres dedos en él, notaba cómo parecía hervir con todos sus jugos y los míos; mis dedos se perdían en un líquido espeso. Ella apretó mi mano con las suyas. Seguí masturbándola hasta que comprendí que estaba al límite del placer, entonces me puse encima y hundí mi miembro otra vez en ella, salvajemente. Fue una copulación frenética. Los cuerpos se agitaban como las alas de un pájaro entre gemidos y suspiros. Nos corrimos dos veces más. Las sábanas estaban empapadas. Ella se levantó de pronto.

—Espera —dijo—, voy a lavarme. No te has puesto nada. No quisiera quedarme embarazada.

Y salió hacia el cuarto de baño. Yo me quedé tumbado, encendí un cigarro. Me serví una copa. Miré mi sexo, que caía entre mis piernas rendido por el placer. Le sonreí. «Ah, viejo compañero», le dije, «viejo y querido compañero...». Michèle volvió.

—¿Tienes una aspirina? —me preguntó.

—¿Te duele la cabeza?

—No. Pero no me fío. Hemos jodido mucho y me he lavado tarde. Dame una aspirina.

Se la di. Ella se la metió en lo más hondo de su sexo.

—Es muy seguro —me dijo.

Mientras ella dormía a mi lado, iluminada por la Luna, yo soñé que de alguna forma aquel ser me devolvía parte de nuestro esplendor perdido. Yo mismo me sentía joven, eufórico. Mi habitación del hotel parecía transformarse en aquel teatrillo delicioso de nuestra residencia de San Petersburgo, en el malecón Moika; me vi a mí mismo como era en el retrato del gran Serof; ante mí desfilaron la fachada y los jardines en gradas de Arkhangelskoy, nuestra villa de Tsarkoie-Selo, la majestad de los zares; comprendí el verdadero sentido de aquella frase, que mi antepasado Nicolás Borisovich hizo grabar en la estela en honor de la Gran Catalina, según la cual había seres que junto a la envergadura de sus sueños, recibían del destino la fuerza suficiente como para poder llevarlos a cabo. Michèle me traía ahora esa fuerza. El viejo mundo de mi juventud, lo que aún se me había dado contemplar, el orden, la perfección del mundo, el sueño de la Belleza, la Sabiduría del Orden, no renacería de sus cenizas, pero a mí se me permitía la fuerza necesaria no sólo para evocarlo virilmente, sin melancolía, sino para encarnar su canto del cisne con todo derecho, y para poder decir con orgullo: Fue así, y, fuese lo que fuese, nunca volveréis a ver nada igual.

La luz del sol que se levantaba fue plateando la habitación. Ella dormía junto a mí como un animalillo que descansa después de haber jugado. Encendí un cigarro y a través de su humo magnífico contemplé aquella pieza que hasta entonces había sido mi reino de soledad. Las copas

medio vacías, la ropa tirada, mis objetos amados. Michèle estaba desnuda, medio cubierta por una sábana. Sentí una gran ternura, y la besé en los hombros. Ella se desperezó y dio media vuelta, y sus pechos se movieron hacia mí. Eran los suyos gestos de niña mixturados con una sutil sabiduría de cortesana. Violación y prostíbulo. El aire olía a sexo, a perfume, a sábanas sucias y mojadas.

—Oh... qué bien —dijo aún medio dormida.

Noté el calor que desprendía su cuerpo. Como un viento caliente en mi cara. Me levanté y traje de la otra salita el desayuno. Puse la bandeja junto a ella. Al verla, empezó a hacer gestos, destapando los platitos.

—¡Ummm! Qué bien —exclamó regocijada—. Nata. Y pastelitos con crema.

Se levantó. Desnuda en aquella luz parecía una estatua bajo el mar. Me abrazó, me besó, mientras exclamaba:

—Te quiero, te quiero, te quiero. Eres adorable.

Y me sacó la lengua. Aquella lengüecita caliente y vivaz.

Era una gracia la suya de ensoñadora delicadeza unida a una canallesca vulgaridad que le daba el mayor encanto. Me hipnotizaba. Un encanto fatal. Sí, entendí aquella frase famosa: «Detente, eras tan bella».

Michèle, con un gesto de fingida sorpresa, fue al baño. Miré su culo moviéndose, su espalda que brillaba, larga, casi de muchacho. Desde la puerta del baño me hizo un guiño. Mientras ella se lavaba, pensé en la extraña maravilla de aquella noche. De pronto sentí un miedo insoportable a perderla, a no verla más. En cuanto salió, ya vestida, y, mimosa, me besó, no dudé:

—¿Qué piensas hacer hoy? —le dije. Era más una petición que una pregunta.

—No sé. Oh... No sé. Supongo que nada.

—¿No... no te espera alguien? —Creo que notó el temblor en mi voz—. Quiero decir... ¿No has quedado con nadie?

Ella me sonrió gatuna, irresistible.

—No —dijo—. ¿Por qué?

Dudé por un segundo. El paso que iba a dar era la diferencia entre una noche agradable y el amor.

—No sé... —dije—. Pensaba que podíamos pasar el día juntos. Comer en cualquier sitio agradable.

Ella no vaciló:

—Es una idea preciosa. —Y volvió a mirarme con aquel resplandor de sus ojos que me narcotizaba—. Oh, nada me gustaría tanto —dijo, y me abrazó de nuevo.

Supongo que, si en aquel instante no me hubiera besado, acaso todo hubiera sido por completo diferente. Pero nuestro Destino —me refiero a sus cambios de rumbo con mayúscula— se deciden siempre en un segundo, y un segundo en el que nada o poco intervienen ni la experiencia ni la memoria ni la razón. Pero me besó. Sentí su saliva perfumada en mi boca, noté el calor de su cuerpo, su pelo sobre mi rostro, la dureza de sus muslos.

La quise. Oh, Dios. La quería.

Bueno, era magnífico. La solución de mis problemas, el fin de la ansiedad, de la miseria. Por fin, ¡el gran mundo! Y qué poco me costaba. Poner el coño. Los tíos, por metértela, son capaces de cualquier cosa. Y éste estaba bien. No era tampoco muy viejo, y desde luego sabía lo que era joder. La primera noche me metió un meneo que ya quisieran muchos jóvenes. Claro que no era lo mismo. Este decía cosas muy raras. Y era muy rico. Y no está la vida como para pensárselo dos veces. Si lograba engatusarlo, y no parecía difícil, me arreglaba la vida. Y si fallaba, seguro que alguno de sus amigos podía solucionarme la papeleta. Si seguía con él, cogía la suerte en mis manos. ¡Por fin! Ya estaba bien. Ya me habían puteado mucho. Me putearon mis padres, me putearon en el colegio, me putearon en París. Había tenido que chupar cada polla que Dios me lo tenga en cuenta. Y los tíos todos son iguales. Lo único que les importa es metértela. ¡Pues que la metan! ¡Pero que paguen bien!

El primer tío que me la metió fue un compañero de mi calle. Se llamaba Gustave. Siempre me miraba con ojos salidos. Yo lo había visto toquetear a otras amigas de la escuela. Era muy guapo. Él debía de tener unos dieciséis años, y yo doce. Un día

me llevó al sótano de su casa. Cuando me tuvo allí, se abalanzó sobre mí y empezó a besarme. Me gustó, ésa es la verdad. Me hacía sentir una especie de calor agradable, un cosquilleo muy bueno en mi almejita. Después de besarme y manosearme a su gusto, me dijo: «Te voy a enseñar mi polla». Y se la sacó. Me parecía increíble, pues no había visto nunca ninguna. Me hizo tocarla; era un tacto agradable, caliente, duro.

—¿Cómo puede caberte en los pantalones? —le dije.

Él se echó a reír.

—Cuando no está tiesa se mete en cualquier sitio —me dijo.

Me gustó aquel pedazo de carne. Tenía una cabeza redonda rosada que medio cubría una piel muy suave. Me gustaba su olor.

—Apriétala fuerte —me dijo Gustave— y menéala de arriba abajo.

Lo hice. Cuanto más la apretaba y más la movía, más dura se ponía aquella cosa. Al poco de estar moviéndola, mientras él por su parte me estaba tocando el culo y mi conejito, que por cierto se me estaba poniendo cachondísimo, vi que aquel pedazo de carne empezaba a echar como una gotita espesa por la punta.

—Te estás meando —le dije riéndome.

—No me estoy meando. Es leche —me dijo.

—¿Leche?

—Sí, leche de hombre. Es muy buena. Chúpala.

Lo hice. Sabía a salado.

—Sigue meneándomela —exclamó Gustave.

Seguí dando con mi mano hacia arriba y hacia abajo, y de pronto de aquel pedazo de carne salió un chorro cálido y espeso, blancuzco, de esa leche de hombre que decía Gustave, que me llenó la mano. Gustave dio un grito. «¡Ya me corro! ¡Ya me corro! ¡Sigue, sigue!», exclamaba. Yo seguí hasta que empecé a sentir que aquel pedazo de carne iba poniéndose blando.

Como aquel día, sucedieron otros varios. Gustave siempre hacía lo mismo. Me besaba, me tocaba y luego me hacía que se la meneara. A veces me levantaba las faldas y me miraba mi conejito, y lo besaba. Pero nunca pasó de ahí. Una vez me explicó cómo lo hacían los mayores, y yo le pedí que me lo hiciera igual. Pero Gustave no quería.

—No quiero que vayas a quedarte preñada —me dijo.

Yo insistí, y por fin un día logré que me metiera un poco de su miembro. Sentí un gusto extraordinario. Eso era otra cosa. Era como si me tocara yo misma, pero mucho mejor. Notaba una bola caliente entrar en mi cuerpo, y eso me hacía gozar intensamente. Llevábamos un mes o así viéndonos en aquel sótano, cuando una tarde nos sorprendió el padre de Gustave. Agarró a su hijo por el lomo, y de un fuerte empujón lo arrojó contra las escaleras del sótano.

—¡Animal! —le gritó—. ¿Con que éstos son tus estudios? Refocilándote con esta golfilla.

Gustave trotó por las escaleras entre los gritos de su padre.

—¡Ven aquí, rapazuelo! ¡Ya te las verás conmigo! ¡Desvergonzado! —Cuando Gustave hubo desaparecido como una exhalación, su padre se volvió hacia mí con la mirada fiera—. ¡Y tú, mala puta! ¡A tus años! ¡Ésta es la pureza que cabe esperar hoy día de una niña! ¡Me avergüenzo de ti! ¡Tus pobres padres!

El padre de Gustave era un tipo algo ridículo, siempre vestido de negro —«es la seriedad de mi cargo», decía (era empleado de pompas fúnebres)—, pequeño y regordete. Aquellas palabras gritadas con voz un poco chillona tuvieron el efecto contrario al de atemorizarme; me hicieron reír. Él se enfureció aún más. Pero la situación no dejaba de ser algo cómica. De todas formas, mientras el padre de Gustave gritaba y gritaba, yo me daba perfectamente cuenta de que sus ojos no dejaban de contemplar mis piernas, todavía al descubierto, pues yo me encontraba echada sobre un viejo colchón con la falda levantada, y por lo tanto ofreciendo a la concupiscencia de aquel caballero mis muslos virginales y todo el esplendor de mi osito meloso.

Aunque seguía gritándome, la voz de aquel hombre empezó a bajar de tono, y él empezó a acercarse a mí. No dejaba de hablarme, pero el asunto estaba cambiando de color.

—Ya ves. Tú, que tienes la sagrada obligación de guardar tu pureza para cuando te cases. Y ahí, con el bestia de mi hijo, mostrando tus encantos...; dejándote tocar. ¡Dios mío, qué mundo! Ahí, con los muslos al aire... esos muslos... Hija mía, parece mentira.

Yo seguía riéndome, y no hice nada por taparme. El buen hombre estaba ya junto a mí. De pronto vi que le entraba como

un pequeño temblor, y se abalanzó sobre mí.

—¡Ah, ah, puta, pequeña putilla...! Si el imbécil de mi hijo te la ha metido, yo también. Y si dices una palabra a alguien...

Y puso unos ojos aviesos que parecían taladrarme.

Se echó sobre mí y empezó a tocarme. Sentí repugnancia, pero por otra parte, como Gustave me había dejado a medias en mi placer, sentía también una especie de cosquilleo muy estimulante. Lo dejé hacer a su gusto, y no dije nada. El buen hombre se excitó tanto que de pronto se abrió el pantalón y se sacó un raro miembro, muy diferente al de Gustave; éste era muy largo y fino, como una anguila. Me lo puso entre las piernas, pero era una sensación viscosa. De todas formas, no me desagradó. Parecía moverse como un gusano. «Te la voy a meter, putilla, te la voy a meter», decía. Intentó hacerlo, pero aquella anguila no terminaba de ponerse dura, y yo desde luego tenía una almejitita terca que necesitaba más determinación. En esas estaba cuando de pronto empezó a emitir unos sonidos como quejidos, más parecidos a un fuerte hipo, y noté cómo aquella anguila repugnante se vaciaba entre mis muslos. Se quedó como muerto, con la respiración entrecortada. Me asusté, porque pensé que podía sucederle algo.

—¿Qué le pasa? ¿Está usted bien, señor Claudel?

—Sí, hija —dijo—. Qué horror... cómo he podido —se miró el gusano que ahora se había encogido y se lo guardó. Me miró compungido—. No sé cómo he podido. La tentación, el Diablo... Me arrepiento. No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Si eres buena y no se lo dices a nadie, te regalaré una muñeca, la que tú quieras.

El pobre hombre daba pena. Pero aquello me dio qué pensar. Un ratito de prestar mi conejito, y me regalaban una muñeca. Ese conejito tenía poder.

Como es natural, no dije nada. Continué viéndome a escondidas con Gustave durante unos meses. Poco después, mi padre, que era maestro de obras, murió en un hundimiento, y mi madre tuvo que ponerse a servir de cocinera en casa de unos ricos. A mí el panorama no me gustaba nada y, al poco, con trece años recién cumplidos, le dije a mi madre que quería irme a París, a casa de una tía de mi padre, donde pensaba abrimme camino mejor que en Toulon. Mi madre estuvo de acuerdo, y me dejó partir.

La hermana de mi padre no era mala mujer, pero no tenía mucho dinero. Al poco de llegar, me dijo un día: «Niña, tienes que buscarte la vida. Yo puedo darte techo, pero los tiempos son malos. Tienes que espabilar». Comprendí aquellas palabras. Y he tratado de espabilar.

¿Qué lleva a un hombre a enloquecer por una mujer? Nunca lo sabremos. Es algo tan misterioso como la perfección de la belleza de una concha marina, como la fragancia de la lluvia. Hemos visto caer reinos por una mujer, acaso menos bella que otras cortesanas que vivieron incógnitas. No enloquecemos por la más hermosa, pero una mirada de esos ojos que nos hipnotizan vale más que una corona. Tampoco son los secretos del placer, con ser mucho el que se obtiene de ese cuerpo, esos ojos, esa mirada, de saber que esos suspiros son por los transportes que uno lleva a su carne. El más limitado razonamiento nos llevaría a considerar que comparables goces se encontrarían con otra hembra hermosa, y sin que ello arrasara nuestra suerte. Pero no. De pronto una mujer, ni la más hermosa, ni la más inteligente, ni la más sensible, se cruza en nuestro camino, y un temblor de esa carne nos exalta como para que rindamos a su encanto —ante ese encanto, y no otro— toda nuestra fortuna. Nunca sabemos por qué somos tan poco racionales. Pero hay ocasiones en que una criatura fastuosa espadaña ante nosotros un esplendor que además sólo nosotros captamos en esa intensidad, y todos nuestros minutos dependen ya de ella, de conseguir... ¿qué? Acaso nada... Porque jamás logramos hacerla completamente nosotros, yo. Es una lucha que no tiene fin y que suele llevar al desastre. Es la contemplación de una imagen mutilada, como aquélla de *El Amor y Psiquis* de Canova que se truncó en el incendio de Arkhangelskoy, deslumbrante, aún rota, entre los restos del incendio.

Aquel día fuimos a comer cerca de Biarritz, a un paraje junto al Nive. El día era espléndido, como si quisiera acompañar con su belleza, con su placidez, el milagro de

aquella relación que había nacido entre Michèle y yo. Comimos bajo los árboles, y mi fiel Kuzma se esmeró en preparar una cesta suculenta.

El encanto de Michèle era irresistible. Su pelo oscuro que el viento movía sobre su frente, la piel dorada, sus ojos verdes turbios como esmeraldas. Esa turbiedad acaso fuera una de las esencias de su fascinación. Nunca podría saber con ella si me acompañaría hasta la muerte o si me abandonaría en la puerta del primer hotel, o si en el fondo de su aventura espléndida guardaba la fortaleza suficiente como para bailar como un derviche sobre mis despojos una vez que me hubiera sacado el alma. No había amor en sus ojos, era otra cosa: fiebre. Acaso no había amor en su corazón. Pero era tan fuerte su destino, el movimiento de su vida, su ansia de futuro, su encarnación del juego y la alegría, su vigor, su insolencia, su devastación... el aturdimiento de esa fiebre...

Esos ojos me embrujaban. Lo que pudiera haber tras el iris de esa belleza pertenecía a los dominios del Basilisco. Eran las antorchas que vio Propercio en los ojos de Cintia. Yo miraba su boca, me excitaban aquellos dientes no demasiado regulares. Nunca se insistirá bastante, ay, en la importancia que para una notable erección tiene una dentadura imperfecta, incluso, en ocasiones de una perversión acentuada, ciertos aparatos de corrección dental. Baste decir que una dentadura perfecta, regular, no excita nada. Algo parecido me ha sucedido siempre con las gafas, aunque esto ya con mujeres más hechas que Michèle. Elemento esencial para aplacar a los fantasmas de cada cual: quien haya gozado lo que el gran Vatsyayana denominó «pulimento» y «absorción», realizados por una linda cara con gafas, no ha podido olvidarlo. Como el aloe, expulsa la melancolía del alma.

Después de comer sentí crecer de nuevo en mí el ansia por gozar de Michèle. Me bastaba mirarla para sentir mi verga crecer, casi jadear. Era algo que no me había sucedido nunca, ni aun en aquella perdida juventud en que prácticamente está uno todo el día en estado de gracia. Con frecuencia yo debía recurrir a mis sueños para excitar con ellos mis sentidos, a

veces incluso recurrir a alguna representación: más de una vez he sido Rodolfo y ella Mimí, susurrándole «*Che gélida martina*» al tiempo que llevaba la suya hasta empuñar mi miembro; a cuántas he amado adjudicándoles en la oscuridad de mis ojos un rostro obsesionante mientras mi polla entraba y salía de una carne anónima a la que sólo pedía su misterioso tacto como de algas marinas. Cada cual se corre como puede; yo creo haberlo hecho hasta de Sparafucile. Pero con Michèle era diferente: me bastaba mirarla, la deseaba cada segundo, hubiera podido muy bien morir jodiendo.

No estaba mal. Un poco viejo, claro, pero era atractivo, y sobre todo tenía algo, no sé, que me hacía sentirme muy bien, muy segura. Y era rico, infinitamente rico. Cuándo podía yo imaginarme que alguien así se liara conmigo. Me sentía a gusto con Félix. No era lo mismo que con alguien de mi edad, con un hombre joven. Pero no se portaba nada mal en la cama. Y además, cuando se agarra bien por los cojones a un hombre de esa edad... Y siempre puede una, si se lo pide el cuerpo un día, engañarlo con uno joven. Además, tampoco es tan importante la cama, ¿no? Hay cosas más fuertes: la seguridad, la posición. Y eso sí que era algo que, mientras estuviera con Félix, podía tocar.

Aquella tarde, yo debía acudir a una fiesta que había organizado la anciana marquesa de Montcrécy. Era una gran dama, que fue muy amiga de mi madre, y no podía desairarla. Pero tampoco podía dejar a Michèle, me sentía como soldado a su vida, a su presencia. Decidí llevarla conmigo. Le compré unos vestidos y puse sobre su cuello una gargantilla que había sido de mi abuela. Estaba radiante.

La fiesta fue muy aburrida. Las mismas conversaciones de siempre:

«Cada día estás más joven, Dimitri...».
«¿Conoces al señor Dubois, querida?».
«¡Encantada!».
«Me han hablado mucho de usted».
«¡Querido Marqués!».
«En Berlín era igual. ¡Qué gentuza!».
«Ya los meteremos en cintura».
«De todas formas no me fiaría yo de ese Hitler».
«... No, me han dicho que se suicidó. Cuando quebró».
«Son los generales los que tienen que hacer algo».
«El ejército no puede permanecer impasible mientras la gentuza se hace con la calle».
«... Y además, Mola es buen católico».
«Yo desde luego no regreso mientras no se aclaren las cosas y haya orden».

Qué satisfacción tan intensa entrar en la fiesta con Michèle a mi lado. Todos aquellos rostros, fantasmas del pasado, restos de un mundo perdido, que se negaban a morir con dignidad. Ninguno hubiera seguido el ejemplo del rey Charles I, ni el del zar Nicolás y su familia, quienes aun en la más desolada soledad, no claudicaron. Ni siquiera tenían el coraje y el sentido de la grandeza que tuvo el desafortunado Stavisky. No, todos estos buscaban en un *sálvese quien pueda* espectral la alianza con las nuevas fuerzas, lo mismo les daba con la burguesía que con las tropas, un ejército que suponían suyo, cuando en realidad tampoco lo era ya. Les fascinaba Mussolini, y Doumergue, y Pétain, y Herriot, y Hitler y los suyos, como si no vieran que también con ellos se cumpliría inexorablemente la ley de los tiempos, la irrupción de las masas, un nuevo orden gigantesco y estéril, grisáceo y brutal. Aparecer en aquella sociedad moribunda, pálida, abandonada, con Michèle a mi lado, fue un goce supremo. Ella era la juventud, la belleza, el vigor, la fuerza del erotismo. Y yo llevaba esa vida de mi brazo. Y ese cuerpo, que todos ellos, caballeros y damas, deseaban, era mío, mío, y sólo yo gozaría con él aquella noche.

Sentí ganas de poseerla allí mismo, a la vista de todos. Michèle estaba bellísima con aquel vestido de noche color

perla y al cuello, solitaria, el aguamarina de insólita belleza que había pertenecido a la reina de Nápoles y que me había regalado mi abuela. Las esmeraldas de sus ojos, la morbidez de sus miembros, el desvanecimiento al caminar... ¡Qué cuerpo tan espléndido! ¡Qué hermosa era Michèle! Había elegancia, majestad en su porte, algo difícil porque es de raza; pero Michèle entró en la fiesta con la misma elegancia con la que María Antonieta subió a la guillotina. Me fascinaba su maquillaje. Muy leve, pero perfecto. Siempre me ha fascinado la sabiduría para maquillarse, porque es el elemento esencial de la belleza. Muchas veces realmente me he acostado sólo con un maquillaje. Tantas mujeres adorables con maquillaje me dejaban frío sin él. El maquillaje es el alma de la sensualidad, porque, además, a diferencia del cuerpo, no envejece. Y hay algo en él mismo, en sí mismo, que lo hace deseable.

Yo era consciente de la furia que había desatado en muchas de aquellas personas, cuántas de ellas antiguos amigos. Sin duda al llevar a Michèle a aquella fiesta transgredía un canon inviolable. Pero era demasiado fuerte lo que sentía por aquella criatura sobrenatural. Procuré apartarme de los grupos de invitados, evité demasiados saludos. El trago más amargo fue presentar a Michèle a la anciana marquesa. Pero todo se resolvió con un admirable aunque gélido ritual.

Bailamos. Bailamos sin cesar. La tenía entre mis brazos. La música sonaba, bella, sensual. Yo notaba el cuerpo de Michèle, su calor, su perfume inolvidable. Mientras bailábamos me miraba con aquellos ojos verdes profundos. Sonreía. De pronto volvió a mi memoria una imagen, acaso la más misteriosa de mi vida: un anochecer, al final de un verano, en la Selva de Plata, cerca de Moscú, vi pasar, en el silencio de las sombras que ya cubrían la nieve y la arboleda, un tren todo iluminado, en silencio. Pasó. Y allí no había tendido de vías, ni hubo jamás un tren. Esa imagen me obsesionó de nuevo mientras bailaba con Michèle. La estrechaba como el que estrecha la juventud ida y acaso el sueño que jamás cumplirá. Recordé cada minuto de la noche

anterior, nuestra copulación salvaje, veía su sexo sonrosado y entreabierto, llamándome, la suave pelusilla de su piel en el final de su espalda, sus manos delicadas y de largos dedos, el olor de su pelo, el olor de su cuerpo y de su sexo, de sus jugos extraordinarios. Sentí una magnífica erección, que ella percibió al instante. Me miró, sonrió y apretó sus muslos contra mi miembro. Bailamos como poseídos por una furia erótica que nada aplacaría. Era un baile lento, suave. Yo me apreté aún más contra su vientre. Rocé mi sexo hambriento de ella. Me parecía sentir a través del vestido el pelo que cubría su Monte de Venus. Rocé y rocé hasta sentir que me corría.

Era hermosa Michèle. Muy hermosa. Yo hubiera pagado por ella muchísimo. La hubiera llevado para decorar mi casa de Sicilia. Qué adorable hubiera estado junto a la fuente de piedra, lánguida, para jodérmela en los atardeceres de otoño.

*«Trata de entenderme,
Sant'Angelo»*

me rogó un día Félix. Claro que lo entendía. Pero lo que me resultaba muy difícil aceptar era la locura de trastornar el muy sabio, y muy antiguo, y ponderado, y desde luego extraordinariamente delicado equilibrio resumado por la experiencia y las costumbres. Que Félix sintiera un muy especial arrebató por la joven Michèle, bastaba verla a ella para comprenderlo. Era muy hermosa, es cierto, aunque como resplandecía aquella noche todo lo más duraría unos meses; después se convertiría en otra cosa. Acostarse con ella, disfrutar con ella hubiera sido estúpido negárselo a uno mismo: a cada mujer hay que amarla en su momento justo, ése que en unas puede suceder a los ocho años y en otras a los cincuenta y nueve. El instante exacto en que son bellas y fascinantes como nunca ni antes ni después volverán a serlo. Siempre he perseguido esas piezas raras. ¿Cómo no entender a Félix? Pero lo que yo temía era que Félix llevara esa pasión más allá de su cama, como la presencia de Michèle en aquella fiesta hacía presumir. No son

recomendables vinculaciones más profundas entre seres con diferentes orígenes, con una sensibilidad desigual, con educaciones dispares.

Creo que éramos dichosos. En algún momento, sin embargo, me pareció que Michèle era vulnerable a la sensación de vacío que se había producido en torno a nosotros. Se mostraba un poco nerviosa.

—No parece que les haya gustado mucho a tus amigos —me dijo en un momento.

—Me da lo mismo —le respondí. Y era cierto.

De pronto Michèle me susurró:

—Dejemos de bailar. Quiero beber algo.

—Vamos al jardín.

Salimos. Nos acercamos a las mesas dispuestas con la bebida. Pedí dos *cognacs*. Estábamos bebiendo cuando se nos acercó un viejo amigo mío, Antoine de Lacy.

—¿Te has enterado? —me dijo exaltado—. Han asesinado a Alejandro I en Marsella.

La verdad es que en aquel momento yo me sentía muy distante de preocupaciones como aquélla.

—Lo siento —fue lo único que alcancé a decir.

Dejé a De Lacy casi con la palabra en la boca y me volví hacia Michèle. Reparé en que ni siquiera le había presentado a De Lacy. Nos sentamos en un banco del jardín. La luna brillaba hermosísima, y las estrellas, en un cielo limpio.

Estaba desnuda ante mí. Bebíamos y hablábamos, pero yo no atendía a la conversación. La miraba y la veía desnuda, echada sobre la cama, estremecida sintiendo en su sexo las pulsaciones febriles de mi miembro, la escuchaba pedir: «¡Métemela otra vez! ¡Déjala ahí! ¡Déjala ahí!»; y las contracciones de su vulva apretando mi carne, como si ansiara succionarlo, devorarlo. Veía esa boca que me hablaba y la soñaba llena de mí, chupándomela, extrayéndome hasta la última gota del placer. Imaginaba cómo habría sido antes, mucho más niña, sus primeras caricias solitarias, su

intimidad, acaso algún contacto furtivo y magnífico con alguna compañera. Michèle no era virgen. ¿Quién la había poseído antes que yo? ¿Cómo era? ¿Lo había amado? ¿Se había entregado a él con pasión o sólo había sido una aventura juvenil, pasajera, como la gimnasia?

Aquella noche, tan feliz, tan seductora, tuvo su lado lamentable. De alguna forma ya había sido extraordinario que pudiéramos salir indemnes de aquella osadía mía de presentarme en la fiesta con Michèle. No se desafía en vano. Pero aún debía sucedemos algo desagradable.

Estábamos sentados en el jardín. La música nos llegaba desde lejos; la orquesta tocaba algo de Cole Porter. Empezó a hacer frío. Cerca de nosotros había una pareja de invitados, un par de invertidos que se acariciaban. Michèle los miró con sorna. A través de las cristaleras veíamos como en una bruma empañada los invitados que bailaban o conversaban. No pude reprimir una sensación de impotencia:

—Míralos —le dije a Michèle—, esperando que algún general nos devuelva nuestro mundo.

Michèle me miró con una extraña sonrisa:

—¿Qué mundo? —dijo. Y no había ironía en su voz.

La besé. Acaricié de nuevo su cintura dura y dúctil. Metí mi mano bajo su falda.

—Pueden vernos —dijo ella.

—Que nos vean.

Todo me daba igual. Mi mano subía por sus muslos y mis dedos tocaron el nido ardiente entre sus piernas. Acaricié su vello sedoso. Metí un dedo en su sexo. Noté su calor, su humedad. Ella suspiró. Cerró los ojos y se echó hacia atrás entreabriendo los muslos. La masturbé suavemente mientras la besaba. De pronto nos interrumpió un invitado. Era alguien a quien bacía tiempo que no veía, alguien a quien no apreciaba.

Oí su voz. Me sobresalté y me volví.

—Muy solos estáis... —dijo mordaz.

—Hola, Walter —dije. Me levanté. Debía presentarle a Michèle, pero no me apetecía.

—Walter Ford —se adelantó él.

—Michèle —dijo yo—. Una buena amiga.

Él sonrió.

—Encantado. Sí, ya os vi antes. Muy linda, sí, muy linda —dijo esto mirándola con descaro.

Yo quise cambiar la conversación.

—Te hacía en Londres —dijo.

—Llegué ayer tarde. Ah, chico, está Londres poniéndose insoportable.

Me di cuenta de que Walter estaba algo borracho.

—No será para tanto —le dije. E hice un gesto a Michèle para que se levantara. Quería irme de allí.

—¿No? —dijo Walter. Advertí un brillo de deseo hacia Michèle en sus ojos vidriosos—. Está bien tu amiguita —dijo, como si Michèle no estuviera presente—. ¿De dónde la has sacado?

Me sentí muy molesto, muy inquieto. Tomé a Michèle de un brazo.

—Ya nos íbamos —le dije a Walter. Y empecé a caminar.

Walter me tomó por un brazo:

—Ya tendrás tiempo luego de meterte en la cama con ella. Venid. Vamos a tomar una copa —dijo con cierta violencia.

Yo separé con brusquedad su mano de mi brazo.

—He dicho que ya nos íbamos. Adiós, Walter.

Pero Walter no estaba dispuesto a dejarnos.

—He dicho que vamos a tomar una copa.

Dándole la espalda de forma ostensible, Michèle y yo seguimos andando. De pronto oí sus voces:

—Oye, Félix... ¿por qué no me pasas a tu amiguita? Cuando te canses de ella... claro.

Sentí ganas de golpearle. Michèle me tiró del brazo.

—Vámonos —dijo, y bajó los ojos.

Walter seguía gritando:

—No sería la primera vez, ¿no? ¿Para qué están los amigos?

Mientras nos alejábamos le oí gritar:

—¡Las hay mejores!

La orquesta tocaba con brío un charlestón. Michèle no levantó sus ojos. Salimos de la fiesta sin despedirnos y

volvimos al hotel.

Una de las ventajas del mundo de mi juventud, es que jamás, ni en una pesadilla, hubiera asistido a una de nuestras fiestas un tipo como Walter. Pero ¿no sería yo ahora el extraño? Quiero decir: ¿el problema no sería que en el mundo de mi juventud yo jamás habría pisado una fiesta a la que pudiera asistir un Walter? ¿Era el dinero lo que había constituido la barrera? No, creo que no. Porque cualquier industrial como Walter tenía tanto como pudiéramos tener nosotros, mejor dicho, como habíamos tenido en mejores momentos. No. Es una cuestión de clase. El poder existe cuando es algo a lo que uno se somete naturalmente, como al orden de las estaciones, como a la lluvia o al verano; cuando todos los personajes de la obra aceptan su papel y conocen bien sus límites, sus obligaciones, sus derechos y deberes. El mero hecho de pagar algo ya es igualdad. Yo nunca pagué nada en Rusia, nunca supe el precio de nada. Para eso estaban los criados y administradores. A una cortesana no se le paga con dinero. Se le regalan joyas o vestidos, según haya quedado uno satisfecho. Desde el momento en que es el dinero lo que establece la jerarquía social, el mundo ha terminado. Porque dinero puede hacerlo cualquiera; cualquier bruto, sobre todo los norteamericanos, pueden tener cuanto quieran; sólo es necesario consagrarse a esa vileza: ganarlo. Cuántas fincas tenía mi abuelo que perdían, pero tenerlas y con ellas a sus campesinos era un destino. En fin, el hecho concreto es que yo, Félix Yussupov, asistía a fiestas donde podía tutearme un fabricante de colchones de Plymouth, y donde ya me parecía normal que gente como aquélla pudiera mirar con descaro a la dama que me acompañase. No fui capaz ni de retar a Walter, aun con el inmenso placer que me hubiera proporcionado tirarle un sablazo entre ceja y ceja.

Aquel fin de fiesta tan desagradable me provocó una muy ingrata tensión nerviosa: sí, Michèle podía ser incompatible con «mi» mundo, pero a mí ya no me interesaba ninguno donde ella no estuviera. Regresamos al hotel sin hablar demasiado; yo notaba como electricidad entre nosotros.

Cuando llegamos a mis habitaciones le serví un vodka muy helado y yo me preparé otro. Puse una placa con una grabación que acababa de recibir de *Las bodas de Fígaro* y nos sentamos en la terraza. Biarritz centelleaba ante nosotros mientras sonaban las hermosas palabras de Cherubino: «*Voi che sapete che cosa è amor...*». Michèle se dio cuenta de mi inquietud. Se levantó y vino hacia mí, intentaba mostrarse muy cariñosa.

—¿Por qué no vienes a la cama? —me dijo.

—Duerme tú —le respondí.

—Ven —me dijo. Y con aire gatuno me besó y se sentó en mis rodillas.

Noté su culo y sus muslos sobre mi vientre y mis piernas. Sentí, aun a través de la ropa, su carne, la hendidura de sus nalgas, el calor de su coño. La besé. Metí mi lengua en su boca.

La deseaba demasiado. Sí, a veces puede ser demasiado el amor. La deseaba con cada poro de mi piel. Lo hubiera dado todo por ella. Michèle, tan rápidamente, se había convertido en una droga que yo necesitaba para vivir. No podía pensar en otra cosa que en estar junto a ella, acariciar su cuerpo, verla vivir junto a mí, verla florecer.

La tomé en mis brazos. La llevé a la cama. Allí, tendida, desgarré su vestido. Me excitó ver esa seda hecha jirones. Miré su rostro, bellissimo, su boca, esa sima fabulosa de labios carnosos y sensuales que me trastornaban. Era el botín del mundo. En esa boca debía oficiar todo el espejismo de mi memoria. Todo pensamiento, todo latido de mi alma estaba destinado a verter en ella la esencia de mi delirio. Altar del placer, no me dejaba un segundo de paz, pues todo el tiempo se me iba en contemplar cómo esa boca comía, saboreaba, se relamía, mordía su labio inferior, pasaba su lengüecita sobre los labios. Brillaban de lamidos. Michèle lamía el mundo. Su lengua era caliente, como esa perfección que alcanzamos ebrios y que tanto amaba Li Pao.

Contemplé su abdomen hundido, ambiguo, casi de muchacho. Cuánto amaba verla desnuda, qué feliz me hacía gozar en soledad de ese cuerpo, tendido sobre las sábanas con

la languidez de una cola de pavo real y al mismo tiempo con la fibra tensa del salto de un atleta. Y era mío, mío, mío. Abdomen, muslos y pubis como un nido donde reposar el rostro derramando lágrimas. Hundirme en esa fragancia y meditar ahí sobre la caída de Constantinopla, sobre la gesta de Hernán Cortés, sobre el destino atroz de los Romanoff o sobre *La educación sentimental* de Flaubert. Su perfume me embriagaba, ese nido meloso me hacía gozar intensísimamente con su olor —sobre todo teniendo en cuenta que era mucho más que físico— marino y canallesco. Cuánto amé sus miembros como piedras pulidas, alisadas por las aguas. Aquellas piernas, aquellos muslos carnosos, aquellas recias pantorrillas. La carne de Michèle mostraba la tiesura vigorosa de su enérgica plantación en este mundo, de su voluntad de vivir. Esa firmeza se manifestaba sobre todo en la rotundidad de sus nalgas, sadiano templo de las delicias. Turgentes, redondas, mediterráneas. Algo admirable, soberano, orgulloso, con el temple y el garbo de una bailarina andaluza, la gallardía y el equilibrio de lo perfectamente logrado, de lo inmejorable. Nalgas apretadas, estremecidas, abandonándose en unas piernas, oh dioses, morenas, cubiertas de un vello rubio que al relucir la luz abatían las más sólidas murallas de mi cordura. Sus pechos juveniles... Ah, Michèle. Pero sobre todo era «ese» movimiento de su pelo, «ese» cimbrear de sus miembros, «esa» mirada como la resaca del oleaje.

La estreché fuertemente. Tomé sus pezones entre mis labios. Eran como moras. Los besé y chupé una y otra vez, ávido.

—Mastúrbate —le dije—. Acaríciate.

Ella se arrodilló ante mí y empezó a acariciarse. Sus manos desaparecían entre sus muslos. Cuánto me excitaba verla así, como si estuviera espiándola en su intimidad. Siempre me ha excitado contemplar una mujer masturbándose. Creo que hay algo sagrado en esa autocomplacencia. Una vez tuve una amante en San Petersburgo con la que jamás se dio otra relación que esa contemplación: ella se masturbaba mientras yo escuchaba *La*

flauta mágica de Mozart. Amo el movimiento suave y febril que alternativamente una mujer imprime a su masturbación, la aceleración final, esa especie de recogimiento sobre sí misma, de absoluta concentración en lo maravilloso; me embelesaba ver esa forma única en que sacuden su clítoris como si tocaran el más sutil instrumento músico, cuerda celestial que el dedo pulsara hasta extraerle la más hermosa de las cadencias, la del orgasmo. Miré a Michèle mientras se acariciaba, y mi sexo entró en una excitación que me era imposible no satisfacer.

—Oh —le dije—, sácame este fuego que me quema todo.

Ella vino hacia mí y empezó a acariciarme con su mejilla.

—No —le dije—, hazlo entre tus pechos.

Tomó mi miembro y lo colocó entre sus pechos. Eran demasiado pequeños para este tipo de deleite, no podían envolver mi miembro convenientemente; Michèle los apretó con sus manos hasta lograr que al menos la fricción entre sus pezones fuera suficiente. Qué poco necesité para correrme. Un chorro de caliente esperma brotó como un disparo y se deslizó en gotas por su garganta. Me sentí como flotando en un paraíso de voluptuosidad. Mis sentidos devolvían a mi alma su paz.

—Ven —le dije. Y le abrí las piernas con mis manos. Su sexo se me ofrecía como una ostra enorme, con su cenital titileo. Estaba sonrosado y brillante de su propia excitación. Emanaba calor—. Orina —le dije—. Quiero que orines ahora. Quiero ver cómo este animal, este cuerno sagrado de la abundancia, derrama sus tesoros. Mea, mea, oh dios de las profundidades de la mujer, deja caer tus bienes sobre mí. — Me arrodillé ante su sexo como si estuviera ante Dios, y como un milagro empezó a brotar una fuente de miel, de oro ardiente, humeante. Yo hundí mi rostro en esa fuente y sentí cómo me empapaba. Cuando las últimas gotas resbalaban por aquellos labios extraordinarios, los besé, rocé mi boca y mi nariz en ellos y noté su pavoroso hervor, las cenizas del volcán de la vida. Metí mi lengua como un oso hormiguero. Hubiera querido poder abrir aquellas piernas hasta el punto de meterme entero en aquel coño donde en alguna parte

seguramente me encontraría a mí mismo o el amor o el destino o la muerte.

Los ojos de Michèle estaban turbios, oscuros. Estelas sombrías.

—¿Ves esto? —le dije mostrándole su propio sexo—. Esto no es un coño. Es la primera chispa de la luz de la Creación. Y esto —le dije mostrándole mi miembro que volvía a estar rígido, duro, como un mármol augusto—, esto es la columna que señala el lugar donde los dioses bajaron a la tierra. —Me arrodillé ante su coño—. Oh, esfinge —dije—. Yo te adoro, soy tu sacerdote, tu arúspice. ¡Oh raíz del mundo, ámame!

Nunca me habían comido así el coño. Fue formidable. Bueno, tampoco me lo habían lamido tantas veces. No es una cosa que de verdad le guste a muchos hombres. Realmente la primera vez me lo hizo una compañera, en París, Eva. Le gustaban las chicas. Ella fue la que después me consiguió el trabajo en el burdel de Madame Luchinsky. Una noche que estábamos acostadas en su habitación y que hacía frío, y nos apretábamos una contra otra para entrar en calor, empezó a besarme de forma bastante apasionada.

—¿Qué haces? —le dije.

—Calla —me respondió, y siguió acariciando con sus manos mi cuerpo, lo que me produjo un agradable calorcillo y cierto placer. Eva, de pronto, se quitó el camisón y noté su cuerpo desnudo—. Estoy cachonda —me dijo.

Entonces empezó a acariciar mis caderas y poco a poco llegó con sus manos a mi vientre. Me quitó el camisón y empezó a mimarme los muslos y el culo.

—Tienes un lindo conejo de éstos que les gustan a los tíos —dijo—. Ya verás cuando tengas una buena polla dentro. Pero seguro que no te dará ni la mitad de gusto que voy a darte yo.

La dejé hacer. Estaba como absorta por las sensaciones que me iban invadiendo. Los dedos de Eva parecían animalillos gozosos que me recorrieran jubilosos, dándome alegría. Noté que me abría mi sexo y que quería meter uno de aquellos animalillos

vivos en él.

—Cuidado, lleva cuidado —le dije.

—No seas remilgada. Será que no te has metido tú ya todo lo que hayas podido.

Verdaderamente yo no me había metido aún nada considerable. Me acariciaba a veces, claro está. Había descubierto que, frotando con mis manos entre las piernas y en mi conejito, me invadía un maravilloso calor y una sensación muy agradable. Casi más que con Gustave y su padre. Pero aquello era otra cosa. Eva me estaba dando un placer mucho más intenso. Me gustó.

—Hazlo con cuidado —le dije.

—Cabe todo —me dijo—. Yo he tenido pollas tan gordas dentro que casi tenía que sacármelas como se saca uno las botas, empujando con las piernas.

Me eché a reír. Eva tenía un coño de labios gruesos cubierto de un pelo espeso y negro y ensortijado.

—No voy a hacer yo sola todo. Chúpame tú un poco —y puso mi cabeza entre sus piernas—. ¡Ah, preciosa, puta! —gimió—. ¡Sigue, sigue, esto es mejor que cualquier polla, súbame las tetas, muérdeme ahí, joder, muérdeme fuerte! Ah, ah, ah...

Un líquido fino y agrio me salpicó, de su violencia. Era como orinar.

Después, como Eva se percató de que yo estaba muy caliente, empezó a frotar su sexo contra el mío. Yo me corrí. Entonces ella me abrió las piernas y chupó con su boca el zumo de mi orgasmo. Ésa fue la primera vez que alguien me comió el coño. Fue muy agradable. Maravilloso. Después, tuve otras experiencias, cuando Eva me presentó a Madame Luchinsky, que había sido una protegida del señor Stavisky; y estuve unos meses en su burdel. Esa temporada me proporcionó dinero, y pude gozar un poco de París. Pero de todas formas no era una ocupación muy atrayente, y además la Luchinsky se quedaba con casi todas las ganancias. Había tipos muy curiosos entre los clientes. A veces era divertido.

Había un tipo gordo, un comerciante de Dijon, que, según me dijo Madame Luchinsky, iba una vez al mes. Era inmensamente gordo y le gustaba hacerlo con dos de las chicas del burdel. Mientras una le acariciaba su miembro, que jamás terminaba de

endurecerse, otra, a caballo sobre su cara, lo amordazaba con su cono hasta casi asfixiarlo. Una vez tuve que ir yo porque la habitual estaba enferma. Me tocó ponerme a horcajadas sobre él. Hasta ese momento no había yo saboreado otra buena comida de cono desde las noches con Eva. Aquel grasiento comerciante tenía una lengua como la de un camaleón. No te lamía la entrada del conejito, sino que te la metía hasta los higadillos. Era una sensación mejor aún que sentir un sexo; era más caliente y tenía una consistencia más tierna, más como con vida propia.

Había otro que siempre buscaba niñas muy jóvenes. Yo tenía catorce años, pero aun así, para él, Madame Luchinsky me hacía disfrazar de mucho más niña. Siempre hacía igual. Decía: «Llevo caramelos en el bolsillo, mete la mano, querida niña, y busca». Y yo la metía y me encontraba su enorme caramelo de carne que él inmediatamente sacaba y cubría con mermelada. «Mira qué caramelo. ¿Verdad que te gusta? Yo sé que los caramelos son lo que más les gusta a las niñas buenas». Y me hacía chuparlo hasta lograr una mezcla de saliva, semen y mermelada, que a él parecía embrujarlo. «No te lo tragues», decía. «Escúpelo aquí». Y ponía sus manos como un cuenco donde recogía cuidadosamente aquel mejunje, y entonces, como si sus dedos fueran una espátula, me cubría con él mi conejito, y después lo lamía golosamente. Jamás me la metió; ni siquiera por el culo.

Había otro, muy joven, hijo de un médico, que lo único que hacía era ponerme su miembro en los labios y ordenarme imitar a un flautista. Tenía una polla larga y afilada como un lápiz, lo que ayudaba mucho a la representación. Él gritaba mientras tanto muy entusiasmado «Vivir o no vivir, ésa es la elección» y, con la última palabra del monólogo de Hamlet, se corría.

Bueno... había uno increíble. Un tipo muy gordo, que era escritor, escribía teatro. Era muy simpático, pero lo único que le gustaba era la mierda. Nos sentaba en un orinalito y daba vueltas alrededor nuestro hasta que hacíamos algo. Entonces cogía el orinal, lo acercaba a su cara y lo aspiraba con un gesto de satisfacción que no olvidaré jamás. Eso era lo que lo ponía a punto. Entonces, mientras él nos limpiaba el culito con sus dedos, que a su vez iba limpiando en una toalla, había que meneársela, pero a los dos o tres golpes ya se iba. Era un tipo generoso. Claro,

tenía que serlo con esos gustos.

El único verdaderamente divertido era el señor Malaparte, un italiano que también era escritor. Mientras jodía contaba siempre anécdotas muy ocurrentes, y chistes verdes, y solía, mientras se acariciaba el miembro, que por cierto era considerable, y lo exhibía orgulloso ante nosotras, hablarle como si se tratara de una persona. Siempre terminaba diciendo —porque nos tomaba de tres en tres—: «Y ahora, como te has portado bien, estas cautivadoras señoritas te van a hacer cosas agradables». Y teníamos que adorárselo, besárselo, y luego nos ponía a las tres culo en pompa ante él, moviéndonos, y decía: «Y ahora estos tres lindos chochitos van a bailar para ti la danza de la muerte del cisne, y cuando el cisne incline definitivamente su cuellecito largo y sedoso, largo y sedoso como tú, tú vas a meterte y ser feliz en los culos de estas tres náyades». Y eso hacía. Nos la metía a una tras otra; lo hacía muy bien, y le gustaba que nos diera gusto. Después seguía siempre un ritual preciso: se corría en una, terminaba de verter las últimas gotas en la segunda y la clavaba en la tercera hasta que su miembro quedaba en reposo.

No hubo muchas más historias allí que merezca la pena recordar. En cuanto pude, me fui a Biarritz, donde hacía menos frío

la vida era más tranquila, y además yo pensaba que con tanto rico junto, podía irme mejor y sin tener que repartir las ganancias con nadie. Qué iba a hacer. La vida es corta. Y todos los pronósticos sobre lo que se avecinaba hacían temer lo peor. Claro que alguien como yo, joven, siempre podía salir adelante. Pero bueno, ya todo da igual. Se trata de vivir lo mejor posible. ¿Por qué no iba yo a aprovechar aquella oportunidad? Por unos polvos que me echara el bueno de Félix, que además no me lo hacía pasar nada mal, podía tener lo que quisiera. Situarme. Ya vendrían tiempos mejores. Y cuando llegasen, si llegaban, cuanto más alto me pillaran, mejor; desde arriba se elije mejor.

¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! Había mucho camino desde la casa de mis padres a Biarritz, desde el sótano de Gustave y sus padres, a Biarritz; desde la habitación de Eva y el burdel de Madame Luchinsky... ¡Cuánta más distancia podría haber mañana, desde donde ya estaba! ¡Dinero!

Y los días pasaron. Michèle se había metido en mi carne como una enfermedad de la piel. Formaba parte de mi vida, ya no concebía la posibilidad de vivir sin ella. Le compraba vestidos, joyas; traté de «hacerla» a mi gusto, de refinar más aún aquel producto supremo que la Naturaleza había parido en ella. Michèle se plegaba a mis gustos, dotaba mis inquietudes de una nueva dimensión, multiplicaba el efecto de mis intuiciones. Pasábamos el día jodiendo incansablemente, como si cada orgasmo arrastrase a otro. Nos llamábamos uno a otro como la luna a las aguas. Nada existía sino aquel amor, aquel deseo siempre renovado, aquel placer inagotable.

Mis más íntimos amigos no dejaron de insinuarme los peligros de aquella relación. Pero qué me importaba. Y, sobre todo, quiénes eran ellos para juzgar algo que solamente era digno de ser contemplado.

Una tarde, en una subasta a la que había ido tratando de hacerme con un ejemplar de la primera edición de *Les Châtiments* de Hugo, me encontré a Sant'Angelo.

Era el único con quien no me molestaba, hasta cierto punto, hablar de aquel tema.

—Yo también creo que no debiste llevarla a la fiesta —me dijo—. Por el amor de Dios, ¿has perdido el juicio? Si te gusta... bueno... Es joven, y muy hermosa. Bien. Entonces, acuéstate con ella, instálala. ¡Pero no la presentes!... No es bueno mezclar.

—Creo que exageras, que exageráis —le respondí—. ¡Mezclar! ¡Como si no estuviésemos ya bastante mezclados!

—Quizá —me contestó

Sant'Angelo

—. Pero el viejo sistema no ha dado tan malos resultados.

—Te advierto —le dije— que tal como van las cosas, solemos tratar a gente peor que ella.

—Sí —me dijo

Sant'Angelo

—. Pero ¿cómo te diría?... «aliados».

—Me fascina Michèle —confesé no sin cierto rubor.

—Eso se pasa —me contestó tajante mi amigo.

—Se pasa, es cierto —dije yo.

Sant'Angelo me cortó bruscamente.

—Es una cualquiera. Y lo sabes. Mira, Félix... Las mujeres... —e hizo un violento ademán muy italiano con sus brazos—, ¡zas!, ¡zas!, ¡y al infierno!

Lo que

Sant'Angelo

decía no era sino nuestra vieja filosofía. Pero Michèle había cambiado aquellos puntos de vista. Con ella no podía sino someterme.

—Bien —le dije a

Sant'Angelo

—. Pero Michèle tiene algo que hace ya mucho no veo ni entre nosotros: es lujosa. Es vulgar, sí, pero hay instantes en que descubro en ella un animal verdaderamente esplendoroso, el más esplendoroso. Es la vida, Stefano. Ella es la vida.

—Perfectamente —me contestó

Sant'Angelo

—. Si te gusta el animal, cómpralo. Pero tenlo en su jaula.

—Todos nosotros estamos muertos —dije yo, casi hablando conmigo mismo—. Ella, no.

—Querido —me respondió

Sant'Angelo

con una fina sonrisa—, en eso llevas razón: estamos muertos. Y ella también. No nos queda sino acabar lo mejor posible. Y ella no es lo mejor posible.

No quise hablar más.

Sant'Angelo,

como casi siempre, tenía razón. No en vano en él latían varios siglos de refinada sangre de condotieros, papas y ese inexplicable milagro que es Italia. Cuando terminó la subasta, volví al hotel. Michèle me esperaba. Salimos a cenar. Recuerdo aquella noche. Las flores —rojas y salvajes— eran como gotas de sangre sobre la blancura del mantel. La luz se reflejaba suavemente en unas copas de inmarcitable belleza.

No me creeríais si os dijera que acaso nunca la amé tan

intensamente como aquella vez. Ella lucía una gargantilla de coral que parecía un hilo de luz marina cortando su largo, delicado cuello. La respiración hinchaba su pecho como satinado por una luz de perla. Sentí su cercanía animal, su poder mefistofélico. La miraba comer. De pronto, un leve estremecimiento irisó sus labios, como un sexo que enguliese toda la carnosidad de mi violencia. Sentí esa especie de mano caliente que apretaba mi vientre, como si un escalofrío abrasado me triturase los intestinos. Su lengüecita relamió la cucharilla. Sentí cómo mi sexo engordaba brutalmente, juvenil, poderoso, casi dolorosamente, como arrancando sus raíces, como si fueran a reventar. Mis ojos lamían su piel dorada como ella lamía la cucharilla; mis ojos eran como la cabeza de mi sexo que se restregara sedosa contra su rostro, en su pelo, en sus mejillas, sobre sus muslos calientes, su vientre, sus pechos, buscando ese calor indecible de mi pequeño monstruo; mis ojos lamiendo su piel, su sexo jugoso y chorreando; podía sentir en mi lengua, en toda mi boca, en todas mis células, esa carnalidad salina, esos zumos marinos, su sabor a ostra.

—¿Te gusta este sitio? —le pregunté.

—Oh, sí, mucho.

—Es agradable. Muy tranquilo.

Miré sus manos bellísimas.

—Hay muchos lugares agradables, tantos sitios que tú no conoces.

Ella me miró con aquellos grandes ojos suyos verdes, que eran como si me lamiera el alma.

—Y Biarritz llega a hacerse tan aburrido —le dije—. Precisamente, estaba pensando en hacer un viaje. ¿No... no te gustaría venir conmigo? Creo que lo pasaríamos muy bien. ¿Has estado en Venecia? Ah, fascinante ciudad.

Dije Venecia, como al azar. Pero era allí adonde sobre todas las ciudades quería llevarla. Era en esa ciudad donde quería poseerla, devorar su belleza como si esa carne fuera el atanor de los alquimistas donde se fundiera toda la belleza, la de la vida y la de la ciudad, entregando una pieza áurea que pudiera traspasar el tiempo y la memoria. La conversión de

Michèle en obra de arte: perfecta, lo absolutamente insuperable. Como el que se arrima a un acantilado, yo creía estar al borde del precipicio de mi época, y más allá del abismo se abría una silenciosa soledad donde —pasara lo que pasara— lo cierto es que estaba convencido de que ya no tendrían cabida historias como mi pasión. Debía amar a Michèle en Venecia, perderme entre sus piernas como en la noche de la Laguna.

—Sí... Lo que tú quieras —me respondió ella.

Michèle estaba más deseable y radiante que nunca. Me miró turbulenta. Mirada invulnerable. Sagrada.

Venecia era la ciudad que más amaba. Y ahora parecía que estuviera ganando un secreto poder sobre ella. Hasta ese momento había sido la ciudad de la memoria: imágenes del Lido, de largas playas neblinosas donde mis padres pasean en la luz del atardecer; mis juegos en el mar con mis primos y otros niños, manos carnosas de las sirvientas que me tenían a su cargo; el perfil luminoso de mi abuelo —cómo puedo verlo — delimitado por la esplendidez marina. Venecia infantil es sobre todo el Lido.

Luego está la Venecia de mi juventud, las veladas con los Valmarana, con Gianfranco, con Giuseppe Tomasi; las noches de La Fenice y las lentas madrugadas del Florian y del Quadri; el burdel de Madame Schwab; el cuerpo de la Princesa Isabel, con su gracia romana y vaticana. Venecia es la primera y trémula desnudez animal en aquella sirvienta, una mujer de San Petersburgo, gorda, que despedía un olor penetrante a trementina y a la que, cuando me bañaba, yo tocaba sin cohibirme. Un día, en mi habitación del hotel, cuando estaba desnudándome para acostarme —yo debía de tener once años— metí inesperadamente mi mano bajo sus faldas oscuras y pesadas como las vestiduras de un pope. La buena mujer se quedó rígida, me miró con unos ojos que en el recuerdo parecen los de una ternera, pero no dijo, ni hizo, nada. Yo la miraba absorto, su rostro inescrutable como el de una muerta, mientras mi mano avanzaba por una carne inmensa, dura, áspera, hasta que de pronto mis dedos sintieron un calor extraordinario y se enredaron en una

maraña de pelo húmedo, como algas calientes de la playa. Me enervé. Seguí tocando y en esa mata de pelo había una boca blanda, ardiente, salivosa; pasé mis dedos por aquella especie de agujero mojado. Retiré mis manos y me olí los dedos. Sentí una embriaguez sagrada, los chupé, sabían algo agrio, pero ese olor me exaltó, sentí arder mi vientre.

—Levántate las faldas —le ordené—. Enséñamelo.

Aquella mujer obedeció silenciosamente. Se levantó las faldas como si fueran el telón de un teatro, y yo pude ver una inmensidad de carne blanca que se alzaba sobre unos muslos enormes, y entre estos y el vientre, abultado, una gran masa de pelo negro, como la barba de un mujik. Me pareció un animal sagrado, algo que podía adorar. La mujer tenía los ojos cerrados y la cabeza baja. Permaneció muda. Una estatua.

—Vete —le dije.

No se movió. Ni siquiera bajó sus faldas que parecían, repito, la embocadura de un fantástico decorado.

—Vete.

Aquella visión me mantuvo excitado mucho tiempo. Y cuántas veces después he buscado ese sexo enorme, esa maraña de pelo negro, en otros cuerpos. La he soñado masturbándome, imaginando que me dormía envuelto en ese pelo, resbalando por su humedad. Y cuántas veces he visto sobre otros rostros que suspiraban aquél de hielo de aquel día, aquella vergüenza y aquella excitación.

Sí, Venecia era esa carne, y ese animal de la infancia grabado como a fuego en mi sexualidad. Y de alguna forma, Michèle me devolvía ahora ese fuego, esa violencia. Por ello precisaba amarla, poseerla en Venecia. Para de alguna forma culminar con su belleza una obra de arte que fuera como la despedida del mundo que jamás volvería, cuando todo nos fue posible; una historia de pasión que pudiera permanecer en mí como una estatua en la costa siciliana, anunciando a los navegantes que allí empezaba la civilización.

Sí, todo eso se fundía bajo la luz perfecta del restaurante, mientras yo miraba a Michèle. Creedme, nunca la había amado, y nunca la amaría, como en aquel momento. Cuando

nada se interpuso entre mis sueños y ella.

Nuestra llegada a Venecia fue mucho más triunfante, gloriosa, de cuanto yo hubiera podido imaginar. Era el escenario perfecto para nuestra pasión. Llegamos de noche, en el último expreso de Milán. Conforme íbamos acercándonos a la ciudad que tanto amaba yo, cada vez quedaban menos pasajeros en el tren. En Padua bajaron ya casi todos; al llegar a Mestre, los últimos. Sólo Michèle y yo entramos en Venecia en aquel expreso, éramos los últimos ocupantes de un tren fantasmagórico. Descendimos en una estación absolutamente vacía. No quedaban ni maleteros; sólo dos mozos del Danieli que nos aguardaban. Recuerdo un silencio fantástico. Cuando salimos de la estación, el Canal estaba envuelto en niebla. La motora avanzaba entre los palacios como disolviéndonos en una joya. La neblina nimbaba las magníficas fachadas. La luna flotaba como una diosa solemne. Pocas veces se me ha concedido contemplar algo más bello. Y Michèle estaba a mi lado. Iba a regalarle todo aquello, iba a enseñarle la felicidad y a regalársela. Sentados en aquella motora, atravesando una especie de velo húmedo, los ojos se me llenaron de lágrimas, emocionado por tanta hermosura. Al acercarnos al *hacino* de San Marco la niebla era más espesa —ya el Puente de la Academia apareció como flotando en la blancura— y el rosado de las farolas brillaba como la mirada de exóticos animales. Atracamos en la Riva degli Schiavoni y llegamos al hotel. Mientras subían el equipaje a nuestras habitaciones, no pude esperar más y salí con Michèle y la llevé a la Piazzetta:

—Mira —le dije—. Esto es la grandeza. Y ahora, cierra los ojos.

Anduvimos unos metros y la situé junto a los *pali*, ante San Marco.

—Y ahora, abre los ojos. Estás en el lugar más bello del mundo.

Michèle abrió sus ojos. No dijo nada, pero sentí que su carne se estremecía, como si sus labios y mejillas fueran recorridos por un escalofrío. Me miró. Tan sólo dijo:

—Sí.

Y creí ver que sus ojos se humedecían como los míos. Volvimos al hotel, cenamos en la habitación y después nos amamos.

Aquel viaje a Venecia fue la experiencia más seductora de mi vida. Venecia se rendía a la intensidad de mi amor. Fui tan feliz. Y creo que Michèle lo era. Pasábamos el día recorriendo lentamente las viejas calles. Las veía yo de nuevo con el asombro de la primera vez. Era como si nos acompañara una música delicadísima, de Haydn. Todo cuanto a Michèle le gustaba, yo se lo compraba. Vivimos unos días de absoluto aislamiento. Traté —y conseguí— evitar a mis amigos venecianos. Dedicábamos las mañanas a pasear, a comprar, a sentarnos en la Piazza, a admirarnos. Guardábamos las tardes para el hotel, devorándonos uno a otro como mantis. Yo sentía dentro de mí un inacabable deseo y Michèle jamás fue tan buena amante, tan dúctil, tan brillante, como en esos días.

Una tarde me dijo: «¿Por qué no lo hacemos como si fuésemos perritos?». Aún recuerdo su cuerpo tan joven y triunfal, a gatas, con gestos de hembra coquetona, correteando delante de mí, volviendo hacia mí sus nalgas esplendorosas, cimbreadas, hacia las que yo me abalanzaba también a gatas tratando de oler su sexo, que se me ofrecía juguetón. Una y otra vez yo acercaba mi hocico a la hendidura de su culo, trataba de lamer aquel recinto suntuoso, magnífico, deslizar mi lengua hacia abajo, hacia su sexo. Ella lo rehuía y emitía alegres ladridos, y de nuevo volvía hacia mí, y avanzaba su coño, y trataba de restregármelo por la cara. Y yo me hundía nuevamente en aquel estanque perfumado. De pronto, yo también empecé a ladrar. Pero no eran ladridos, eran aullidos, como de lobo en la noche. Ella empezó a reírse, a reírse tanto, que rodó sobre la alfombra, como abandonándose, con las piernas abiertas, de donde parecía crecer aquel sexo de rizos castaños dorados, y los ojos abiertos, perdidos, voluptuosos... Me abalancé sobre Michèle, besé esa boca gordezuela y sensual, mientras ella seguía riendo. «¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!», gritaba entre risas. Y yo mordía sus labios, metí mi lengua en

su boca, sintiendo la dureza de sus dientes, su lengüecita caliente que parecía enroscarse en la mía, mientras la saliva rebosaba, caía por nuestras fauces. Besé sus ojos, lamí sus párpados, fui buscando lentamente con mis labios la curva deliciosa de su cuello, sus hombros mórbidos. Mientras, mis manos parecían haber enloquecido y recorrían todo su cuerpo, acariciaban sus muslos enfebrecidos, su vientre hundido, su pubis delicado, se enredaban en su pelo y acariciaban su sexo, que parecía abrirse como la caja de Pandora para mis dedos. Acaricié y acaricié, cada vez su sexo estaba más caliente, metí mis dedos en él, noté su humedad extraordinaria, sentí el botoncito pedernalino de su clítoris enardecido. Entonces abrí sus piernas con mis brazos y chupé aquella fuente de miel mientras Michèle emitía unos gritos que ya no eran ladridos, sino que eran aullidos. Yo empecé también a aullar mientras mi lengua se hundía vorazmente arrastrando a todo mi yo a la disolución en aquella humedad salvaje. Sentí de pronto como si ese clítoris buscara mi lengua, parecía tener vida propia. Lo tomé entre mis dedos, presioné suavemente hasta que emergió por completo, vibrante, y entonces empecé a lamerlo hasta que sentí que mi boca se inundaba de una espesa secreción maravillosa, como el bebedizo de la eterna juventud. Michèle se encogió sobre sí misma. Me miró, como un animal saliendo de las aguas, chorreando de su propio placer, y creí ver una inmensa luz de cariño en sus ojos. Sonriendo me hizo volver de espaldas, y empezó a besarme lentamente. Entregué mi cuerpo a su boca como los elegidos por el vampiro. Noté su boca en mi vientre y cómo iba acariciando mi pubis con sus labios. Me mordió. Sus manos tomaron mis testículos y jugaron con ellos con el alborozo de un niño con un juguete nuevo. De pronto noté que ya no eran sus dedos sino su boca la que engullía ese mundo seminal y lo revolvía con su lengua caliente. Traté de incorporarme, quería contemplarla haciéndome aquello, pero no pude, era demasiado intensa mi felicidad y deseaba entregarme a ella rendido, perdido, sin ojos, sólo la sensación que subía por mi vientre hasta mi cerebro y que parecía llevarlo a su aniquilación. Me abandoné por entero. Por mi

cabeza pasaban mezcladas a aquel placer indecible, viejas imágenes, lomos de libros de la biblioteca de mi abuelo, como envueltos en un oro de Turner, el mojado mostrador de una pescadería donde unas anguilas vivas espejeaban entre otros pescados con sus agallas agonizantes, las melancólicas canciones de nuestro cochero Boris en las primaveras de Crimea, la nieve aquella noche cuando ejecuté a Rasputín. La nieve caía blanda sobre mis ojos: eran los labios de Michèle que ahora me los besaba. De repente se echó a reír, y aulló de nuevo, como un lobo a la Luna, y tomando mi sexo en sus manos empezó a lamer con precisión su cabeza rosada; su lengua fue bajando lenta, suave, envolviéndolo en una saliva caliente; volvió a besar mis testículos, me hizo abrir las piernas y metió su lengua hasta mi culo, y lo lamió; después, lentamente, fue subiendo por las ingles hasta aferrar toda mi verga con decisión y la metió en su boca; sentí cómo se cerraba en torno a ella esa oquedad ardiente. Michèle chupaba y chupaba, cada vez con más rapidez, con pasión, como si quisiera tragárselo, arrancármelo. Notaba a veces el cosquilleo de sus dientes en mi carne. Fue como si un río espeso descendiera de mis riñones y, convergiendo desde las piernas, los muslos, el vientre, en ese pedazo de carne estremecida y poderosa que ella chupaba como un pequeño animalillo la leche de la ubre materna, arrastrase como un huracán hasta el último vestigio de mi memoria, de mi personalidad, de mi alma. Sentí esa especialísima rigidez del miembro que precede a la eyaculación, esa especie de palpitación salvaje. Entonces agarré con todas mis fuerzas su cabeza entre mis manos, y la apreté contra mí, apreté, apreté, apreté, como si quisiera que mi verga empalara su cabeza amada: clavarla en mi sexo y verlo atravesar su nuca fantástica, como una mariposa exótica, bellísima. La saliva de Michèle resbalaba por mis muslos, oía su respiración entrecortada, agitada, el sonido único de una boca chupando una polla, ese ¡chup, chup! mágico.

—¡Córrete, hijo de puta! —me gritó de pronto—. ¡Córrete!

Sentí como si se rompiese el dique de una presa: el orgasmo invadiendo mi vientre y saliendo como un borbotón

ardiente que a mí mismo me quemaba. El semen llenaba la boca de Michèle y caldeaba mi propio sexo, lo envolvía como una gelatina deliciosa. Michèle cayó exhausta, sin sacarse el miembro de la boca. El semen le resbalaba mezclado a su saliva desde las comisuras de sus labios. Estaba desplomada sobre mi vientre y mis muslos, como unida a mí por ese cordón umbilical maravilloso que iba debilitándose en su boca, y al que ella acompañaba en sus últimos estremecimientos con un lamido leve, como tratando de apurar y beber hasta la última gota. Miré su espalda perlada de sudor; la tomé en mis brazos y la besé. Sentí mi propio semen en sus labios; lamí y retorcí mi lengua contra la suya. Ella me enlazó con sus muslos. ¡Qué caliente estaba su sexo! Aquel beso largo y húmedo me devolvió un vigor y una excitación inesperados, y noté cómo mi miembro se ponía de nuevo rígido, casi dolorosamente rígido.

—Ven —le dije. Pero ella permaneció tendida, boca abajo, con los ojos cerrados. Entonces empecé a besar aquella espalda que tanto amaba, su cintura espléndida, frágil, la curva de sus nalgas, la hendidura mojada de sus nalgas. Mi excitación iba en aumento. Mis manos acariciaban su sexo por detrás, mi dedo gordo se perdía rozando su ano. Sentí que un vértigo se apoderaba de mí. La deseaba de nuevo. Deseaba aquel culo, aquella otra vía por la que someterla. Michèle no se movía, respiraba lentamente, felizmente. Pasé mis dedos por su boca y recogí saliva y semen, y con los dedos impregnados empecé a acariciar su ano, que pareció abrirse como una flor a mis dedos. Ella se removió lentamente y suspiró complacida. Yo continué acariciando ese lugar de ensueño, y noté cómo sus nalgas iban abriéndose como si el mar se abriera para que yo pasara como ante los judíos en el relato bíblico. Me complacía mirarla. Me arrodillé junto a ella y traté de abrir aún más aquellas nalgas. Como un paisaje de perfecta belleza se desplegaron ante mí, y el agujero de su culo apareció brillante de saliva y semen. Lo besé. Lo lamí una y otra vez, metí mi lengua en él y pareció abrirse aún más. Ella movió sus caderas en un deslizamiento de acomodación y entonces froté mi miembro, que ya no

podía aguantar más, con saliva, y lo acerqué a ese culo en el fondo del cual parecía estar el tesoro de los piratas. Acerqué la cabeza de mi sexo, y la restregué contra él. Una gotita de semen perló el orificio, brillante, engrasado, expectante.

—¡Dios! —dijo Michèle—. ¡Qué gusto!

Yo empecé a apretar suavemente. Al principio el ano parecía demasiado estrecho para que pudiese entrar aquella cabeza rosada y fulgurante. Pero de pronto fue como si una flor carnívora se abriera inesperadamente y tragara a su insecto, y en un segundo engulló la cabeza de mi verga cerrándose de nuevo sobre ella.

—¡Dios! —suspiró de nuevo Michèle—. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Yo apreté y lentamente mi miembro fue desapareciendo en su interior. Noté como si una mano suave, pero vigorosa, me lo apretase con firmeza. Ella empezó a moverse haciendo círculos con sus caderas, suspirando, sin abrir los ojos. De pronto tuve la visión de aquella sirvienta cuando yo era niño, también con sus ojos cerrados. Apreté más aún. Todo mi sexo penetró en aquella cueva encantada, prieto, tenso. Nos movimos despacio al principio pero poco a poco fuimos entrando en un paroxismo salvaje. Michèle se incorporó un poco, y se puso como un animalillo, a gatas. Yo seguí moviéndome mientras con una mano acariciaba sus pechos que ahora colgaban, pequeños y duros, como peras bergamotas. Ella empezó a acariciarse. De pronto no pude contenerme, y con un empujón salvaje, frenético, eyaculé. Ella dio un grito.

—¡Me has llegado a las entrañas! —dijo.

Nos quedamos en esa posición unos instantes. Luego saqué mi miembro, que ella besó; lo secó con sus cabellos, lo besó de nuevo. De pronto, echó hacia atrás la cabeza, con ese movimiento que tanto amaba yo en ella, que me fascinó desde la primera vez que la vi. Y empezó a reír.

—¡Animal! —me susurró gatuna—. Eres una bestia.

Nadie me había hablado nunca como lo hacía Michèle. Las prostitutas de Moscú, de Londres, de Berlín, aun en lo más incontrolable de la fiesta, aun cuando exhibieran toda su

procacidad y familiaridad conmigo, siempre mantenían como un último velo de respeto. Michèle parecía la reina de un nuevo mundo alegre y desenfrenado, que podía hacer lo que le placiese. Me eché a reír yo también.

—¡Animal! —le dije.

Nos quedamos tumbados largo rato, fumando lentamente, mientras ella se apretaba contra mí como enrosándoseme en el alma. Se quedó dormida. Mirándola dormir, me adormecí yo también.

Cuánto pudimos pasear en aquellos días. Recorrimos Venecia por todos sus canales. Le enseñé su pintura, le conté su historia. Compramos bellísimos objetos para llevar como si fuésemos una parejita de jóvenes burgueses en su viaje de novios. Michèle estaba fascinada con la ciudad. Por las noches, después de cenar, solíamos acudir o bien al Florian o bien al Quadri, a beber unas copas mientras las orquestinas tocaban sentimentales melodías. Una noche, de pronto, me sentí melancólico.

—¿Sabes? —le dije—. Cierta vez, aquí mismo, en esta misma terraza... pensé que era el lugar perfecto para suicidarse. Aquí. Unos somníferos, y alcohol. Y, poco a poco, suavemente, desvanecerse en esta belleza.

Michèle me miró con cierta perplejidad. Me sonrió. Pero había algo en su sonrisa que yo nunca había visto, como un súbito distanciarse protector, que custodiase su alegría impidiéndole cualquier referencia que pudiera entenebrecerla.

—Odio la muerte —me dijo. Su tono era frío.

Era algo que yo había pensado en algunas ocasiones. Y acaso hubiera debido consumarlo con ella. Sí, envenenarla. Hubiésemos desaparecido de este mundo como dos ángeles en un vuelo majestuoso: despreciando nuestra época y lo que ésta engordaba en su matriz. A veces le hablaba a Michèle sobre lo que había sido nuestra vida, recordaba ante ella mi juventud. Pero en realidad eran monólogos que supongo que con dificultad podía entender. Ella no había vivido el mundo de antes de la guerra. Había nacido el mismo año en que la gentuza derrocó a Nicolás. Yo ya había matado antes de que

ella abriera los ojos al mundo. De cualquier forma, lo que yo buscaba, ¿acaso no era precisamente esa salvaje fuerza ignorante, donde bañarme en ese Leteo y olvidar?

—Mira el Florian —le dije—. El resplandor dorado de sus puertas. Deberías verlo sobre todo en invierno, en una de esas noches de lluvia y niebla, cuando Venecia se muestra a sus mejores hijos como un ectoplasma de desolada grandeza. El resplandor dorado de las puertas del Florian, la perfección de sus líneas, lo airoso de sus techos y lámparas, la exquisita decoración, rojos aterciopelados y oro viejo, las pinturas que cubren sus paredes y que firmaron Casa y Carlini en 1850, cuando Ludovico Cadorín realizó las modificaciones que aún perduran, la suntuosidad de unos camareros que parecen salidos, prestancia y sabiduría, del óleo que dedicó en 1912 Itálico Brass a este lugar insólito. Hay quizás un té mejor, en la Antica Offelleria della Meneghina en Vicenza; unos cubitos de hielo de medida más ajustada, el Dante de Verona, el Meletti de Ascoli Piceno; unas pastas más elaboradas: las del Romanengo en Génova, las del Camparino de Milán; y, ¡por todos los dioses!, unos asientos más confortables, el Charleston-Mazzara de Palermo donde tantos buenos ratos he pasado con

Sant'Angelo

y con el príncipe de Lampedusa. Ah, Sicilia... Pero nadie sabe por qué el Florian es el Florian, y ningún otro café puede superarlo en su extraña, sombría y elegante agonía. Más de doscientos años de existencia acreditan que generación tras generación, ninguna se ha resistido a su encanto.

»Lo fundó en 1720 un tal Floriano Francesconi que pintó en su muestra un rimbombante *Venezia triunfante* que la finura de los venecianos no tardó en olvidar prefiriendo un *El café de Florian* que ha perdurado. En sus divanes se han sentado, han escrito, han amado, personajes como Casanova, Gozzi, Foscolo, Lord Byron, Canova, Verdi, Goethe, Ruskin, Browning, algún futuro papa, Wagner, Silvio Pellico, que lo recordó en sus *Prisiones*, y toda la larga, o acaso no tan larga, lista de finos segundones, cortesanas, artistas y locos que constituyen lo mejor de cada época. El único lujo. Un

ejemplo tan sólo: cierta noche entré, como tengo por costumbre, al Florian para beber la última copa antes de retirarme. Era una noche de niebla y la ciudad tenía la suavidad de un muslo adolescente. Hacía frío, aunque no demasiado. Poca gente en el Florian. Me senté en el último saloncito a la derecha. Al fondo había un par de mesas ocupadas. Entró un matrimonio francés, acaso suizo, con un perro espléndido. Pidieron unos pastelitos. Después de haberles servido, el camarero volvió con una escudilla de plata llena de agua y la dispuso junto al perro.

»Eso es el Florian.

»Y esa altura de vuelo no se improvisa. Es como los ojos de los niños limpiabotas de Istanbul. Como los cuerpos del Ganges. Saber que el fin de un mundo no es, no puede ser, sino la vana repetición de otras desventuras ya presenciadas y jamás con un interés superior al de un servicio crepuscular y perfecto. Se trata simplemente de no dejar que la realidad perturbe una determinada idea de la vida. Así, los camareros del Florian se saben depositarios de una memoria radiante donde Lord Byron avanza enmascarado seguido por su corte de enanos, putas de Damasco y desterrados y suicidas y sodomiza a su criado para poder tener, según decía, la única virginidad del siglo; donde Casanova desnuda sobre los relámpagos del salón *privé* a dos condesas y un obispo, y se hace servir por éste mientras las dos hermosas maúllan a sus pies como gatas siamesas; donde Ruskin entra despavorido tras presenciar un asesinato a pocos metros de la puerta y de improviso sonríe porque comprende que esa sangre vertida embellecerá la Piazza; donde Browning contempla su rostro en el cristal que cubre una de las pinturas y se ve muerto, conducido por una góndola funeraria hasta San Michele, como así sería y habría de recordarlo un célebre grabado; donde Garibaldi sueña en una mesa con el sol de Sicilia; donde Wagner lleva sus gatos a que se afilen las uñas en los granates de la tapicería.

»Sí, todo eso es el Florian. Restos de la locura, ruinas de la grandeza y de la libertad, espejo empañado de los hermosísimos gestos de unos seres excepcionales que dieron

esplendor a la vida.

»Todo eso, o, mejor, sus cenizas, es lo que ofrece el Florian. Y por eso merece que ciertas noches de Venecia tengan su barra como último paisaje. Es una luz de fin del mundo. Y allí, beber en nombre de todo lo que fue, brindar por su maldito y condenado silencio de cementerio. Porque, también hay que decirlo, yo jamás he bebido con alegría en el Florian. No se puede beber en un museo. Y el alcohol y la noche regalan a sus hijos un brillo lunar de desesperación que necesita verse en otros espejos. Entonces, si lo que uno desea es beber, ver pasar al Destino y sonreírle, dejar que los ojos y el cuerpo vayan adquiriendo con la madrugada esa calidad de bolero que lo hacen tan apreciable para coleccionistas y mujeres, entonces no encamina sus pasos al Florian, esa maravilla que agoniza en la plaza más bella del mundo. Sino que pasea lentamente junto a las aguas, siente cómo se hunde lentamente una ciudad que fue orgullosa, grande, cima de sabiduría, poder y sentido del equilibrio. Y se detiene en cualquier taberna con emparrado y pide pescado y vino.

»Pero si después, sobre todo en invierno, cuando la niebla cubre la ciudad y ya no hay turistas; si después uno ve que sus pasos lo llevan hacia la Piazza y, de pronto, como mariposas de oro en la niebla, contempla deslumbrado las puertas del Florian, entonces debe entrar, palpar la soledad y pedir una copa en homenaje a todos aquellos que a lo largo del tiempo fueron llenando la historia de este café con su gloria y su desprecio.

De pronto me di cuenta de que estaba hablando solo, estaba escuchándome a mí mismo. Michèle miraba a la gente, bebía, me sonreía, pero era como si mis recuerdos fueran un cuento que a ella no le interesara demasiado. Y acaso llevaba razón. En un mundo que se desmoronaba, ¿qué podía importar si Byron o si Casanova o si los camareros del Florian disponían una escudilla de plata para un perro? Todo el mundo miraba hacia un futuro que no veía, y el pasado era sólo eso... pasado, algo muerto y que muy pronto terminarían de enterrar los escombros de la nueva guerra que

todos presentíamos.

Pero Michèle, sí, era algo real, estaba allí, ante mí, luminosa, espléndida, decidida a vivir. Era la vida misma, su fuerza misteriosa e inagotable. Miré su boca que siempre me excitaba, la belleza de sus piernas morenas, la luminosidad de sus ojos y su piel, la inminencia perpetua del placer, esa alegría donde perderme, donde no ser el príncipe Yussupov, el que mató a Rasputín, sino un pedazo de carne palpitante y gozosa.

Una mañana estábamos paseando cerca del Campo San Filippo e Giacomo cuando Michèle se detuvo ante el escaparate de una librería. Había una exposición de libros junto a un cartel muy atractivo. Michèle dio un grito:

—¡Pero si eres tú! —exclamó alborozada.

Miré. Sí. Era un libro que yo había escrito, una especie de memorias de juventud. Había varios volúmenes apilados y junto a ellos una fotografía mía, en un bosque nevado, junto al zar (supongo que fue tomada durante una cacería). Un letrero junto a los libros exponía: MEMORIAS DE YUSSUPOV - EL HOMBRE QUE MATO A RASPUTÍN.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —exclamaba Michèle.

Es curioso. La idea de que yo fuera escritor —de que hubiese escrito un libro la excitó. Poco después, mientras descansábamos en la terraza del Quadri, me miró de pronto con esa expresión suya juguetona y coqueta, que tanto me enervaba, y me dijo:

—Quiero correrme.

La miré atónito, pero muy excitado también.

—He dicho que quiero correrme. Aquí. Y ahora.

La miré fijamente. Era como si Michèle me hipnotizase. La idea de que Michèle se corriera allí mismo, en aquel momento, me excitó muchísimo.

—Acaríciame —dijo. Y puso esos labios de niña mimada que me provocan aún en el recuerdo el más profundo estremecimiento.

Acerqué mi sillón al suyo, y metí mi mano bajo su vestido. Noté el frescor de los muslos, la abisal diferencia con el tacto de las medias.

—No llevo bragas —me dijo. Y sonrió.

Y era verdad. Mis dedos tocaban ese nido que tanto amaba, sedoso, caliente. Ella separó un poco sus piernas. Mis dedos tocaron su sexo. Estaba muy mojado. Michèle mientras tanto me miraba.

—Sigue —me dijo—. No lo va a notar nadie.

Esa clandestinidad me excitó aún más. Empecé a acariciar con mi dedo corazón aquella hendidura caliente. Noté cómo se endurecía su clítoris. Ella hizo un leve movimiento para sentarse mejor, y apretó mi mano con sus muslos.

El sol se ponía, y San Marco parecía de oro. Pasaron junto a nosotros unas damas y unos escuadristas, con sus uniformes un tanto chabacanos. Un camarero, en la puerta del Quadri, pareció darse cuenta de lo que estábamos haciendo. Miró hacia otro lado. Mientras tanto, Michèle iba entrando en un largo, silencioso e inmóvil orgasmo que yo muy bien percibía por sus contracciones sobre mi dedo y por el aumento de flujo en su vagina. Fue un orgasmo lento, sublime. Noté cómo iba subiendo en intensidad al tiempo que la luz del día iba desvaneciéndose sobre la Piazza. La visión de su rostro, aquel atardecer, es de las imágenes más nobles e imperecederas que guarda mi memoria. Cuando se hubo corrido, Michèle se dejó resbalar sobre su sillón, tomó delicadamente mi mano y la llevó a sus labios, chupó mis dedos mojados y cerrando los ojos reclinó su cabeza sobre el respaldo del sillón de mimbre. Las luces de la Piazza iban con su resplandor modificando las líneas de aquel rostro fantástico, como la luz que mueve las sombras sobre una estatua. Parecía un animal en paz, descansando, feliz, colmado y calmado. La belleza de la Basílica parecía fundirse con el orgasmo de Michèle convirtiendo aquel anochecer en algo inefable. Sentí la grandeza.

Aquella noche Michèle quiso seducirme con una fiesta muy particular. Mandó que subiesen la cena a la habitación, y pidió fruta, y me sorprendió encargando que trajesen un pepino. Después de cenar —su rostro de niña se recortaba sobre la luz de la luna llena que entraba por la ventana— me dijo:

—Tú estate quieto, ahí, sentado. No te muevas.

Y desapareció en el cuarto de baño. Salió desnuda.

—Voy a ver si soy de verdad una mujer —dijo—. Quiero ver cuánto me cabe.

Michèle tomó el pepino entre sus manos. Empezó a lamerlo como si se tratara de mi sexo. Al mismo tiempo con su otra mano se masturbaba delicadamente. Era una visión fantástica, hipnotizadora. Michèle estaba representando para mí un espectáculo de burdel marsellés. Esa mezcla de belleza y delicadeza de mi reina entregada a un ritual portuario y barriobajero, me llenaba de excitación. Cuando el pepino estuvo ya lo suficientemente resbaladizo de saliva, y su sexo se cubrió con una espesa espuma de felicidad, Michèle empezó a frotarse con él su clitoris y la vulva y sus muslos. Poco a poco lo introdujo por sus puertas sagradas y empezó a empujarlo, lentamente, muy lentamente. El sexo de Michèle iba engullendo el pepino mientras ella parecía sumamente complacida y emitía suspiros de satisfacción. Me miró con aquellos ojos profundos, con aquellas esmeraldas.

—Es formidable —me dijo entre suspiros.

Yo estaba muy excitado. Mientras ella se metía el pepino yo acariciaba mi miembro muy suavemente, manteniéndolo en esa insoportable pero maravillosa inminencia de eyaculación que cortas en el último segundo. Mis nervios parecían a punto de estallar.

—Déjame a mí —le dije.

Ella me sonrió.

—No. Esta noche, no.

Se sacó el pepino, que aparecía cubierto por una mucosa deliciosa y lo tiró sobre la cama. Avanzó su cuerpo hacia mí y tomó mi sexo entre sus cabellos. Michèle empezó a frotarme dulcemente con sus manos el miembro que había envuelto en su pelo. Era una sensación exquisita. Tal como yo estaba, no tardé en verter sobre su amada cabellera todo el surtidor de mi pasión. Michèle pareció gozosa con aquel baño de esperma. Se frotó los cabellos con él, como si estuviera lavándose la cabeza y me besó delicadamente la punta de mi miembro.

—Ahora —me dijo—, a dormir como buenos niños —y se acurrucó entre mis brazos.

Mientras ella dormía como un ángel caído, yo la contemplaba asombrado. Qué bella era. Yo había gozado a lo largo de mi vida a muchas mujeres hermosísimas. Pero ninguna tuvo esa naturaleza tan perturbadora, esa mixtura demoniaca de un poder sexual avasallador con una presencia cuya perfección, cuya emoción era mucho más artística que humana. Michèle era la absoluta finura del prodigio de una pincelada de Rembrandt, y exigía ser adorada como una de esas telas, y al mismo tiempo emanaba una especie de violencia, de fuego erótico irresistible que no daba a mis sueños ni un segundo de reposo. Y todo ello encarnado en un encanto que su aspecto de salvaje y ambigua preadolescente acrecentaba hasta la locura. Me pregunté: ¿Podrías aceptar perderla, no verla más, no sentirla más vivir a tu lado? ¿No volver a contemplar ese espectáculo deslumbrador y letal? Y, por no perderla, ¿hasta dónde llegarías? Una vez, hace años, había sentido esa atracción fatal y sublime, aunque aquella joven sólo tenía de ésta la segunda de sus propiedades, esto es, sus abismos carnales. Se llamaba Natacha y era la mujer de uno de nuestros empleados en Arkhangelskoy. Durante varios meses estuvimos citándonos en la biblioteca de mi abuelo. Recuerdo aquellas tardes afortunadas en las que, bajo la mirada muerta del autómatas de tamaño natural que allí había colocado mi abuelo, y que representaba a J. J. Rousseau, Natacha y yo nos entregábamos a los más desenfrenados deleites. Era una mujer, más que bella, sumamente atractiva, alegre, muy alegre, exaltante, de una dicha contagiosa. De alguna forma, era la mujer con menos prejuicios, más absolutamente inmoral que he conocido. Era igual que yo. Tenía corazón de puta.

Yo amaba el brillo de felicidad de sus ojos, la suavidad de sus labios, su forma de besar como si estuviera saboreándote el alma, el perfume de su cuerpo que como una embriaguez caliente irradiaba su carne cuando la estrechaba con mis brazos. Amaba sus piernas esbeltas y duras y el suavísimo tacto de sus muslos; amaba la sensibilidad extraordinaria de

esos muslos. Cada mujer tiene partes de su cuerpo que le son especialmente gratas a la caricia, ya sea las orejas, el pelo, los pies, los pechos, los dientes a veces, casi siempre el sexo; Natacha enloquecía si rozaba su nuca y sentía una especial debilidad por ser acariciada entré las piernas y en su culo hermosísimo, exquisito, fastuoso. Cuánto me gustaba levantar su falda y contemplar esa desnudez; ella solía ponerse hacia mí con el culo en pompa, moviéndolo graciosamente, como un relámpago de sol. Ah, aquel culo indescriptible, de una piel perfecta y tensa, por cuya hendidura casi siempre resplandeciente de humedad asomaba una densa y excitante mata de pelos morenos. Me gustaba jodérmela en esa postura. Ella hundía su cabeza en un diván y yo restregaba mi verga por aquella especie de garganta, frotaba la cabeza de mi miembro por sus muslos adorables, por su ano expectante, por los labios rojos, como labios pintados, de su sexo estremecido, mientras Natacha emitía unos entrecortados suspiros y alguna expresión desvergonzada que mucho me satisfacía. Después, cuando ninguno de los dos ya podía más, se la metía notando cómo mi sexo penetraba en un mundo suave y cálido, como anegado por mantequilla derretida, y allí parecía volar más allá de mis propios deseos. Natacha mordía el cuero del diván y se aferraba con sus manos a los cojines, moviéndose salvajemente hasta que, con un suspiro largo y profundo, se corría con tal abundancia de jugos que mi verga chapoteaba en su sexo mientras yo a mi vez le echaba un polvo que era como si me licuase hasta mi memoria. Ella solía entonces levantarse, con un gesto, un movimiento casi animal, felino, en su porte, y tomando mi sexo en sus manos lo lamía, como una gata hace con sus crías, hasta dejarlo limpio y seco.

Natacha tenía el coño más caliente que yo hubiera conocido. Y la violencia de mi relación con Michèle en cierta forma me la recordaba. Pero Michèle era mucho más que eso. Natacha, con todo, era algo controlable, todavía era la Vida. Michèle era todo el lujo, la fascinación, las galas de la Muerte.

Pero Venecia, al mismo tiempo que me regaló esos días,

acaso los más felices de mi vida, también puso en ellos una nube de dolor. Fue como una quemadura.

Estábamos una noche cenando en el hotel. Michèle —es como si ahora estuviera viéndola— lucía un vestido gris perla y llevaba el pelo recogido en un moño que le daba un aspecto maravilloso. Casi siempre me han gustado más las mujeres con el pelo recogido, y a casi todas les sienta mejor. Pero en Michèle el matiz era extraordinario, el pelo recogido daba a su cuello un atractivo irresistible. Cómo destacaba su esplendor en aquel restaurante. Las luces de las velas iluminaban suavemente su belleza. El comedor estaba lleno; me sorprendió la cantidad de uniformes fascistas en torno a las mesas. Como si se pudiera cenar con aquellos atuendos. Cerca de nuestra mesa, acompañando a una dama de bastante más edad que él, había un joven. Era bastante atractivo. Michèle y el joven cruzaron miradas. Yo me di cuenta inmediatamente de aquel intercambio de complicidad. Me sentí dolorido. Traté de despertar el interés de Michèle, pero ella, de vez en cuando, volvía a mirar a aquel joven y hasta insinuó, en un momento dado, una sonrisa hacia él. Me sentí tan mal, que interrumpí bruscamente la cena:

—Subamos a la habitación —le dije.

Ella me miró perpleja. Pero no se movió.

—No he terminado —me contestó también algo bruscamente. Esa vez no había dulzura en su voz.

—Ya es muy tarde —dije yo.

—No tengo sueño. Me apetece tomar una copa. Podemos ir al bar.

Yo traté de contener mi ira.

—He dicho que subamos.

Michèle intentó serenar la situación. Me acarició una mano. Pero me di cuenta de que al mismo tiempo no pudo evitar mirar de reojo al joven. Me puse en pie.

—¡Vamos! —le ordené con violencia.

En el ascensor no cruzamos palabra. Entramos en la habitación y Michèle fue al cuarto de baño. Yo me asomé a la ventana. San Giorgio, al otro lado de las aguas, brillaba bajo la Luna.

¿Celos? No, por Dios. O al menos no como suele entenderlos la mayoría de la gente. Celos de una juventud que pudiera ofrecerle a Michèle, ¿qué? Esa misma juventud, nada más. Y con ser mucho, muchísimo, no lo es tanto, cuando se compite ante los ojos de una mujer, frente a la seducción, el dinero, la posición, la capacidad de divertirla. Y en eso un hombre como yo podía ofrecer más, mucho más, que cualquier jovencuelo. ¿Celos de otro hombre que fuese más guapo que yo? No. Siempre molesta otro más guapo que uno, pero no tanto como alguien más atractivo que uno. Y ese atractivo, esa especie de imán erótico la vida me había demostrado que yo lo poseía lo suficientemente acreditado como para no sentir excesivos temores. No. Los celos siempre me parecieron detestables. Salvo en las damas, que pueden dar lugar a situaciones pasionales divertidas; en los hombres siempre son ridículos, patéticos, propio de clases inferiores.

Cuando Michèle salió del cuarto de baño, llevaba un camisón de seda rosa de Pernambuco que se ceñía a su cuerpo. Me excitó. Traté de controlarme. No podía ceder en aquel momento. No quería decirle, con un beso, que la perdonaba. Yo estaba profundamente dolorido. Durante unos minutos, no dijimos palabra. El silencio era cortante como una guillotina. Por fin, Michèle vino hacia mí; estaba muy alterada:

—No había por qué salir tan de prisa. Qué idiotez —me dijo.

Me molestó su tono.

—¿Idiotez? —dije yo.

—Sí. Idiotez. No había terminado de cenar.

—Puedo ordenar que suban la cena —le dije.

—No quiero esa cena. Quiero la que estaba tomando. No sé por qué tenemos que encerrarnos ya.

Yo no pude evitar reprocharle su comportamiento. Fue un gran error.

—Lo que tú querías era seguir coqueteando con aquel jovencito.

Michèle me miró. Sus ojos echaban lumbre.

—¡Yo no miraba a nadie! ¡Estás loco!

—Llevabas media hora mirándolo. Hasta el más imbécil se hubiera dado cuenta. Por supuesto, él sí se ha dado —dije estas últimas palabras lentamente y cargándolas de acritud.

Michèle se encrespó.

—¿Y qué? ¿Acaso no puedo mirar a quien me dé la gana?

—No —dije yo tajantemente.

Al oír esas palabras, Michèle se enfureció más todavía. Fue hacia la puerta, se detuvo, volvió. Se acercó a la ventana. Por fin se sentó en la cama. Me miró ahora con ojos suplicantes.

—Pero ¿qué quieres de mí? —dijo, y comenzó a llorar.

Yo avancé hacia ella, le tomé el rostro con las dos manos, acaricié sus mejillas y su frente.

—No te das cuenta... —susurré.

Michèle se creció:

—No me doy cuenta, ¿de qué?

Se apartó de mí.

—¿De qué? ¡Habla! ¿De qué? —Encendió un cigarrillo, aspiró con rabia—. ¿Qué más quieres? Estoy contigo, me acuesto contigo, te hago feliz... ¿Qué más quieres? Puedes lucirme ante tus amigos, presumir... Me has traído de viaje, me compras cuanto quiero... ¡Conforme!... ¡Y yo te pago bien! ¿Qué más quieres?

Yo avancé hacia ella, trémulo.

—No lo entenderías —le dije.

—¡Ah, ya salió la vieja historia!, —se revolvió ella.

Durante este diálogo, Michèle había ido calmándose. Se sentó en la cama y me miró. En sus ojos había una cierta mezcla, un velo de piedad y poder.

—Perdona... —me dijo—. Yo soy feliz a tu lado. Pero... no sé... A veces, si miro a un chico, ¿qué importancia tiene? Estoy contigo, ¿no?... Bien, perdona, procuraré que no suceda otra vez.

Creo que estas últimas palabras me hundieron más aún.

—Procurarás... Procurarás... —dije. La hubiera abofeteado.

Michèle volvió a enfurecerse:

—¡Sí! ¡Procuraré! Pero ¿qué demonios quieres? ¡Procuraré

no herir tu estúpido orgullo! ¡Procuraré!

Y tirando el cigarrillo contra la pared entró en el cuarto de baño dando un portazo.

¡Desear a otro! ¡Era de mi polla de donde únicamente debía beber! El gran duque Nicolás humilló a sus verdugos muriendo sin dejar de sonreír mientras acariciaba su gato favorito. Hasta mi criado Gregori Bujiski soportó la tortura despreciando a los bolcheviques y murió sin despegar los labios antes de que la chusma pudiera apoderarse de las joyas de nuestra familia. No. La gentuza puede matarnos, pero no alcanzarnos. Y no se trata de alcanzarnos personalmente, sino de alcanzarnos como institución, como alto modelo de vida, como plenitud de sueños. Recuerdo que en la coronación de Nicolás II, una doncella de la emperatriz se pinchó en un dedo con un prendedor, y una gota de sangre cayó sobre el armiño. Esa gota de sangre fue como el signo de la desgracia que habría de sobrevenir a Rusia y a todos nosotros. Aquella noche, esa mirada de Michèle hacia fuera de nuestro mundo, hacia la trivialidad y la vulgaridad, fue como otra gota de sangre en la plenitud de nuestro amor. Michèle, ese ser báquico, fragmento de la explosión de algún sol, mi amor.

¿Por qué no la eché aquella noche? ¿Por qué no ordené a los criados del hotel que la echaran a la calle, a donde pertenecía? Simplemente, por amor. Por la misma razón que no puede uno apartar de su cabeza ciertas imágenes de la infancia, casas que fueron amadas, rostros de bondad y perfección, ese verano de antes de la Revolución, ese verano que siempre hay antes de, donde fuimos felices como jamás volveremos a serlo.

El regreso a Biarritz fue sombrío. La tensión era insoportable. Yo sentía mi corazón como una galerna. Había tomado ya una resolución en cuanto a Michèle, y había hecho los preparativos precisos, que serían una sorpresa para ella. Cada uno de sus gestos evasivos, su rictus de disgusto, infantil, hasta la misma incertidumbre de nuestros sentimientos, me excitaban más y más. Aquella noche en el tren me masturbé contemplándola dormir. Ella despertó.

—¿Qué haces?

—Te quiero —le dije.

Sonrió y tomó mi miembro entre sus manos.

—Ven conmigo.

Me tendí junto a ella. La dejé acariciarme. Lo hizo con delicadeza. De pronto supe que hubiera hecho cuanto me hubiera pedido.

—Qué maravilloso sería comer tu coño por las mañanas, como desayuno —le susurré—. Tu coño, pero separado de ti. Solo, en un plato, como un erizo de mar. Coño de niña y *champagne*.

—Qué hermosa sería tu polla al horno. Su carne no debe ser diferente a las pinzas de la langosta. Polla y *champagne* —dijo ella.

—Qué felicidad sería dormir sobre una cama hecha con tus pechos, mórbida, como la Belladona.

—Qué bellas serían unas sábanas con el tacto de tus cojones.

—Qué hermoso sería un coño como una catedral donde entrar a rezar.

—Qué bella una polla gigantesca que me empalara y me hiciera girar como una veleta.

—Qué hermoso sería un perfume de tus jugos.

—Qué fragancia la de una leche desmaquilladora de tu semen.

—No hay paisaje más hermoso que tu culo.

—No hay animal más lascivo que tu lengua.

—No hay sensación más alta que correrme dentro de ti.

—No hay sensación más intensa que notar cómo te corres dentro de mí.

—No quiero otra fe ni otra vida que tu coño misterioso y sagrado.

—No quiero otro dios que tu polla palpitando por mí.

—Todos los reinos del mundo no valen lo que una mamada de tu boca.

—Todas las riquezas del mundo son menos que el calor de tu polla dentro de mí.

—Qué hermoso sería morir jodiendo contigo.

—Qué hermoso sería devorarte y encerrar todo lo que

sabes y quien eres en mí, como una hostia.

El tren se hundía en la noche. Seguimos amándonos. Y afuera, el frío, el viento, la soledad de Europa.

Cuando llegamos a Biarritz, mi criado Lutchin nos aguardaba. Desde Milán yo había llamado por teléfono a mi ayuda de cámara, y la sorpresa aguardaba a Michèle. El automóvil nos condujo por aquellas calles que ahora me parecían distintas. Salimos del casco antiguo. Michèle miraba algo desconcertada.

—Pero... No vamos al hotel... ¿Adónde vamos? —preguntó extrañada.

—Es una sorpresa —le dije.

Entramos en el *boulevard* de nobles árboles al fondo del cual se alzaba el palacete que había sido de mi madre. Entramos en el amplio jardín de los magnolios. Michèle aumentaba su gesto de estupor. El automóvil se detuvo ante la escalinata de entrada a la casa.

—Baja —le dije.

Alineados al pie de la escalinata estaban los criados presididos por mi fiel Kuzma. Michèle miraba todo sin entender de qué se trataba.

—Es mi casa —le dije—. Estaba cerrada desde la muerte de mi madre.

Michèle abrió sus ojos espléndidos. La luz de la mañana los iluminaba de un verde aún más secreto.

—Vamos a vivir aquí —le dije.

Los criados se inclinaron saludándonos.

—Buenos días, Alteza. Buenos días, señorita —dijo Kuzma—. Todo está dispuesto como ordenó vuestra Alteza. He dispuesto un aperitivo en la terraza.

Michèle subió aquellas escalinatas deslumbrada. Se me quedó la imagen de su mano pasando por la balaustrada, como si quisiera «notar» que era real todo aquello.

—Es preciosa, preciosa —decía como una niña con su primer vestido—. Oh, pero ¿cómo podías vivir en el hotel teniendo esto?

—Me gustan los hoteles —repuse. Y era verdad. Amaba los hoteles—. Y además, viviendo solo...

Michèle me miró gatuna como nunca:

—Pero ya no estás solo, ¿verdad?

No. Ya no estaba solo. Era cierto. Michèle estaba conmigo y era como si todo el mundo que me rodeaba, la vida, brillase como el oro.

Pasamos un mes maravilloso. Nos levantábamos muy tarde, cuando ya el sol iluminaba el jardín y su perfume penetraba en nuestras habitaciones como este aroma que a veces nos sacude desde una mujer que pasa junto a nosotros, y que nos excita. Dedicábamos la jornada a divertarnos, a fiestas, a gozar de nuestros cuerpos. Dispuse algunas veladas, y, aunque poco a poco, parte de aquella sociedad que con tan malos ojos había visto a Michèle empezó a frecuentarnos.

Sant'Angelo

venía con mucha frecuencia y en ocasiones acompañaba nuestras cenas. Ni un segundo decayó mi pasión por aquella ninfa que había hecho de mi vida la sombra de sus deseos. Siempre abierta al placer, a la alegría.

Un día fuimos a la playa. Queríamos presenciar una regata. De pronto la deseé como la primera vez. Deseé tenerla en aquellas aguas que brillaban al sol como un espejo. Era algo que nunca había hecho con ella. No lo había hecho desde muy lejanos días, en el Mar Negro, cuando éramos muy jóvenes y yo había ido con otros amigos y unas putas que había contratado mi hermano. Joder en el mar, como regresar al líquido amniótico. Recuerdo aquella zíngara. Tenía unos muslos duros y redondos y un sexo con mucho pelo bajo un vientre un poco abultado, perfecto, blandito. Sus pechos eran exuberantes y su boca parecía un cojín de seda.

—¿No has echado nunca un polvo en el mar? —me dijo.

—No —le contesté, excitado.

Me tomó de la mano y entramos en las aguas. Allí guió prestamente mi miembro hasta ella, y envueltos por el mar nos corrimos alegremente. No lo había vuelto a hacer en el mar. Pero aquella tarde de oro, perfilada por una tenue bruma, deseé hacerlo con Michèle. Le dije que por qué no nos bañábamos. Le gustó la idea y alquilé un pequeño bote de remos. En cuanto entramos en el mar, dejé los remos y la

tomé entre mis brazos. Estábamos cerca de la orilla, pero me excitaba la posibilidad de que alguien pudiera vernos. Sin decirle nada, la besé. Tuve la sensación de besar a una sirena. Le quité el bañador y me despojé del mío. La arrastré al agua. «¡Somos peces!», le grité. Ella reía, contenta, alborozadamente. Sentí una libertad remota, clásica, tan fuerte que tenía ganas de llorar. Era como recobrar algo. Qué hermoso, uno con el mar, tocar un cuerpo, ese tacto especial con las aguas envolviéndote. Siempre amé bañarme desnudo, notar el frescor sobre mi cuerpo; me produce una sensación de gozo animal, sublime, una muy especial sensación de estar vivo.

Aquel día, con Michèle, fue inolvidable. Ella no lo había hecho nunca en el mar. Al principio no sabía muy bien cómo ponerse, cómo sujetarse a mí. Por fin conseguí una postura algo equilibrada y empecé a besarla. El beso en el mar, mezclado con el agua, es maravilloso. A Michèle le daba reparos que pudieran vernos desde la orilla. A mí me excitaba, en cambio. Me hubiera gustado que todos hubieran podido vernos, envidiarnos. Conseguí que cruzara sus piernas en torno a mi cintura, y empecé a acariciarle el sexo. Es fantástico sentir cómo aun dentro del agua son absolutamente diferentes las dos humedades, y se separan con toda claridad. La mano que acaricia el sexo siente el frescor marino en la palma y el dorso y el calor genital en los dedos que entran en esa gruta esplendorosa. Yo notaba mis dedos resbalar en los espesos jugos de Michèle. Ella se excitó mucho.

—Oh, sí, sigue, sigue, no te pares —me decía apretando su boca contra mi cuello.

Cuando me pareció que estaba a punto, metí mi verga en ella y empecé a moverme. A cada movimiento, Michèle suspiraba profundamente, se agitaba, nos movíamos hasta perder y recobrar una y otra vez el equilibrio, las olas nos cubrían a veces.

—¡Es fantástico! —suspiraba Michèle.

Cuando nos corrimos los dos, nos quedamos abrazados; permanecemos así, llevados por las olas, un rato. Era la Felicidad.

De cierta forma yo comprendía los arrebatos de Félix. Michèle era muy bella y tenía esa característica letal tan fascinante. Debo confesar que mucho me hubiera complacido metérsela. Una vez, en los viejos tiempos, estuve un poco obsesionado por una criatura parecida. Se llamaba María Antonia, era hija de nuestro médico en San Michele al Tagliamento, donde mi madre tenía una finca, y aunque ya no era muy joven, guardaba un misterioso encanto infantil. Pensé conseguirla. No había demasiados problemas en la casa. Yo estaba solo, pues mi esposa permanecía supongo que pasando revista a sus «escuadras» salvadoras de la Civilización Pequeñoburguesa, en Roma. Yo, que no encontraba ya modelo más alto de civilización que la suavidad rosácea de la cabeza de mi verga, me pasé casi un mes dándole vueltas a la idea de joderme a María Antonia. No hubiera sido difícil. Pero pensé de pronto que el grado de excitación que me producía su contemplación y el refinamiento del ansia refrenada eran mejor que cuanto pudiera saciar en una cama. Así que lo que hice fue frecuentarla; desarrollé una relación en torno a libros que a ella le interesaban (adoraba a Stevenson, a Saint-Simon, a Tácito) que me permitió estar juntos cada tarde, sufrir y gozar con la tentación de su cuerpo, gozar mi sed, sentir la perfección de mi erección, jugar al juego de que ella se diese cuenta de esa excitación y al mismo tiempo que jamás recibiera invitación alguna (y por su parte era impensable que la formulara aunque lo deseara). Algunas veces disponía en mi pantalón la verga de tal forma que el bulto producido por María Antonia le fuese a ella absolutamente evidente; en un par de ocasiones, en tal estado, aproveché que buscábamos juntos un libro subidos a la escalerita, y apreté contra su culo esa fantástica dureza. Después, en mi cama, a solas en la noche, me masturbaba lentamente, con un muñequear interminable que llegaba a la exasperación, imaginando las más deslumbrantes voluptuosidades con mi adorada. Era un placer casi más refinado y placentero que un polvo.

Lástima que Félix no siguiera el mismo camino. Por el onanismo al Nirvana.

Una de aquellas tardes espléndidas ya de principios de septiembre,
Sant'Angelo
vino, como solía, a visitarme. Recuerdo aquella ocasión porque sostuvimos una conversación que mucho me dio que pensar después.

—Mañana regreso a Roma. Debo resolver unos asuntos — me dijo.

Lo dijo con un gesto de hastío que me hizo preguntarle:

—No pareces muy contento.

—No. Es cierto —repuso

Sant'Angelo

—. Ya no es mi Roma. Estoy harto de desfiles, discursos y patriotismo. «*Cherubino alia vittoria, alia gloria militar*», como cantaba Fígaro. Se los dejo a mi mujer, que parece divertirse mucho con la vulgaridad.

—Sandoval me dijo —le conté yo— que en España también parece que madura otro golpe militar.

—Otra nación de locos —repuso

Sant'Angelo.

—Es como una epidemia que fuera devorándolo todo — dije yo—. La Muerte avanzando hasta en nuestras almas. Comunistas, fascistas, nazis, nuevos ricos... bah, gentuza.

Sant'Angelo me miró y en sus ojos había una profunda desesperanza.

—Se rompió el viejo orden de vivir. El viejo, delicado y precioso orden. Tardará mucho tiempo, si es que alguna vez sucede, en volver a establecerse. Europa está condenada a muerte. A veces pienso que debíamos abandonar este continente desahuciado y acabar nuestros días en algún lugar perdido, en un país de éstos, pobres. Negros, o indígenas; dóciles. Sin impuestos. Una buena bodega y una biblioteca muy selecta, de pocos libros pero muy escogidos.

—A veces pienso —dije yo— que eres más optimista que yo. No, amigo mío, tampoco ese paraíso existe. ¿Sabes lo único que podemos hacer? Acabar con gloria. No dar tiempo a que nos quite de en medio esta chusma.

Sant'Angelo me miró sonriente. Era una sonrisa triste.

—Tú eres el optimista, Félix —dijo—. Acabar con gloria... No, querido. Acabar con gloria, como vivir con gloria, precisa de quien admire esa gloria. No. Conténtate con no ser tú también uno de estos bárbaros. Hazme caso: una bodega honorable, libros maravillosos, y un servicio que aún no esté muy contaminado. Bueno, y, claro, algún proveedor de jovencitas.

Muchas veces he pensado después en aquella amarga conclusión de

Sant'Angelo.

Sí, llevaba razón.

Los días fueron pasando, y mi pasión por Michèle no decaía. Pero como esos cielos que se entenebrecen de pronto cuando más brilla el sol, de vez en cuando, y pronto empezó a ser frecuente, Michèle ya no respondía como antes a mis deseos. La notaba alejarse de mí. Hubo una noche que, en la cima del amor, de repente la sentí ausente, fría. También empezó a salir sola. Siempre tenía alguna excusa, no diré que no fuese razonable, pero efugio al fin y al cabo.

Nuestra vida, como agusanada de temores y desconfianza, iba infeccionándose de una angustiosa desazón. Y el demonio de la sospecha hizo presa en mí. Una noche acabó por estallar la tormenta. Michèle había salido después de comer; dijo que iba a hacer unas compras. Eran las dos de la madrugada, y aún no había regresado. Yo estaba en la biblioteca, leyendo y bebiendo. Recuerdo que releía los *Paseos por Roma* de Stendhal. El gramófono sonaba con la *Balada en sol menor* de Chopin. Había ordenado a los criados que se retirasen. Bebía lentamente, contemplando aquel ámbito que tan mío había sido cuando mi vida era un orden delicadísimo como un aria de Mozart. Me serví otra copa de vodka y no sé por qué tomé un álbum de fotografías. Pasé sus hojas. Era como un museo de figuras de cera: viejos rostros perdidos, los zares, la familia imperial, hermosos palacios, mis padres, recortes de prensa que aludían a la muerte del maldito Rasputín.

Serían más de las tres y media cuando escuché el ruido de la puerta y el sonido de los tacones de Michèle subiendo la escalera. La oí entrar en el dormitorio. Me levanté y fui hacia

allí. Era preciso aclarar nuestra situación. Ella se sorprendió al verme. Iba bien vestida, aunque su ropa tenía algo provocativo. Pero al mismo tiempo estaba tan bella, tan fascinante, que lo único que mi corazón me pedía era arrodillarme ante ella y rogarle que me amase. Noté que había bebido de más.

—Hola —me saludó con cierta frialdad.

—¿De dónde vienes? Son más de las cuatro —le pregunté con un tono que no admitía dudas.

—Me entretuve con unas amigas. No las veía hace tiempo. Desde antes de estar contigo. Unas chicas estupendas, ¿sabes?, —su voz sonaba falsa.

—Ya, ya... ¿Y... dónde estuvisteis? —dije como una orden.

Michèle se turbó.

—Bueno... Estuvimos primero en ese, ese... No sé, un bar nuevo.

No sabía mentir.

—¿Qué bar, cómo se llama?

—No recuerdo. —Parecía nerviosa, molesta con mis preguntas—. Y también estuvimos paseando. Hablando. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos...

—Ya —dije yo, procurando que se me notara el tono de sorna, que comprendiera que no la creía. De pronto sentí ganas de pegarle. La cogí con violencia de un brazo—. ¿Dónde has estado? ¿Con quién?

Michèle cerró los ojos, como un niño cuando va a recibir una bofetada. Empezó a llorar:

—De verdad, te lo juro. Con unas amigas.

—Mentira —grité. Y la abofeteé.

—De verdad... dos amigas. Dos amigas de hace tiempo. —Lloraba.

—Eres una embustera —dije yo, soltándola—, y una mala embustera. Estuviste con un hombre.

Ella bajó la cabeza. De pronto alzó los ojos y me miró con dureza.

—No —dijo.

Michèle pareció adquirir de pronto una misteriosa fuerza.

—No —repitió—. He estado por ahí. ¿Acaso no puedo salir? ¿Te crees que por tener dinero todo el mundo tiene que estar a tus órdenes?

Noté que en esas palabras anidaba odio. Era la «clase», que siempre termina por salir. De pronto, sin querer, Michèle acababa de resucitar el abismo. Le hubiera dicho que sí. Pero cómo explicarle que no era por tener dinero, sino por quiénes éramos, eminentes productos de la refinación que la historia había operado sobre nuestra especie.

—Tú no eres todo el mundo —le respondí.

Ella me miró. Sus ojos eran fríos ahora.

—¡Muchas gracias!

Parecía cansada, como más allá de aquella situación.

—¡Estoy harta! —gritó—. ¡No puedo más! No puedo moverme, no puedo salir, siempre estás espiándome. Y cuando no eres tú, son tus criados, ese viejo estúpido de Kuzma...

—Kuzma es un buen hombre. Es leal —dije.

—Será contigo —siguió gritando Michèle—. A mí no puede ni verme.

—Bien —traté de cortar yo—. De todas formas, da lo mismo.

—¡Da lo mismo! ¡Da lo mismo!, —se creció ella—. ¡Pues no da lo mismo! ¡No puedo resistir más! Yo necesito sentirme libre. Estoy contigo, de acuerdo. Pero necesito sentirme libre, poder salir y entrar sin esta sensación de vigilancia. ¡Yo soy joven! —acabó diciendo.

Aquellas palabras me hirieron muy profundamente. Era como cuando en una representación se desploman de repente los decorados.

—Ya... —dije, y me fue difícil mantener la compostura—. Y yo, no.

Michèle se creció aún más:

—¡Sí! Y tú, no eres joven. Tú te pasas muchos ratos a gusto leyendo, o escuchando música, o yo qué sé, pensando. ¡Yo no puedo soportarlo! Me aburre esa música. ¡Yo, no! ¡Yo necesito salir, ver gente!

Me senté cerca de ella, abatido. Intenté cogerle una mano.

—Michèle... —susurré.

Ella apartó mi mano de un manotazo.

—Ni Michèle ni nada —dijo con fiereza, con dureza—. Tú no puedes seguir así, ¿no? Pues yo tampoco. Si no te parece bien lo que hago, búscate otra. Dinero tienes para pagarla.

Me abalancé sobre ella.

—Sí —dije—, tengo dinero para pagarlas. Y te estoy pagando. Ven aquí.

La tomé, la abofeteé y le desgarré el vestido. La tumbé sobre el sofá y ella empezó a llorar. Sus lágrimas me excitaron. Me bajé los pantalones y saqué mi miembro que estaba ardiendo. Como si fuera una fusta, golpeé con él a Michèle en la cara, los labios, los ojos...

—¡Déjame! ¡Déjame! —gritaba—. ¡Te odio!

—¡No, no me odias! —le dije—. Me deseas. Me deseas como yo te deseo. Quieres esto, mi polla, y esto es dinero. Y esta polla es este palacio, y joyas, y la vida que te gusta. Esta polla soy yo. ¡Cógela! —grité—. ¡Adórala!

Michèle gimoteaba. Me excitó más aún. Empecé a besarla. Oh, aquel sabor de saliva mezclada con lágrimas...

—¡Abre las piernas! —grité.

Michèle abrió sus hermosas piernas y aquel sagrado templo de mis delicias pareció emerger como una isla misteriosa de las aguas. Lo mordí. Mordí su Monte de Venus, chupé, lamí. Cuando ya no pude más, pues ella iba entrando también en éxtasis, le clavé, le hendí mi verga, enorme, parecía más gorda que nunca, con su desafiante cabeza pulida y rojiza, brillante. Fue una sensación diferente a la de otras veces que la había amado; más intensa acaso, en algún aspecto. De cierta forma, no era a Michèle a quien estaba poseyendo frenéticamente en ese momento. El placer era menos importante como gozo físico que como la suma voluptuosidad del sometimiento. Era algo que nunca me había sucedido con ella. Había querido tenerla, gozar su cuerpo, darle placer, amarla, que me amase. Pero esa noche lo que quería era someterla, dominarla. Me descubrí a mí mismo gritando, pero era como si escuchase la voz de otro, gritando mientras sacudía mi miembro furiosamente dentro

de ella:

—¡Putas! ¡Putas! ¡Putas! ¿No es esto lo que quieres? ¿La quieres más grande, más gorda? ¡Las putas no eligen, no eligen, no eligen, no eligen! ¿Te gustaría un hombre más joven? ¡Dilo, mala puta! ¿Te gustaría?

De pronto sentí que me corría. Michèle parecía una muñeca muerta. Sus ojos estaban cerrados y no pronunció ni un sonido. Era un cadáver. Me corrí como un animal. En cuanto Michèle sintió que yo me había corrido, me echó a un lado y saltó de la cama. Entró en su vestidor, y al poco salió vestida de cualquier manera. Escuché sus pasos, la oí bajar apresuradamente la escalera, y el portazo de la puerta de la calle.

Cuando Michèle me dejó, sentí ganas de llorar. No era desesperación, ni rabia. Era desasimiento. Ella había sido mi último hilo con la vida. Y ahora ese hilo se rompía. Fui al cuarto de baño. Necesitaba echarme agua fría en la cara. Cuando alcé los ojos el rostro que contemplé en el espejo me horrorizó. Era un viejo, inexorablemente. Volví al dormitorio, olí la cama, buscaba algún rastro de ella. El vestidor de Michèle, los cajones de sus muebles, su tocador, me atraían como un abismo. Aproveché que ella no estaba —lo que hacía en ocasiones— y abrí esas puertas de la maravilla. El olor de su ropa, su tacto, la seda que había estado tocando su cuerpo. Amaba sus bragas y sus medias. Las olía. Me placía sobre todo las que acaba de usar, antes de que las retirara el servicio, sus bragas aún húmedas de ella, olorosas a ella, las pequeñas manchas de sus jugos. A veces me excitaba mucho. Me bastaba tener en mis manos una braga suya, tocarla, para sentir una erección bestial. Esa noche, cuando Michèle salió dando un portazo, por un instante creí haberla perdido para siempre, imaginé el horror de no volver a verla, de no volver a tener en mis brazos su fragancia indecible, el temblor fabuloso de sus ojos y sus labios, la palpitación caliente de su carne. Me dirigí a su vestidor, sobre el suelo junto a la cama estaba el vestido que yo había desgarrado, su braga aún caliente que yo había destrozado. La tomé en mis manos. La acerqué a mi rostro. ¡Estaba tan caliente! O imaginé que lo

estaba. Esa seda había estrechado sus nalgas, esa seda había cubierto su pubis; busqué ansiosamente por si había algún pelito en esa tela. Esa entrepierna había tocado sus ardores, la humedad sagrada de su vientre: estaba manchada: olí aquella mancha, pasé mi lengua por ella. Sabía acre. Me excitó. Me tumbé en la cama con su braga en mis manos, pensé en Michèle, y lentamente fui restregando por mi cuerpo esa prenda delicada como la muselina de Delhi hasta envolver con ella mi sexo, como si fuera Michèle quien lo envolviera con su vulva. Me masturbé como el que oficia un sacrificio. Yo era el arúspice de un remotísimo culto a la Carne, y en aquellas entrañas de Michèle buscaba un presagio de mi destino. Mi semen empapó su braga; la mantuve apretada contra mi miembro hasta que éste fue perdiendo su vigor. Me quedé dormido así, como un niño con su juguete, acaso feliz.

Michèle estuvo tres días sin aparecer. Yo bajé a las simas de la desesperación. Pese a todo el horror, pese a toda la humillación, vivir sin ella me era insoportable. Deseé que volviera.

Cuando Michèle regresó, yo ya había decidido jugar una última carta para retenerla: había decidido pedirle que nos casáramos. Era una locura, lo sé. Nadie podía aceptar aquella boda, y sin duda me desterraría de mi mundo, del mundo donde yo había crecido y me había formado. Pero no podía vivir sin Michèle.

Bueno... Supongo que Félix llevaba razón a su manera. A ningún hombre le gusta que le pongan los cuernos. Pero cuando un hombre ya mayor se permite el lujo de tener con él a una chica como yo era, debe de vez en cuando hacerse el ciego. No es posible que dos vidas tan distintas estén juntas si no se deja de vez en cuando una pequeña escapada, un desahogo. Yo no es que estuviera mal con Félix. Y era un buen amante. Pero yo era muy joven, y me tiraban otros hombres más de mi edad. Aquel día yo le había puesto los cuernos a Félix. No había podido evitarlo. Y

ya llevé cuidado de que nadie nos viera, nadie quiero decir de la gente aquella que podía irle con el cuento a Félix. Tampoco había por qué hacerle sufrir. Pero era un hombre guapísimo. Y más aún con su ropa de corredor. Lo encontré en las carreras de coches. Cuando terminó y el coche se detuvo cerca de donde yo estaba, hubo algo en aquel rostro, en aquellos ojos, que fue más fuerte que cualquier otra cosa. Tenía la cara sucia de grasa y polvo bajo el gorro de cuero, y las huellas de sus gafas en torno a sus ojos azabachados. La cazadora de cuero le daba un aire muy deportivo, fuerte, arrogante. Lo deseé al instante. Busqué cualquier excusa para hablar con él. Creo que se dio cuenta inmediatamente de lo que yo buscaba. Su sexo parecía que iba a romperle los pantalones. Me invitó a una copa. Me miró profundamente. Yo noté cómo se me mojaban las bragas.

—Quiero joder contigo —le dije.

—No es mala idea —me contestó él, sonriéndome burlón—. Vamos a mi habitación.

—No, en el hotel, no —le dije—, quiero hacerlo en tu coche.

—No digas idioteces —me dijo sin contemplaciones—. En esos coches no se puede, son muy pequeños. Vamos al hotel.

—No. En el coche.

Hizo un gesto de vago asentimiento, y me llevó a la cochera.

—Ya me dirás cómo —me dijo.

Yo me eché sobre el capó, rojo, sucio de tierra; aún estaba caliente.

—Aquí —le dije—, aquí. Ven, bésame.

Me besó con fuerza. La sangre me hervía y el pulso me hacía temblar. Noté su peso sobre mí, el bulto de su polla, su lengua voraz. Se retiró un poco y se bajó los pantalones. Nada más bajárselos, como si fuera impulsada por un resorte, la polla se alzó con un ligero temblor. Era como si entre los muslos le naciera un pedazo de rama de árbol, poderosa, hambrienta de mí. Fue un polvo sin contemplaciones. Me la metió y yo noté como si me rompieran las entrañas. No dijo nada, se movió furiosamente, con jadeos recios, algo animales. De pronto noté que el miembro parecía ponérsele aún más duro, más tenso.

—¡Hija de puta! —gritó—. ¡Hija de puta!

Y noté dentro de mí un chorro caliente que parecía clavarme

sobre el capó del coche. Al poco se incorporó. Me sacó su miembro. Parecía más grande aún.

—Bueno —dijo—, ya está.

—Ha sido estupendo —le dije.

—Ha estado bien, —dijo él. Y sacó un cigarrillo. Aspiró profundamente el humo—. ¿Vives aquí? —me preguntó.

—Nada de nombres, nada de direcciones —le dije—. Te he visto, me has gustado, y eso es todo. Pero aquí se acaba. Cuando salga por esa puerta, no volverás a verme. Y, si me ves, no me conoces.

—¿Estás casada? No jodas. Bueno, ¿y qué? Estoy harto de tirarme casadas. No, pasa nada. Los maridos tienen una gran comprensión. Si quieres nos vemos mañana.

—He dicho que no. Nunca más.

—Otra rara —dijo él—. Bueno, a tu gusto. Que te vaya bien —y, haciéndome un gesto festivo de despedida, salió de la cochera.

Ese polvo no lo hubiera nunca aceptado Félix. ¿Y qué mal le hacía? Al contrario. Con escapadas como aquella yo hubiera podido seguir mucho mejor con él, hasta quererle más. Pero en fin... Las cosas son las cosas.

Le consulté a
Sant'Angelo

la idea de casarme con Michèle. No me reprochó nada —aunque yo lo esperaba—; se limitó a decir:

—Querido, siempre pensé que sólo eras capaz de actos grandiosos. Y éste es tan desmesurado que... Bien, de todas formas, ¿qué más da? Pero, «¿quién es ese nuevo huésped que ha entrado en nuestra morada?», como preguntaba Dido a su hermana en *La Eneida*.

Aproveché que cenábamos solos para decírselo a Michèle. Desde la noche amarga de nuestra discusión, ella parecía muy fría y distante.

—¿Sabes? —le dije. Ella me miró sin expresión—. Llevo varios días pensando en algo.

Ella siguió mirándome en silencio.

—He pensado... —dije. Me costaba trabajo explicárselo—. He pensado en nosotros. Quizá lleves razón, quizá sea demasiado pedir que una mujer tan llena de vida como tú pueda estar a gusto en un mundo que, en muchos de sus aspectos, está conformado ya por las manías de alguien con bastantes más años. —Me decidí—. Te quiero. Te quiero y no deseo perderte. Quiero casarme contigo.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—No, déjame acabar. Quiero casarme contigo. Eso te dará seguridad y posición. Nadie se atreverá a ofenderte. Y estoy dispuesto a concederte cierta libertad. Te prometo que no te vigilaré. Te ruego que no me traiciones. No podría soportarlo. Te quiero demasiado y no soportaría el dolor de verte con otro. Pero podrás salir sola, podrás ir con tus amigas.

Ella me miraba y en sus ojos había cierta ironía.

—Mira —le dije—, creo que podríamos dar una fiesta, una fiesta... como las de antes. Ahora, con estas zarandajas del socialismo, del Frente Popular, etcétera, nadie se atreve. Sandeces. Una fiesta como las que ofrecía mi padre en San Petersburgo. El mundo cada día es más gris. Sí, daremos una fiesta.

Ella seguía mirándome en silencio. Inescrutable.

—¿Quieres casarte conmigo? —le dije al fin.

—Sí, lo que tú digas —contestó. Pero no había alegría en su voz.

—Quiero ver tus ojos siempre alegres —le dije. Era casi una súplica.

—Estoy alegre —dijo ella.

Aquella noche volvimos a amarnos intensamente, como si la diosa del amor nos regalara una segunda oportunidad. Pero, de alguna forma, sus caricias eran menos intensas. Y acaso mi ardor. El encanto se había roto. Habíamos pegado los pedazos, pero se veían las líneas de fractura. Había como cierta reserva. Yo seguía amando sobre todas las cosas aquel cuerpo sublime, aquellos ojos verdes que me hipnotizaban; aquel coño seguía siendo la suma de mis delicias y mi pasión. Acariciaba su carne con el mismo ardor del primer día, pero

de vez en cuando me asaltaban pensamientos espantosos, miedo a perderla; mi cabeza, como relámpagos, se iluminaba con funestos pensamientos. Ya no éramos aquel mundo de carne gloriosa que giraba en un firmamento helado, incandescente como un cometa, sino un peldaño más bajo. De cualquier forma, Michèle era mía. Esos labios calientes y esa lengua como el abismo no me abandonarían. Mi sueño seguía en pie.

Los días siguientes me entregué a la preparación de la fiesta. Ordené todos los detalles. Mi fiel Kuzma contrató la orquesta del Excelsior. Los jardineros cuidaron el arreglo de los arbustos y plantas, se iluminaron los magnolios y las dos pérgolas. Kuzma estaba casi más exultante que yo; también para él era una ocasión de revivir el pasado: contrató un sin fin de camareros por todo Biarritz, se preocupó con su habitual exactitud y sabiduría de la elección de los vinos y la cena. Le compré a Michèle un precioso vestido de lamé. La suavidad de su caída tenía el tacto del oro; le daba a Michèle un aire lánguido que contrastaba con la esbeltez de su cuerpo. Le dije que no se pusiera joya alguna: sólo su belleza.

La noche de la fiesta, el palacete brillaba iluminado en la noche por potentes focos. Era realmente una estampa maravillosa. Los alrededores de la puerta del jardín empezaron, desde la caída de la tarde, a llenarse de una muchedumbre de curiosos contemplando aquel fascinante espectáculo que sin duda les impresionaba. No dejaba de haber provocadores entre ellos; algunos llegaron a gritar al paso de los invitados ciertas groserías muy de su clase y su filiación política; uno hasta llegó a encaramarse por la verja y pintó sobre las columnas de la entrada una hoz y un martillo. Un río de automóviles llegaba hasta el pórtico. Los invitados ascendían la escalinata de blanco mármol; abajo la música de la orquesta tocaba vales. Todos habían aceptado mi invitación, incluso aquellos que más detestaban a Michèle y hasta quienes parecía imposible —como la gran duquesa Victoria Carlota— que asintiesen con su presencia a un matrimonio tan desigual como el mío. La fiesta comenzó brillantemente. Los camareros pasaban las bandejas y todo el

mundo conversaba o bailaba, y bebía, bebía. Michèle y yo íbamos de grupo en grupo tratando de hablar con todos. Retazos de sus conversaciones iban quedándose en nuestros oídos, como ráfagas perdidas de música. Y pasábamos a otro grupo:

—La casa desde luego es preciosa.

—Erra de su maddrre.

...

—Me recuerrda San Peterrsburrro... Ah, qué tiemposs...

...

—Desde luego es bastante seguro que habrá una intervención militar.

—Para eso están, ¿no?

—Es Mola quien debe encabezar el levantamiento.

—Mola... o Franco.

—No, a Franco no le interesa la política. Mejor, Mola.

...

—Lo que hace falta es mano dura.

Las conversaciones no eran desde luego excesivamente brillantes. Como si a todos hubiera contaminado la vileza de los mil problemas derivados del enfrentamiento civil de Europa, el espacio que en sus cerebros ocuparan en otro tiempo consideraciones de más altura, parecía ir anegándose de referencias a situaciones que, aunque graves, no dejaban de ser baratas. Desde la Revolución Industrial no hemos tenido arreglo. Hubo uno de aquellos retazos de conversación que me molestó, sobre todo porque las dos damas que pronunciaron esas palabras, y que por cierto las pronunciaron en voz lo bastante alta como para que Michèle y yo no pudiéramos dejar de escucharlas, habían sido íntimas amigas de mi madre, y una de ellas sobre todo, la Condesa de V..., mucho debía a mi padre. En el momento en que pasábamos junto a ellas, mirándonos de reojo, dijeron lenta y claramente:

—¿Y es verdad que era una golfa?

—Hija, quien era, es —contestó la otra dama.

Noté cómo un latigazo de ira atravesaba los ojos adorados de Michèle. Apreté su brazo y pasamos de largo.

Pero cómo comparar a los invitados de aquella fiesta, todo aquel «gran» mundo, ya sin duda tocado del ala... Mis compatriotas deslumbrados por Mussolini y gritando ¡victoria!, con la boca llena de pasta, los rusos plañiendo por su zar, los españoles esperando que algún militar les quitara de encima la República, franceses atemorizados por el ectoplasma del Frente Popular... Todos gastando su dinero a manos llenas, pero mal, sin la menor finura, sin gusto, como el que quema sus cosechas antes de que caigan en poder del enemigo. Y las mujeres... enloquecidas por caer en los brazos de cualquier aventurero, excitadas por la violencia, amantes de bárbaros de camisa negra, o de los nazis, lamiendo botas y correajes como si las arrastrara el viento de la Marcha sobre Roma, el viento del incendio del Reichstag. No sé... no sé... A lo mejor todo eso es una excitación que me pierdo, pero no me atrae en absoluto. Cómo comparar todo eso a los sublimes gozos de mi época, aquellos burdeles romanos, napolitanos, al enigmático ceremonial de Venecia, a la exquisitez milanesa, a los deleites de París, de Budapest, de Marraquesh. Pero sobre todo, Nápoles, Palermo, Capri, donde todo estaba como velado por una luz de civilización con miles de años de garantía.

Recuerdo una vez en Palermo; yo había ido a la visita anual a nuestras tierras. Era una visita inútil, salvo por la satisfacción de estar en Sicilia, porque nuestras fincas gozaban de una perfecta administración. El orden estaba a cargo de Don Caló, un hombre de notable capacidad como apoderado y con dotes de mando. Jamás hubo un error en sus cuentas, y, además, bastaba su sola presencia para dirimir cualquier problema o pleito y calmar en alguna ocasión a algún revoltosillo. Don Caló celebraba siempre mis visitas a Palermo con una cena con música, muy agradable, y después acostumbraba a enviarme a mi casa alguna buena pieza que solía reservar para mí. Aquella vez me dijo, con los últimos brindis de la cena: «Excelencia, me aceptará que esta noche le proporcione una muy grata sorpresa». Y me mandó a mis habitaciones media docena de preadolescentes hermosísimas, casi niñas. Yo había soñado siempre con poder tener dos, en casa, acurrucadas a mis pies, desnudas y con una cadena de plata al cuello. Y hasta poder sacarlas a pasear. Animales suntuosos.

Las niñas bailaron ante mí una danza delicadamente sensual que sin duda estaba en su sangre desde antes de la Magna Grecia. Iban disfrazadas de animalillos. Sus risas jugaban con el tintineo de sus pulseras y de los cascabeles de sus tobillos. Me desnudaron y me besaron por todo el cuerpo y luego dispusieron para mí sus traseros fastuosos. Qué hermosura, qué perfección de los sentidos, entrar en aquella media docena de maravillosos culitos de jóvenes vírgenes, sentir sus risas encantadoras, ser el primero en desflorar aquella angosta virtud. No, ahora, ya, seguramente, difícil nos sería poder gozar tan libremente de tal esplendor.

Pero de todas formas, lo que Félix estaba labrando era otro mármol para otra obra de arte: la del emblema de su vida, la consecución de la Belleza Perfecta. Era la presentación en sociedad de esa escultura bellísima, Michèle. Y por Dios que aquella noche estaba hermosa como la luna. Aunque yo sea dado a placeres menos tortuosos que los de Félix, no puedo dejar de reconocer que algún fundamento existía para su enloquecimiento. Michèle estaba resplandeciente con aquella áurea suavidad con que ceñía su carne estremecida. Verdaderamente, a su alrededor todo no parecía sino las sobras de un mundo.

Bailamos y bailamos. Era también una forma de evitar aquellas conversaciones, de estar solos, aun en medio de todos, de sentir a Michèle contra mi carne, carne de mi carne. Ella estaba deslumbrante. Se movía junto a mí como si yo me echase una capa sobre los hombros, con chulería, remolineándola orgulloso.

Ya muy tarde en la noche, fui a comer algo. Estábamos bebiendo acaso de más, pero el alcohol me producía esa noche, como pocas veces, un placer inefable. No era la embriaguez, sino una especie de alegre y finísima melancolía. Se nos acercaron varios amigos.

—No te quejarás —me dijo uno de ellos, Antoine de Lacy, con quien mantenía estrechas relaciones en París—, he retrasado mi viaje por venir a tu fiesta.

De Lacy había decidido instalarse en Norteamérica. Lo

habíamos discutido algunas veces en los últimos tiempos.

—Definitivamente... —le dije yo—, ¿lo has pensado bien? Norteamérica... Es algo repugnante.

—¿Qué quieres? —me contestó De Lacy—. ¿Que me quede aquí esperando al Frente Popular y lo que venga después? En Norteamérica, al menos, saben pararlos.

—Tampoco se respira allí una brisa muy fresca —interrumpió

Sant'Angelo,

que venía con ellos.

—No se andan con tantos remilgos como aquí —dijo De Lacy.

—¿Pero tú crees que hay quien pare esto? —repuso con tono irónico

Sant'Angelo.

—Bien... En Nueva York os espero —dijo De Lacy—. ¿Pero es que no os dais cuenta de que aquí, no es ya que nos arruinen con sus malditos impuestos...?

—También en Norteamérica hay impuestos —dijo otro de los invitados.

—Sí —contestó De Lacy—. Pero aquí es que el día menos pensado nos cortan el cuello.

Sant'Angelo apuró su copa:

—Se lo cortaron a tu tatarabuelo —dijo—. Y tú aún conservas el patrimonio.

—Mira en Rusia —me dijo De Lacy—. Debisteis segar la Revolución cuando alumbraba. Segar los cuellos de los revoltosos y de los industriales que los provocaban con su codicia.

—Acaso nunca sea tiempo de segar nada —dijo Sant'Angelo

—. Las cosas suceden. De vez en cuando matan a alguno de nosotros, pero permanecemos, como esas estatuas que de vez en cuando oculta la arena y luego el viento hace aflorar de nuevo.

—Lo peor —dije yo— no es que nos maten a nosotros. Es que todo un mundo se hunda con nosotros.

Michèle vino hacia mí. Irradiaba belleza, sensualidad. Se

acercó al grupo y me tomó del brazo:

—¿Interrumpo? —dijo con aquella sonrisa por la que yo hubiera dejado hundirse aquel mundo.

Michèle me miró mimosa.

—¿Por qué no me sirves una copa? —me dijo.

La miré. Pensé en aquellos versos de Yeats: «*With beauty like a tightened bow*». Apretados por la línea del escote, como la línea de una playa, sus pechos palpitaban como la mar que rompe en las arenas. Qué me importaba ya cuanto yo había perdido en Rusia. Ella era mi Rusia. Sus ojos eran mi juventud, su boca mi lealtad al zar, la visión de su espalda echada sobre la cama, sus muslos, su culo sobrenatural, mi única patria, su coño caliente mi único Dios.

—¡Adoro el *champagne*! —me dijo. Y entornó los ojos. Y sonreía.

Tomé una copa de una bandeja y se la ofrecí. Hubiera sido suyo cuanto me hubiera pedido.

Pobre Félix. No estaba yo equivocado por entonces al suponer que su relación con Michèle terminaría mal. Era excesiva. Ni estaba en su sitio la historia ni las proporciones eran adecuadas. Pero probablemente la desmesura de su pasión era algo innato a su alma rusa, un alma grande que precisaba de extraordinarios efectos. Creo que por eso precisó matar con sus propias manos al odioso Rasputín, en vez de mandar que lo hicieran unos profesionales. En Italia hubiera sido de otra forma. Pero Félix necesitaba vivir sobre la lava. Necesitaba que todo encajase, que todo tuviera un sentido y que además éste fuera grandioso.

Querer comprender el mundo... Ese esfuerzo inútil me recuerda siempre la imagen de la princesa María Luisa, aquella tarde, en las caballerizas de Santa Margherita, cuando trató de chupársela al caballo. Lo único que consigue uno es atragantarse. Quizás a alguno ese asfixiarse le deparase cierto placer, pero al final se queda sin conseguir nada y la verga del bruto a su vez queda allí, colgando, lejana, sin sentido. La vida hay que dejarla ir, no tratar de desesperarse en conocer su secreto; es más

civilizado gozar sus encantos sin pretensiones vanas. Pero esa imagen de mi querida María Luisa y su caballo me alegra siempre mucho la memoria. Era una tarde de verano, justo días antes de la teatral Marcha sobre Roma de nuestros héroes de opereta. María Luisa había organizado una magnífica velada para unos pocos e íntimos amigos, y al fin nos habíamos quedado solos, con esa agradable laxitud que inunda unos sentidos bien adiestrados tras una inolvidable reunión de gente que se estima. María Luisa y yo habíamos mantenido esporádicas relaciones desde que ella fuese una niña. Aquella tarde, cuando al fin nos quedamos solos, inmersos en un calor que nos hacía sudar y, de cierta forma, excitante, me llevó de la mano a aquel dormitorio suyo donde una fresca brisa estremecía las finísimas cortinas. Se recostó en la cama, con el mismo aire que tanto adoré yo a sus trece años, y me dijo:

—Quiero que me violes.

—Querida —le dije—, a estas alturas de nuestra vida resulta imposible.

—Quiero que me violes. Quiero sentir como si un enorme falo me empalase y me matara.

—Siento —le dije— que las normales proporciones del mío impidan ese alarde sublime. Puedo meterte dieciocho centímetros, si no ha menguado desde la última vez que lo midieron en Ischia.

—Quiero sentir como si me desgarrasen.

—Qué obsesión, querida —le dije—. De cualquier forma, estoy a tu servicio. El tuyo y el de la Sangre de San Pedro son mis más estimulantes vinculaciones celestiales.

—Ponte este aparato que me han traído de Londres —dijo.

Me alarmó un poco su petición, pero no dudé de que sería algo espléndido. María Luisa sacó de una caja preciosa un enorme pene fabricado en un raro material semiduro, que yo debía ponerme enfundando el mío, y que proporcionaba una aunque vicaria soberbia erección de treinta y cinco centímetros.

—¿Tendrás bastante? —le dije.

—Clávamelo y hazme daño —suspiró—. Clávamelo, ensártame.

—Espero que no se suelte y se te quede dentro.

—¡Bestia! —exclamó—. ¡Métemelo hasta el fondo!

María Luisa se tumbó en la cama, levantó su vestido dejando al descubierto aquel vientre, aquellos muslos, aquel cono cobrizo donde yo tan feliz había sido a lo largo de todas sus edades, y abrió los muslos. Con los dedos descubrió los labios de su sexo. Lo miré. Estaba rojo, brillaba de humedad.

—¡Venga, venga! ¡Ensártame! ¡Venga, clávame ya! —suspiró.

Puse aquella pieza descomunal en la entrada de su relicario y empujé despacio.

—¡Fuerte, fuerte, fuerte! ¡Clávame ya, destrózame, sácame las tripas! —exclamó ella.

Fui metiendo aquella monstruosidad de treinta y cinco centímetros de eslora y nadie sabe qué disparate de manga, y empujé. Me divertía la situación. El material era tan duro que yo no podía sentir nada en mi miembro. Pero eso que yo llevaba saliendo de mi cuerpo era la cima de la voluptuosidad de mi joven amiga. María Luisa se tragó como si fuera arenas movedizas los treinta y cinco centímetros. He comprobado en otras ocasiones que tampoco fue un récord; en Berlín vi mujeres que se alojaban en ese encanto el puño y parte del brazo de un estibador. Pero aquella situación con mi adorable princesa me llenaba de un gozo extraordinario. Ella, conforme yo me movía, iba entrando en un paroxismo estremecedor.

—¡Sí, sí, sí, sí, sí, dale! ¡Oh, bestia, me corro! ¡Dale! ¡Más fuerte! ¡Mátame! ¡Mátame! —gritaba.

En el momento de correrse, la princesa dio un bramido, pegó con su nuca contra la cama y se agarró con todas sus fuerzas al falo bestial como si quisiera metérselo aún más. Por un instante pensé que verdaderamente iba a destriparse. Dejó de sacudirse y se quedó como muerta sobre el lecho. Suspiró.

—Es maravilloso. Maravilloso.

—Bueno —le dije yo, en cuanto me recuperé un poco—, me siento muy dichoso de que hayas encontrado tu felicidad, pero debes considerar que la prueba a que me has sometido no ha dejado de inquietar mi ánimo. Quiero decir con ello, querida mía, que en este momento siento como un aluvión de esperma que me está quemando los testículos, los riñones y regiones vecinas. Así que mucho te agradecería que procuraras aliviarme esta congestión.

María Luisa sonrió, se sacó aquel tronco, que al salir hizo un ruido caldoso, como el que arranca una ventosa, salpicó el aire con el fruto de su placer, y me besó ardientemente.

—Sí, mi amor. Lo que tú quieras.

Y empezó a jugar con mi sexo. Siempre le había gustado mucho retozar con mi verga. Cuando era niña hasta lo pintaba de colores, o le preparaba vestiditos, imaginaba historias donde él era el protagonista. A veces lo acurrucaba entre sus pechos como si fuera un niño al que debía dormir, arrullándolo. De improviso, me miró. Frunció el ceño y tomando aquel prodigioso artefacto londinense, me dijo:

—¿Por qué no me dejas que te lo meta por el culo?

—Oh, no, querida, no dudo de que también por ese orificio hay un verdadero Edén, pero de momento no he acabado de saciarme con los que pudiéramos llamar, si es que eso quiere decir algo, placeres naturales de mi sexo. Prefiero sin duda que me la chupes. Además, para probar ese bicho con alguien, siempre puedes llamar a algún criado.

María Luisa me entretuvo con una chupada histórica. Desde luego, tuvo que trabajar muy poco, pues a poco de metérsela en la boca, con aquella forma tan particular suya que parecía que iba a arrancarte hasta las ingles, me corrí feliz y abundantemente.

—Qué delicia tener una buena polla en la boca —dijo—. No hay sabor como ése, me confesó un día el cardenal Claramonti, y llevaba razón.

—Lástima que no fabriquen artilugios como ese que te han regalado y que sirvan para una buena mamada. Supongo que no serían tan efectivos como los de cono, claro, siempre serían pobres al paladar. La calidad de la polla es inimitable, querida.

La princesa me miró pensativa.

—Llevas razón —dijo—. Pero, ven...

Y me condujo a las caballerizas. Allí estaban sus amadísimos corceles, y entre ellos un magnífico jerezano llamado Viento. María Luisa empezó a acariciar los genitales del bruto, que se puso contento de inmediato. Vi cómo le crecía una verga rotunda y fabulosa, que ella masturbó hasta que se convirtió en una especie de salchichón gigantesco poco curado que golpeaba contra

la barriga del caballo. María Luisa trató de chupar aquel tremendo embutido, pero no le cabía en la boca.

—El coño distiende, querida —le dije— pero la boca es poco maleable. Está en Guicciardini.

María Luisa se sacó el descomunal falo de su hermosa boca y chorreando por las fauces como aquellas campesinas que devoraban sandías en las fincas de mi padre, haciendo esfuerzos por ajustar sus quijadas, me dijo:

—Más o menos así debía saber el capullo de Rigoletto —y se echó a reír con aquella carcajada limpia y jubilosa que yo tanto amaba en ella.

Cuántas veces, a lo largo de mi vida, he echado de menos esa risa de María Luisa, y a ella misma, su portentosa desvergüenza, su absoluta libertad. Con María Luisa jamás había problemas por nada, siempre estaba dispuesta a sacarle a la vida su mejor pedazo. Tuvo amantes en todas las ciudades que merecen la pena. Ninguno guarda un mal recuerdo de ella. Sólo su portentosa alegría, su desenfado, su desprecio de la vulgaridad y los prejuicios morales. Tenía un coño por alma y la mente más alerta que he conocido para cuanto fuera desafío estético, intuición de la belleza y persecución de la dicha.

Ella sí era la Felicidad.

La tomé en mis brazos y bailamos. Notaba su calor a través de la ropa. El rostro de Michèle era aún más excitante que aquella primera noche, cuando la encontré en el bar del Parque. Aquella especie de exquisita vulgaridad que había entrado en mi vida como la carga de un búfalo, trastornándolo todo, sí, pero también llenándola de una loca alegría, de una devuelta juventud, de una exultancia y un vigor como yo jamás había soñado. Me ceñí más a ella. El perfume de sus pechos subía hasta mis aletas nasales. Notaba contra mis muslos la dureza de los suyos, y contra mi sexo el calor de aquel Grial que era mi única sangre de resurrección: lo notaba casi quemar a través de su vestido; aquel ardor extraordinario que tantas noches yo había alimentado, sobre

el que había reposado mis mejillas, mis labios, en el que había entrado con mis dedos y mi lengua y mi polla buscando acaso la definitiva aniquilación en su humedad calcinadora.

Era mía.

Orgullosa, victoriosa, infinitamente bella.

Hermosa como las treinta y seis vistas del monte Fuji.

Como la cola de un pavo real espadañada en su esplendor.

Como la música de Mozart.

Como Istanbul en el crepúsculo.

Como el vino y el secreto firmamento.

Como el brillo de bronce de la Ilíada.

Como el oro crepuscular de Rembrandt.

Como la risa de Falstaff.

La luz de las arañas encerraba el salón como el oro de algunas pinturas. Michèle y yo bailábamos en ese oro. De pronto, sentí esa especie de caída por un precipicio que a veces nos sobrecoge en el sueño. Sentí que sudaba. Y sentí frío. Fue un instante; como si de pronto todo el exquisito, elaborado, perfecto equilibrio de mi vida se resquebrajase como la luna de un espejo. Me detuve. Michèle me miraba. Vi sus grandes ojos maravillosos fijos en mí. Y por un segundo los vi velarse. La música seguía pero yo escuchaba el silencio.

—Perdona —le dije—. Necesito beber algo.

Hice una señal a uno de los camareros y se acercó con una bandeja y bebidas. Apuré rápidamente una copa de *champagne*; lo sentí bajar por mi garganta. Tomé otra copa. Miré a los invitados. Algunos se habían vuelto hacia mí, y me miraban. Sus rostros parecían lejanos. Tomé una mano de Michèle.

—Te quiero —le dije.

Ella me miró. Súbitamente aquel aire infantil que tanto me seducía en ella volvió a su gesto.

—Claro, tonto. Yo también te quiero —me contestó sonriendo.

Junto a los ventanales del jardín vi un grupo de dos o tres invitados que parecían haber bebido de más. En una mesita vi al viejo marqués de Sch... que acariciaba con aire baboso las mejillas de un joven. Volvió a invadirme el frío. La

realidad se me escapaba de las manos.

—Michèle —dije. Y me volví hacia ella.

Pero Michèle no estaba. Una insoportable ansiedad me mordió en el vientre. Como si me atravesara una corriente eléctrica.

—Michèle, Michèle... ¡Michèle! —llamé.

Algunos invitados se volvieron mirándome; otros detuvieron su baile. Qué extraño, ahora que recuerdo todo aquello. Era como si una niebla espesa hubiera de repente helado mi alegría. Algo estaba sucediendo, algo que yo no había tenido en cuenta, pero ¿qué? ¿Por qué aquella súbita corazonada, como un perro que de pronto alza su olfato? Había pretendido revivir el mundo de mi juventud. Pero el orden que había presidido nuestras veladas en Moscú o Arkhangelskoy ya no existía. Nuestra vida había sido perfecta porque flotaba en el equilibrio perfecto de un orden misterioso donde todo y todos estaban en su sitio, como un cuarteto de Mozart, y la alegría de aquellas horas eran la expresión de una armonía jamás buscada porque existía por sí misma. Pero aquella noche en Biarritz, el hilo se había roto. Mis invitados ya no eran aquellos celosos y sabios símbolos de una orgullosa vida decantada por los siglos: eran los restos enloquecidos y desesperados del hundimiento de nuestro mundo; y todos éramos despojos, gentes sin patria y con sueños como una helada pesadilla.

De repente, escuché un gemido. Todos miramos hacia el lugar de donde había partido. Lo que vi me espeluznó. Uno de los camareros contratados intentaba besar, manosear, a la vieja duquesa Makovitski. Yo había visto a esa dama en su madurez esplendorosa, en casa de mis padres, había visto brillar su belleza inclinándose ante los zares. Ahora era un espectro cubierto de un atroz maquillaje medio descompuesto que gemía bajo las manos de un camarero. La duquesa movía sus brazos —aquellos brazos que habían seducido a Moscú— intentando apartar de su carne las manos del camarero. Este, riéndose, tomó entre sus dedos el collar de diamantes de la duquesa. Corrí hacia ellos. Nunca había sentido tanto odio. Ni hacia Rasputín. Agarré al camarero por el hombro y lo

separé de la duquesa.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Indeseable! —le grité.

El camarero, entonces, rechazó violentamente mi mano. Me miró fijamente. Nunca había visto unos ojos como aquéllos. No había en ellos ni una pizca de sumisión. Me miraba de igual a igual.

—¡No me ponga las manos encima! —me chilló.

No supe qué hacer. Todos los invitados nos miraban tan sobrecogidos como yo. Realmente el único que parecía dueño de la situación era aquel sucio camarero, que seguía mirándome, con sus ojos fijos y cargados de odio. Perdí el control de mí mismo.

—¡Fuera de esta casa! ¡Cerdo! ¡Fuera de esta casa! ¡Echadlo! —grité.

Pero hasta mis propios criados parecían petrificados. Algunos de los otros camareros contratados miraban la escena con cierta complacencia. El camarero aquél me miró de pronto con una sonrisa irónica.

—Su casa... —dijo, y parecía escupirme las palabras; casi puedo aún sentir los chispazos de su saliva—. Su casa... Por poco tiempo va a ser su casa —dijo. Y mirando a los invitados, que parecían una galería de figuras de cera, les gritó—: ¡Y las de todos ustedes también! ¡Sí! ¿Qué pasa? ¿Pasa algo?, —volvió a escupirme.

Algo como un viento de locura se apoderó de mí. Me dirigí a un mueble y tomé la fusta con puño de oro y turquesas que el zar le había regalado a mi abuelo. Con ella en la mano avancé hacia el camarero.

—¡Cerdo! —le grité—. ¡Cerdo!

E intenté golpearle con la fusta. Pero el camarero fue más rápido que yo, me arrebató la fusta, y me cruzó la cara con ella. Sentí el dolor como un relámpago. El camarero tiró la fusta al suelo y salió corriendo. Nadie intentó detenerlo. El salón adquirió un silencio de depósito de cadáveres. Los músicos habían callado. Se escuchaba algún acorde perdido, como de un violoncelista al que temblara la mano y moviese mecánicamente su arco contra las cuerdas. Todos me miraban sobrecogidos. Sentí vergüenza. Por primera vez en mi vida

me sentí humillado. No podía soportar aquello. Lágrimas de impotencia ardían en mis ojos. Bajando la vista, avancé por aquel pasillo de cadáveres, hacia el cuarto de baño. Abrí la puerta.

Y entonces la vi. Allí estaba Michèle.

Hermosa, cautivadora. Su belleza se reflejaba en los mármoles negros. Estaba de rodillas. Sentado en el váter había un invitado con quien yo había tenido muy poco trato: el señor Sangovin, un anciano industrial. Estaba sentado en el váter, con los pantalones bajados. Parecía un insecto. Del bulto oscuro como un caparazón, de su frac, de los faldones de su camisa, salían dos piernas esqueléticas y blancuzcas. Tenía los pantalones en los tobillos. Michèle, a sus pies, arrodillada, besaba y acariciaba con sus manos un repugnante miembro flácido. Al oír abrirse la puerta Sangovin me miró aterrado. Michèle se volvió despacio; tenía los ojos idos y una sonrisa estúpida de borracha. Me miró y sonrió. Era una sonrisa triste. Yo no pude articular palabra. Cerré la puerta del baño y, apoyando mi espalda en ella, como si esa presión pudiera impedir que jamás se abriera, sentí que me desvanecía. Todos los invitados tenían sus ojos puestos en mí, rodeándome como un muro de ojos de pescados. Y es curioso. En ese momento bestial, inhumano, en que todo mi mundo se derrumbaba en pocos minutos, lo único que pasó por mi cabeza fueron dos cosas que nada tenían que ver con aquel holocausto: volví a ver, con una absoluta nitidez, el coño horrible de una prostituta que cierto día de nuestra juventud, el conde Bikurov y yo habíamos hecho subir a nuestro trineo tan sólo para que se masturbase ante nosotros: un coño negro, de largas aletas, y un pubis de pelo sucio con calvas; ella se reía masturbándose mientras Bikurov y yo mirábamos absortos aquel monstruo. Y junto a esta visión repulsiva, de pronto, unos versos que siempre había amado se repitieron en mi memoria: eran de un poeta japonés, Norinaga Motoori, que mi preceptor me recitaba a veces cuando yo era un niño: «*Shikisimano yamatogokorowo hitotowaba Asahi ni niou yamasakurabana*». «Si me preguntáis qué es el corazón del Japón, diré: las flores de la montaña

que huelen con la luz del alba».

Pobre Félix, en el fondo de su alma, que pretendía impertérrita ante los dolorosos acontecimientos que nos cercaban, creo que aún conservaba una tenue llamita de esperanza en que no todo estaba perdido. O acaso sí aceptara que nuestro mundo había muerto, pero a veces me parecía ver en sus ojos una fatal nostalgia, el resplandor de nuestro inigualable pasado. Y era ese pasado el que teníamos que matar en nosotros. No teníamos ya pasado, como no había futuro. Últimos herederos sin descendencia de un orden de vivir, que, justo o injusto, excelente o sin conciencia, y claro está que de todo hubo, si albergó atrocidades junto a su grandeza imperecedera, lo cierto es que había llevado a nuestra especie a su culminación de inteligencia, buen gusto y arte. Como alguien dijo de Napoleón, ensanchamos los límites de la gloria. Debíamos acabar como orgullosos herederos de ese orden, casi humildemente, sin albergar vanas esperanzas de que alguien, que además ya no sería de los nuestros, como bien podía verse en lo que estaba sucediendo en Europa, fuese a devolvernos nuestro esplendor. Morir con elegancia, darle unas monedas al verdugo, con la sonrisa de Charles I. El pueblo —y tan impresentables eran aquellos perros levantiscos como esos nuevos ricos que los habían sacado de quicio con su vileza, su inclemencia y su rapacidad (qué nefasto para la historia del hombre el nacimiento de los Estados Unidos de Norteamérica; qué atrocidad que su veneración del lucro se hubiese convertido en el ejemplo y la meta de nuestros destinos) —, el pueblo desatado produce el populacho, y éste a la chusma; ésta eleva a la canalla como modelo de vida, y esa abyección se alzó sobre el mundo victoriosa, lo mismo luciera los justicieros colores del bolchevismo que los atronadores alarmi de mis singulares compatriotas. Ya estábamos viendo lo que empezaba a suceder en Alemania. Todos llegarían a aceptar como pan diario el horror y la sumisión. Alguien como yo, o como Félix, debía retirarse, hacer mutis, aceptar los acontecimientos, y retirarse a morir olvidado, con el lujo que aún podía permitirse, sin albergar

menesterosas esperanzas. Unos pocos buenos libros, tabaco y vino, y mujeres que nos adormecieran de vez en cuando en la parálisis del placer.

Cuando abrí los ojos, un espectáculo aterrador apareció ante mí. Como si el horror tras aquella puerta fuera el pistoletazo de salida para una demencial licencia, los invitados se transfiguraron como tomados por un absoluto desenfreno. Miré a mi derecha y vi dos rostros horribles de unas ancianas, muy maquilladas y soeces, que reían a grandes carcajadas, como presas de una vesania desalmada. Miré a mi izquierda y vi cómo algunos invitados revolvían las bandejas sobre las mesas, devorando la comida como salvajes. El caviar y el vino ensuciaban uniformes y condecoraciones, sedas y joyas. De pronto, alguien agarró con sus manos el blanco mantel, ya repugnante de manchas de vino y sobras de comida, y tiró de él con violencia. Era un borracho que se desvanecía. Toda la cristalería saltó por los aires junto a los restos de las bandejas.

¿Por qué lo hice? Yo qué sé. Sí, iba a convertirme en la esposa de un príncipe. Pero ¡qué aburrimiento! Él era amable, sí, pero no era eso lo que yo quería. Yo quería vivir. Claro que hace falta dinero, y cuanto más, mejor. Me gusta el dinero. Y él me lo proporcionaba. No. Él no me proporcionaba dinero: él me proporcionaba una serie de cosas que podía tener en tanto permaneciese junto a él, en su mundo, obediéndole; pero no dinero para mí, contante y sonante, para poder vivir yo a mi gusto. Y yo quería ser yo. Yo quería vivir, casarme, y tener hijos, y un marido joven. Aquel viejo me iba a dar dinero, mucho dinero, y total por chupársela un poco. Y me iba a buscar una buena colocación en París, donde yo podría vivir como quisiera. Podría salir con quien quisiera. ¡Dinero! Y un dinero que era mío. Podía irme con él a otro sitio. Tampoco quería irme. Pero

aquella casa ya me resultaba insoportable, y Félix también. Yo era joven, era libre, quería vivir mi vida, ¡ser libre! No sé por qué lo hice. Bueno, y qué. Una polla más. ¿A qué tanta historia?

La fiesta se convirtió en un festín de bestias. Como si la Locura coronara a la Muerte. Los invitados, de los que se había apoderado un delirio de destrucción, avanzaban hacia mí como si fuesen una manifestación, derribando los muebles, rompiendo todo a su paso. Escuché un estrépito de cristales. Venían hacia mí. ¡Venían hacia mí! ¡Me rodearon! ¡Reían! Sus ojos eran como coágulos en unos rostros sacudidos por carcajadas de demente. El alcohol chorreaba por sus comisuras. Un grupo se dirigió hacia el cuarto de baño, y sacaron a Michèle. No puedo olvidar aquella imagen. La arrastraron hasta donde yo estaba. Michèle tenía el rostro desencajado por un extraño pavor. La arrastraron y la tiraron como un montón de ropa sobre mí. Tuve la sensación de estrechar un muñeco de trapo. Michèle empezó también a reír, pero era una risa estúpida, de imbécil. Empezó a besuquearme. Olía a ginebra. Estaba muy borracha.

De pronto, alguien la arrancó de mis brazos. Me quedó un vacío salino de lágrimas y saliva, de horror. Vi cómo se llevaban a Michèle hasta el otro extremo del salón. Unas mujeres arrancaron, con carcajadas como chirridos, una cortina de terciopelo negro, y con ella envolvieron a Michèle. El general Ostrovski se quitó el peluquín y con una cinta se lo colocó a Michèle figurándole una barba. Vi cómo le pintaban con rímel unas pobladas cejas, grotescas, demoníacas. Ella se dejaba hacer, como si la acariciaran.

La luz helada del alba empezó a entrar por las cristaleras. Temblé. Ya no sentía nada. Era como si me hubiese convertido en corcho. Sólo frío, mucho frío.

Los músicos empezaron a tocar el himno ruso. Los invitados alzaron a Michèle y avanzaron con ella hacia mí. Parecía una procesión. Yo miraba su cuerpo acercándose. Aquel cuerpo, aquel rostro que yo tanto amaba. Y entonces lo

vi: ¡era Rasputín! ¡Volvía para vengarse! ¡Cuánto la deseé en ese instante! Me levanté, la abracé, la besé, mordí su carne. Estaba blanda, cubierta de un sudor frío. Desgarré aquel terciopelo con que la habían cubierto, desgarré su vestido, tomé sus pechos con mis manos y los besé. Caímos juntos en medio de aquella turba de borrachos. Por fin, Michèle y yo no éramos ya sino un solo pedazo de carne estremecida, desesperada. La besé. Mordí sus labios hasta hacerlos sangrar. Aquella gentuza gritaba:

—¡Que se casen! ¡Que se casen! ¡Que se casen!

Pero ellos no existían. Hubiera podido amar a Michèle hasta sobre las brasas del infierno. Yo sólo podía repetirle:

—¡Amor mío! ¡Amor mío!

Mis manos devoraban aquel cuerpo que había sido, que aún era, mi único Dios. Mis manos acariciaron sus muslos; ahora, inertes, fríos, me excitaban aún más. Mis dedos se perdieron en el animal sagrado de su sexo. Lo sentí seco. Metí mis dedos brutalmente. Ella tenía los ojos cerrados y el semblante muy pálido. Levanté su vestido y de un tirón le arranqué la braga. Empecé a besar su vientre, sus muslos, el vello adorado de su pubis. Los invitados aplaudían, reían. Michèle era como un animal ya casi muerto esperando la última dentellada. De pronto tuve una visión espectral: con la ropa subida y las piernas abiertas, tirada sobre aquel diván, Michèle, de cintura para abajo, era una niña, aquella niña que yo amaba; de cintura para arriba, un grotesco y esperpéntico Rasputín. Y aquel rostro odiado que yo había sepultado una noche de invierno en Moscú en las aguas heladas del río, de pronto cobró vida. Abrió sus ojos y me miró. Sentí una excitación tan hirviente como si una mano al rojo vivo intentara arrancarme mis genitales. Tenía que poseerla, entrar en ella, allí mismo, a la vista de todos. Nada existía ya para mí sino aquel coño, puerta de las puertas, secreto del mundo. Me bajé los pantalones y me restregué contra el vientre de Michèle. Me escuchaba a mí mismo jadear como un cerdo, gruñir. Sudaba y lloraba. Pero cuanto más me restregaba contra ese coño, contra esos muslos, mi miembro, que parecía por dentro como a punto de reventar

de semen ardiendo, más pequeño se hacía, más blando, más impotente. Michèle me miró. Nunca sabré qué expresaron en ese instante sus ojos. Tenía la boca entreabierta como los idiotas y la saliva resbalaba por sus comisuras. Con su mano muerta intentó cogérmelo, lo acarició. Pero cuanto más lo acariciaba, más flácido lo sentía yo, al mismo tiempo que aquella excitación insoportable lo destruía. Un vaho de borrachos nos envolvía, como el aliento espeso de un vómito. Oí voces:

—¡Esa polla está pasada! ¡Dale con ganas, Félix! ¿Quieres que te la tenga? ¡Verraco!

De pronto sentí una impresión crudelísima. Alguien había vaciado sobre nosotros el agua helada de una champañera. Y entonces, de tanto esfuerzo por penetrar a Michèle sin conseguirlo, enloquecido, no pude contenerme los intestinos: noté un líquido espeso que se derramaba por mis muslos. Un olor repugnante llenó el salón. La mierda había reventado en mí inundándolo todo, mi cuerpo, el diván, el cuerpo de Michèle...

Ella llenó sus manos con aquella mierda. Me miró. Y empezó a reír. Una carcajada brutal, sádica, interminable. Su rostro era el espejo de la devastación. Reía sin cesar, de forma salvaje. ¡Era Rasputín! ¡La misma carcajada de aquella noche de su ejecución! Todos los invitados se unieron a la carcajada de Michèle. De repente, algo me tomó. Una especie de felicidad, de invulnerabilidad. No sentía nada, ni dolor, ni humillación, ni el horror en que se había convertido mi vida. Sólo una profunda dicha, una absoluta y repentina paz.

Me levanté. Me dirigí a mi despacho. Saqué de un cajón de mi mesa una pistola. Con ella en la mano volví despacio hasta donde estaba Michèle. Ella me miraba sonriente. Apunté con el arma a su cara y exclamé con orgullo:

—¡Viva el Zar!, —y disparé todo el cargador.

No era a ella a quien mataba. Michèle estaba muerta desde el momento en que abrí la puerta del cuarto de baño. Yo disparé contra un mundo del que ella fue en ese instante el rostro que se alzaba canibalescamente contra todo mi sentido de la belleza y de la dignidad y de la gloria. Ya no

tenía ningún sentido matar a Michèle. Ya no era nada. Una putilla barata. Y a las putillas no se las mata. Se les paga y se las hace salir por la puerta de servicio. Además los muertos no pueden matar. Y yo ya estaba muerto. Todos estábamos muertos, mi abuelo, el Zar, el Gran Duque, mi tío, la Zarina, el esplendoroso mundo de San Petersburgo y de Moscú, todos estábamos, como el pasado, muertos.

Notas

[1] El manuscrito está fechado en 1953. Stefano di Sant'Angelo

murió asesinado por los partisanos comunistas en su finca cercana a San Michele al Tagliamento (entre Venecia y Trieste) el 16 de febrero de 1945. < <